

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
ESCUELA DE VERANO



EL ENIGMA DE DON QUIJOTE



RANDALL BARRON

T E S I S

Para obtener el grado de
Maestro en Artes en Español, Especializado en Lengua y Literatura Españolas



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

MEXICO,

1964

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

XN64

B3

A mi esposa . . .

32466



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

I N D I C E

PROLOGO

Capítulo

1	DON QUIJOTE--¿DESPOTA?	1,
2	DE GALECTES Y CABALLEROS	11
3	EL CABALLERO ANDANTE Y LA ESPADA DE DOS FILGOS	21
4	LIBROS DE CABALLERIAS, LA CONTRARREFORMA, Y LOS MUCHOS DON QUIJOTES	34
5	ENGAÑO, ILUSIONES Y ENCANTAMIENTO	50
6	LA ANGUSTIA DE DON QUIJOTE	80
7	LA MUERTE DEL CABALLERO	148
8	ESPAÑA, DON QUIJOTE, Y LOS ESTADOS UNIDOS	162
9	LOS DOS CERVANTES	183
	CONCLUSION	200
	NOTAS	203
	BIBLIOGRAFIA	204

00437

PROLOGO

Cursaba el cuarto año de la escuela primaria cuando encontré por vez primera al Caballero de La Triste Figura.

Estaba montado sobre el huesudo Rocinante, mientras una corriente de requesones (que él creía ser sus mismos sesos) de la bacía del barbero (que él creía ser el Yelmo de Mambrino) escurría sobre su cara asombrada.

Es el tipo de encuentro que los niños no olvidan fácilmente, puesto que ellos viven también en un mundo especial, un mundo un poco como el de Don Quijote, donde la línea entre ilusión y realidad, fantasía y hecho aún no se distingue; en tal mundo, en cualquier instante, puede empezar a obrar un proceso reversible en el cual lo conocido se convierte de repente en lo extraño y hasta lo amenazador, y viceversa. Este fenómeno, tan olvidado por la mayoría de los adultos, es el pan de cada día de un niño; y tal vez por esto los niños casi siempre simpatizan con Don Quijote y les parece agradable y gracioso. Seguramente, este extracto literario, por breve que fuera, me dió el primer indicio de que los adultos no eran dioses, y de que a veces se encontraban en un mundo tan inexplicable como el de los niños.

Este libro de texto, con sus tres o cuatro páginas extraídas de las aventuras de Don Quijote y traducidas a un inglés muy simplificado, se me perdió hace años. Pero el dibujo, en que predominaba el amarillo, está grabado para siempre en mi memoria. En este momento puedo experimentar aún algo de la fuerte impresión infantil--impresión de lo misterioso, de lo lejano en el tiempo y el espacio. El color amarillo tenía mucho que ver con

la impresión. Sugería el Oriente, y todo el misterio que tal Oriente para mí representaba en aquel entonces. También contribuía al ambiente el extraño nombre del protagonista, que en inglés suele escribirse "Don Quixote". Por primera vez ví un nombre que contenía una "x". Ahora--pero seguramente no en aquel entonces--diría que la "x" simbolizaba para mí la encrucijada, el cuatro caminos de posibles alternativas tan indispensables a la verdadera aventura.

A la edad de catorce años, leí la obra entera. Sentía compasión por Don Quijote, y, a través de la lectura de sus triunfos y desgracias, empecé, indirectamente, a darme cuenta de que casi todos nosotros, en algún grado, somos presa de ilusiones, o de creencias que poco tienen que ver con la realidad. Pero esta verdad no aclaró para mí por completo el enigma de Don Quijote--no explicó la fascinación universal que ejerce este personaje, ni su perdurabilidad como persona siempre viva y contemporánea. Necesitaba saber el por qué del mundo de Don Quijote, necesitaba saber las fuentes de sus, muchas veces, extrañas acciones.

Veinte años más tarde, brindado de la oportunidad de estudiar El Quijote en la lengua en que fue escrito, descubrí que la obra irradiaba, más fuertemente que nunca, su aureola de misterio. Y quedé más perplejo que nunca ante Don Quijote, quien me pareció actuar, aún dentro de su locura (porque la locura también tiene sus reglas), de manera arbitraria y contradictoria. Pero tampoco quise creer que era Don Quijote una Gioconda del mundo literario, que fuera una creación artística como la de Leonardo Da Vinci, cuyo enigma estaba más allá de la posibilidad de resolución. Me parecía que había algo opaco y escondido, algo más

bien implícito que explícito, detrás de las palabras y acciones del protagonista. Sentía la presencia de algún gran diseño que, con los ojos de cerca, no es posible adivinar. No podía sentir sino que, de llegar a explicar el móvil de Don Quijote, se explicaría en el proceso mucho de lo que nos puede parecer enigmático en nuestro propio mundo moderno. Y, con la temeridad de los inocentes, decidí atacar este enigma de Don Quijote y resolverlo, por lo menos para mi propia satisfacción.

Así lo he hecho. La actitud humilde y cautelosa no formó parte ninguna de mi análisis. Dejé las cosas académicas para los académicos. En el acto de procurar dar un golpe mortal a un peligroso gigante (me refiero al enigma, claro, no a la obra), no es nada provechoso pensar en las infinitas posibilidades de error--por dudar, a lo mejor se desvía el golpe. Don Quijote, como protagonista, parece tener la singular cualidad de evadir todo esfuerzo de clasificación. Tiene algo del camaleón, este héroe, y suele poner al crítico en ridículo por tratar de contenerlo dentro de un sistema demasiado estrecho.

Así es que, si hay errores en mi interpretación, que sean errores gigantescos. De esta suerte concordarán de alguna manera remota, aunque sea negativa, con la gran osadía de Cervantes al dar vida a tal protagonista como Don Quijote.

DON QUIJOTE--¿DESPOTA?

"Y quiero que sepa vuestra reverencia que yo soy un caballero de la Mancha, llamado don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios.

--No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos--dijo el Bachiller--, pues a mí de derecho me habéis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los días de su vida..."

--El Quijote (I,19)

Así, en pocas palabras, el Bachiller, inocente de toda ofensa y sin embargo malherido por la lanza de Don Quijote, plantea ante su conciencia y la de todo lector una cuestión formidable. Es una cuestión a que debe responder quien quiera resolver el enigma de Don Quijote.

Porque es innegable que, desde el principio de sus aventuras, Don Quijote se suele portar de una manera despótica. La gente que no acepta en todo su punto de vista corre el peligro de sentir la lanza o la espada del Caballero de La Triste Figura. Imparte en el curso de sus aventuras una verdadera lluvia de golpes que, a menudo, caen sobre personas inocentes de culpa cualquiera.

Si Don Quijote realmente tiene la intención de ayudar a menesterosos, ¿cómo es que tantas veces se le encuentra atacando a personas inocentes, algunas de las cuales son ellas mismas menesterosas? A un cabrero, por ejemplo, Don Quijote promete su ayuda (I,52)

"...como me obliga mi profesión, que no es otra sino es favorecer a los desvalidos y menesterosos.

Miróle el cabrero, y como vió a Don Quijote de tan mal pelaje y catadura, admiróse, y preguntó al Barbero, que cerca de sí tenía:

--Señor, ¿quién es este hombre, que tal talle tiene y de tal manera habla?

--¿Quién ha de ser--respondió el Barbero--sino el famoso don Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de

las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas?

--Eso me semeja--respondió el cabrero--a lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacían todo eso que de este hombre vuestra merced dice; puesto que para mí tengo, o que vuestra merced se burla, o que este gentilhombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza."

Pero Don Quijote oye lo que dice el cabrero al Barbero y la ayuda prometida se transforma en castigo:

"--Sois un grandísimo bellaco--dijo a esta razón don Quijote--, y vois sois el vacío y el menguado; que yo estoy más lleno que jamás lo estuvo la muy hideputa, puta que os parió.

Y diciendo y haciendo, arrebató de un pan que junto a sí tenía, y dió con él al cabrero en todo el rostro, con tanta furia, que le remachó las narices..."

Cuando todavía está velando sus armas, ataca a un arriero culpable de no más que haber quitado las armas de Don Quijote de la pila para dar agua a sus mulos (I,3). Don Quijote

"...alzó la lanza a dos manos y dió con ella tan gran golpe al harriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan maltrecho que, si se segunda con otro, no tuviera necesidad de maestro que

le curara. Hecho esto, recogió sus armas y tornó a pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí a poco, sin saberse lo que había pasado (porque aún estaba aturdido el harriero), llegó otro con la misma intención de dar agua a sus mulos y, llegando a quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar don Quijote palabra y sin pedir favor a nadie, soltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza, y, sin hacerla pedazos, hizo más de tres la cabeza del segundo harriero, porque se la abrió por cuatro."

¿Cómo puede ayudar a menesterosos un hombre así, violento y, según parece, con poca compasión por las necesidades de la gente común? Se cree el orgulloso aristócrata, y cuando los compañeros de los arrieros heridos empiezan a tirar piedras contra él, Don Quijote les llama "soez y baja canalla".

Se vuelve hasta inquisidor nuestro caballero en la aventura de los seis mercaderes toledanos a quienes tiene por caballeros andantes (I,4). Insiste en que deben confesar "que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso." Y deben confesar esto sin ver ni un retrato de Dulcinea porque, según Don Quijote, "La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender; donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia."

Y acto seguido ataca a uno de los mercaderes "con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevi-

do mercader."

El Don Quijote inquisitorial no permite diferencias de opinión. El Cura, el aristócrata Don Fernando y otros están sosteniendo, con el fin de estimular la locura de Don Quijote y entretenerse con la angustia del pobre barbero a quien pertenece, que una albarda de jumento es en realidad un elegante jaez de caballo, cuando sucede lo siguiente: (I,45)

"Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habían entrado, que había oído la pendencia y quistión, lleno de cólera y enfado dijo:

--Tan albarda es como mi padre; y el que otra cosa ha dicho o dijere debe de estar hecho uva.

--Mentís como bellaco villano--respondió don Quijote.

Y alzando el lanzón, que nunca le dejaba de las manos, le iba a descargar tal golpe sobre la cabeza, que a no desviarse el cuadrillero, se le dejara allí tendido."

La primera parte de El Quijote está llena de escenas semejantes. Nuestro protagonista aparece inmisericorde como en este encuentro (I,8):

"--Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen, o no, ningunas forzadas princesas.

--Para conmigo no hay palabras blandas; que

ya os conozco, fermentida canalla--dijo don Quijote.

Y sin esperar más respuesta, picó a Rocinante y, la lanza baja, arremetió contra el primero fraile, con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado y aún mal ferido, si no cayera muerto."

Don Quijote está varias veces al borde de convertirse en asesino. En la batalla con el vizcaíno (I,9), quien no cometió más crimen que el de defender a las damas a su cargo, Don Quijote no muestra compasión humana por su enemigo caído.

"Estábaselo con mucho sosiego mirando don Quijote, y como lo vió caer, saltó de su caballo y con mucha ligereza se llegó a él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo que se rindiese; si no, que le cortaría la cabeza. Estaba el vizcaíno tan turbado, que no podía responder palabra; y él lo pasara mal, según estaba ciego don Quijote, si las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo habían mirado la pendencia, no fueran adonde estaba y le pidieran con mucho encarecimiento le hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida a aquel su escudero."

Ni siquiera Sancho Panza está a salvo de la ira de su amo, y más de una vez por poco lo mata Don Quijote. He aquí dos ejemplos:

(I,20) "Viendo, pues, don Quijote que Sancho hacía burla dél, se corrió y enojó en tanta manera que alzó el lanzón y le asestó dos palos, tales que si como los recibió en las espaldas los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera a sus herederos."

(I,30) "Don Quijote, que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir; y, alzando el lanzón, sin hablalle palabra a Sancho y sin decirle esta boca es mía, le dió tales dos palos, que dió con él en tierra; y si no fuera porque Dorotea le dió voces que no le diera más, sin duda le quitara allí la vida."

No solamente ataca a Sancho físicamente, también ataca sus ideas pacifistas. Y, al expresar sus propias ideas, a veces más parece déspota ambicioso que campeón de menesterosos. Don Quijote quiere que Sancho se encargue de luchar en contra de todos los enemigos que no sean caballeros. En respuesta a tal demanda, dice Sancho (I,15):

"--Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer y hijos que sustentar y criar. Así, que séale a vuestra merced también aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano a la espada, ni contra villano ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono cuan-

tos agravios me han hecho, y han de hacer, ora me los haya hecho, o haga, o haya de hacer, persona alta o baja, rico o pobre, hidalgo o pechero, sin exceptar estado ni condición alguna.

Lo cual oído por su amo, le respondió:

--Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto, para darte a entender, Panza, en el error en que estás. Ven acá, pecador: si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenándonos las velas del deseo para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las ínsulas que te tengo prometida, ¿qué sería de tí, si, ganándola yo, te hiciese señor della? Pues lo vendrás a imposibilitar, por no ser caballero, ni quererlo ser, ni tener valor ni intención de vengar tus injurias y defender tu señorío."

A base de la conducta que he expuesto hasta aquí, parecen ser hechos irrefutables estos: (1) Don Quijote es un hombre violento, que ataca a personas inocentes (2) sufre de una egomanía espantosa (3) y si representa a clase alguna, es a la aristocracia.

No creo ser culpable por tomar demasiado en serio estos rasgos despóticos del carácter de Don Quijote. Existen, son reales. Son reales, a pesar del obvio hecho de que Cervantes luzca en ellos mucho del espléndido humor que caracteriza la obra. Y estoy perfectamente consciente, también, de la supuesta locura

de Don Quijote. Pero creo que debemos tratar de exponer las raíces de tal locura para poder resolver el enigma de Don Quijote.

A Don Quijote, debe señalarse, le parece perfectamente natural hacerse juez, jurado, y, por poco, verdugo de varios hombres. Es parte de su profesión como caballero andante, y según él (I,13), los caballeros andantes son "...ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia."

El claro peligro de pensar así es el creer que conoce la voluntad de Dios. El hombre ha hecho siempre del concepto de Dios lo que quisiera, consciente o subconscientemente, y así han existido tantos dioses de la guerra y del odio como dioses de la paz y del amor. Seguramente han existido demasiados inquisidores en España. Y me parece que Miguel de Unamuno participa de la locura de Don Quijote cuando dice que, "Dios, la naturaleza y Don Quijote castigan para perdonar. Castigo que no va seguido de perdón, ni se endereza a otorgarlo al cabo, ni es castigo, sino odioso ensañamiento."¹ Aparte de ser contradictoria con la actitud a veces rencorosa de Don Quijote, esta observación carece de lógica. Si bien el Dios del viejo testamento castigaba violenta y caprichosamente, y a veces mataba, se supone que podía perdonar póstumamente. Pero Don Quijote no es nada divino, no tiene tales poderes. Le conviene a Unamuno olvidar que Don Quijote bien podría haber matado a varios hombres, y, de haber sucedido así, ¿dónde hubieran encontrado ellos el perdón? 'Los muertos no pueden sentir este perdón sino que, en cambio, es el asesino quien tiene que perdonarse a sí mismo, si puede.

No, no hay duda. Hasta aquí, Don Quijote está convicto de ser déspota egomaniaco que tiene un desprecio profundo hacia personas que no sean caballeros. No tiene tolerancia. Su filo-

sofía parece no admitir ni la duda ni la coexistencia de otras filosofías; parece ser una especie de totalitarismo reaccionario.

Pero el investigador que llegue a este juicio sobre Don Quijote y su filosofía, estaría, sin embargo, equivocado. Hemos examinado solamente un aspecto de su carácter. Cualquier interpretación válida tiene forzosamente que abarcar toda contradicción en el personaje.

Y veremos en el próximo capítulo precisamente qué tan grandes son estas contradicciones en el caso de Don Quijote, y qué lejos estamos todavía de llegar a una solución del enigma.

DE GALEOTES Y CABALLEROS

"...quiso defraudar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fué contra sus justos mandamientos; quiso, digo, quitar a las galeras sus pies, poner en alboroto a la Santa Hermandad, que había muchos años que reposaba; quiso, finalmente, hacer un hecho por donde se pierda su alma y no se gane su cuerpo."

--El Cura, hablando del libertador de los galeotes (I,29)

El Cura, hablando en nombre de la buena sociedad española, lo expresa perfectamente bien: desde su punto de vista, Don Quijote, en el episodio de los galeotes (I,22), no solamente actuó en contra del rey y sus leyes, sino puso en peligro su propia alma. En otras palabras, se rebeló contra el Estado y la Iglesia y, también, contra la aristocracia que él mismo parecía representar en los episodios previamente examinados.

¿Acaso no era el mismo Don Quijote quien, inmediatamente antes de encontrar a los galeotes había dicho que (I,20) "...después de a los padres, a los amos se ha de respetar como si lo fuesen." Y, sin embargo, en esta aventura, alza su brazo en contra del amo y autoridad máxima, el rey de España. Además, en vez de mostrar desprecio por los galeotes, les llama "hermanos carísimos". En fin, su conducta es tal que casi parece haberse convertido repentinamente, de orgulloso y reaccionario aristócrata, en rebelde proletario. Este episodio de los galeotes, entonces, no resuelve para nada el enigma de Don Quijote, sino lo agudiza, lo profundiza. Y si no vamos a creer, lo que sería fácil pero equivocado, que Don Quijote es simplemente un anarquista loco, tendremos que buscar un móvil mucho más hondo que el expresado directamente por el mismo Don Quijote. Pero vamos a ver precisamente qué sucede en este episodio clave para entender el enigma de Don Quijote.

En resumen parece bastante sencillo. Don Quijote y Sancho encuentran a los encadenados galeotes que marchan hacia su esclavitud en las galeras del rey. Don Quijote pregunta a cada uno precisamente por qué se encuentra en tal predicamento. Después de escuchar la naturaleza de sus ofensas, decide ponerles en libertad, y, efectivamente, lo consigue mediante una lucha en que los mismos galeotes toman parte.

Pero la aparente sencillez se desvanece ante la evidencia de que esta acción está en contra de todo lo que ha representado Don Quijote (con la sola excepción del episodio de Andrés (I,4)) hasta este punto del relato. Los galeotes son gente común, de esa clase que Don Quijote suele llamar canalla, amén de ser criminales convictos por el Estado. En efecto, es una yuxtaposición milagrosa de dos elementos aparentemente opuestos de España. Don Quijote, el hidalgo y caballero andante que cree representar todas las virtudes nacionales, se enfrenta de pronto al elemento más bajo, más reprobable del país.

Lo que sucede es un milagro, también. Don Quijote no solamente ve sin ilusiones, sino que parece entender profunda, aunque sí brevemente, lo que en verdad acontece en las entrañas de la sociedad española, y, por extensión, en las de muchas otras sociedades. Es una intuición asombrosa, un relámpago que parte en dos su vida y plantea el diálogo que va a formar la base de su conflicto interior como caballero andante y como hombre. Desde aquí empieza la angustia de Don Quijote. Desde aquí empieza su tragedia que terminará con la renuncia a su profesión y con la muerte.

Don Quijote no ve allí gigantes, ejércitos ni princesas. La escena le presenta, ni más ni menos, que prisioneros del rey. Y en vez de actuar de una manera temeraria y repentina según sus preconcepciones románticas, muestra un deseo de enterarse de los hechos. Con toda calma escucha mientras los prisioneros cuentan breve, pero detalladamente sus respectivas historias. Tal vez por hallarse en este estado de receptividad viene a Don Quijote su poética y genial intuición. El estímulo inmediato es su pensar de ver un "...hombre de venerable rostro, con una barba blan-

ca que le pasaba del pecho" entre los galeotes. Al enterarse que era acusado de ser alcahuete y hechicero, Don Quijote dice:

"...por solamente el alcahuete limpio no merecía él ir a bogar en las galeras, sino a mandallas y a ser general dellas. Porque no es así como quiere el oficio de alcahuete; que es oficio de discretos, y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debía ejercer sino gente muy bien nacida..."

Al hacer esta implícita comparación entre el convicto y "gente muy bien nacida", Don Quijote ya ha sido golpeado por el relámpago, aunque quizás aún no lo sepa. Sigue interrogando a los galeotes mientras el relampagueo de su mente ilumina paisajes nunca antes expuestos a luz, que permite a Don Quijote ver una estrecha conexión entre estos criminales y la corte del rey. Creo que, poco a poco, se extiende esta asociación mental, hasta la decisión de librar a los galeotes.

Porque, después de todo, ¿en qué consistían estas ofensas, estos crímenes de los galeotes? En robar, en practicar la alcahuetería, en ser un Don Juan pobre, en ser pícaro. Por lo que toca al robo, baste decir que España vivía en gran parte, en los días de Don Quijote, gracias al saqueo de Holanda y de sus colonias en el Nuevo Mundo. El mismo código del caballero andante, que examinaremos detalladamente más tarde, y que tan fundamental resulta para penetrar el enigma de Don Quijote, reflejaba ideas sobre la conquista y el saqueo "legales". En cuanto a ser alcahuete, pues, los alcahuetes ambiciosos no faltaban en la cor-

te del rey mismo, como bien lo sabía Don Quijote. Al decir que el viejo galeote "por solamente el alcahuete limpio no merecía él ir a bogar en las galeras, sino a mandallas y a ser general dellas", ¿no quería indicar que algunos oficiales militares de España habían ganado sus altas posiciones más por habilidad en el arte de alcahuetería en la corte que por habilidad en el arte de guerra? Y el donjuanismo era un generalizado deporte de todos los españoles nobles de la época. Lope de Vega, oficial de la Inquisición y el escritor predilecto de la corte, era más donjuanesco que el mismo Don Juan. Ser pícaro, finalmente, significaba vivir con todo tipo de truco y engaño, una definición que describe perfectamente la filosofía de los sicofantes de la corte quienes mantenían sus posiciones mediante toda clase de malabarismos morales.

Tal vez Don Quijote no lo quiere admitir a sí mismo, pero su intuición, iluminada en ese momento, le ha señalado que, si los galeotes son culpables, entonces, igualmente culpables son la nobleza de España, la corte, el rey y Don Quijote mismo. No hay galeote que, con dinero y modales más finos, no hubiera venido como anillo al dedo a la corte del rey. Los galeotes son meros reflejos de sus modelos originales en posiciones altas. La diferencia es que son humildes en vez de ser poderosos. Hay otra diferencia también importantísima: reconocen lo que son y lo aceptan. Los galeotes en sus cadenas están más libres de ilusiones que la nobleza de España. No disponen de una estructura de bonitas mentiras para justificación de sus hechos, como los aristócratas. Y por no contar los galeotes y sus semejantes con la protección del poder, del linaje ni del todopoderoso dinero, conocen de primera mano las verdades ásperas de la maquinaria de

una sociedad decadente detrás de su fachada de grandeza. Los crímenes de los galeotes son realmente crímenes, pero son, en escala menor, los mismos crímenes de la nobleza.

Don Quijote, muy inquieto, dice a los galeotes lo siguiente:

"De todo cuanto me habéis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que, aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais a padecer no os dan mucho gusto, y que vais a ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad; y que podría ser que el poco ánimo que aquél tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y, finalmente, el torcido juicio del juez, hubiese sido causa de vuestra perdición, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades."

Don Quijote les mide en su juicio como hermanos, como iguales, debido a este reconocimiento de que las acciones de los galeotes son de la misma tela que las suyas, y las de la aristocracia española. Lo que dice toca solamente las afueras de la revelación que en mi opinión ha experimentado. Tal vez es una revelación demasiado poderosa para subir en su totalidad a la mente consciente de Don Quijote, pero la intuye en alguna manera, y mientras está posesionado por ella, no puede condenar a los galeotes. Sigue hablando:

"Todo lo cual se me representa a mí ahora er

la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo, y aun forzando, que muestre con vosotros el efeto para que el Cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la orden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer a los menesterosos y opresos de los mayores."

Don Quijote sigue hablando, pero ahora se dirige a los guardias con el fin de convencerles, y otra vez, sus palabras son periféricas o ajenas al contenido de la revelación central. Dice,

"Pero, porque sé que una de las partes de la prudencia es que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar a estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz; que no faltarán otros que sirvan al Rey en mejores ocasiones: porque me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres. Quanto más, señores guardas--añadió don Quijote--, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros. Allá se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el cielo, que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplís, algo que agradeceros; y cuando de grado no lo hagáis, esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagáis por fuer-

za."

El comisario rehusa cumplir con la petición de Don Quijote, quien en seguida le ataca y hiere con su lanza. En la confusión, los galeotes se libran de sus cadenas y los guardias terminan por huir. Parece una gran victoria para Don Quijote, y lo es. Pero trae consecuencias amargas.

En plena regresión hacia la locura, Don Quijote exige a los galeotes que se pongan inmediatamente en camino para presentarse ante Dulcinea del Toboso. Ginés de Pasamonte explica que esto significaría perder su libertad, puesto que la Santa Hermandad les andaría buscando, y lo que deben hacer es esconderse. Añade:

"Lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de avemarías y credos, que nosotros diremos por la intención de vuestra merced, y ésta es cosa que se podrá cumplir de noche y de día, huyendo o reposando, en paz o en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora a las ollas de Egipto, digo, a tomar nuestra cadena, y a ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aun no son las diez del día, y es pedir a nosotros eso como pedir peras al olmo."

Hay que admitir que lo que dice Ginés de Pasamonte es lógico y además cortesmente dicho. La exigencia de Don Quijote es excesiva en las circunstancias y muestra que la luz de su re-

velación que tenía era cosa fugaz. Es el Don Quijote despótico que conocimos antes quien responde a lo dicho por Ginés de Pasamonte:

"--Pues voto a tal--dijo don Quijote, ya puesto en cólera--, don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, o como os llamáis, que habéis de ir vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena a cuestras."

Y es el viejo Don Quijote despótico quien recibe entonces el apedreamiento de hombres desesperados, forzados en defensa de su propia libertad a defenderse de quien hace poco era su defensor. No sería justo acusar a los galeotes de ingratitud, puesto que tienen que escoger, debido a la intransigencia de Don Quijote, entre la ingratitud y la libertad. En tales circunstancias, ¿quién no escogería la libertad?

No, las pedradas que recibió Don Quijote no eran consecuencia inevitable de su acto de librar a los galeotes, sino de las condiciones imposibles que les trató de imponer después. Pero hay otras consecuencias que sí son inevitables de tal acto y que van a perturbar a Don Quijote. Porque, para que no sea olvidado, Don Quijote ya se ha hecho enemigo de las autoridades de la sociedad. Dentro de poco tiempo, con cara encendida, escuchará las palabras del Cura que describen al libertador de galeotes como hombre que (I,29), "...quiso defraudar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fué contra sus justos mandamientos...". Don Quijote es, ahora, igual a los galeotes, un fugitivo de la justicia del rey.

El y Sancho Panza se meten en la Sierra Morena. Sigue un interludio pastoril, bien largo, en que Don Quijote parece olvidarse de su misión en el mundo. El episodio de los galeotes le ha mostrado las posibles consecuencias de tratar de cumplir tal misión. No hizo nada fuera del código del Caballero Andante, que le exige específicamente ayudar a los menesterosos y "opresos de los mayores". Sin embargo, ehoca con las autoridades, y, además, según el Cura, puso en peligro su propia alma.

Desde aquí en adelante habrá un cambio en Don Quijote. Todo desarrollo futuro dependerá de la interpretación que haga del código del caballero andante y tal interpretación a su vez, reflejará una lucha interior con su propia conciencia.

Y mientras él descansa en la Sierra Morena y se divierte con el nuevo juego de la penitencia del enamorado, quisiera yo investigar todos los aspectos de este código que sigue, o cree seguir, Don Quijote. Es indispensable para entender las tendencias, totalmente opuestas entre sí, en las hazañas y pensamientos del Caballero de La Triste Figura.

EL CABALLERO ANDANTE Y LA ESPADA DE DOS FILOS

"Ya se es ido el caballero; pelea en la guerra, vence al enemigo del rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas, vuelve a la corte,...la infanta viene a ser su esposa... Muérase el padre, hereda la infanta, queda rey el caballero..."

--Don Quijote, hablando de como los caballeros andantes suelen subir a la gloria y al poder (I,21)

"Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes;... Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia...andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos. Desta orden soy yo, hermanos cabreros..."

--Don Quijote, en su discurso sobre la Edad Dorada (I,11)

Hasta aquí, Don Quijote parece ser una persona en guerra consigo misma. Efectivamente, hemos visto a dos Don Quijotes, uno, aristócrata reaccionario y el otro, proletario rebelde. Hay que preguntar ahora, ¿a qué se debe esta aparente doble personalidad?

La respuesta es sencilla pero trae consigo complicaciones no visibles a primera vista. Lo que parece una temprana y fácil resolución del principal enigma de Don Quijote, al fin y al cabo nos conduce a enfrentar otro enigma más profundo.

Los dos Don Quijotes son, hasta el episodio de los galeotes, en realidad uno. La dualidad proviene de la misma filosofía que sustenta a Don Quijote y, en efecto, lo arma con una espada de dos filos.

Don Quijote sigue el código del caballero andante tal y como lo entiende en su lectura de libros de caballerías. No es ni aristócrata ni proletario, ni reaccionario ni rebelde, ni anarquista. Hasta el episodio de los galeotes, que lo cambia todo, es un inocente loco o loco inocente cuya locura consiste en (y se limita a) creer fanáticamente y a ciegas todo lo que hay en los libros de caballerías. Don Quijote es, hasta aquel episodio, esencialmente un personaje literario, que arrastra con él todo el contenido de los libros de caballerías al mundo real. De estos libros ha extraído un grupo de principios que en su conjunto forman el código del caballero andante. Pero Don Quijote no ha digerido el contenido de este código; lo aplica sin ton ni son. No se ha dado cuenta de que, en vez de ser un código monolítico, es una mezcla ecléctica de elementos, y que contiene dos corrientes ideológicas que son en su naturaleza irrevocablemente opuestas.

Se puede condensar el significado de estas dos corrientes en lo que he decidido llamar "ambición" y "misión". Marcan límites opuestos del concepto de lo que es o lo que debe ser el caballero andante. Y, aunque Don Quijote suele hablar con igual soltura de su ambición y de su misión como si no hubiera conflicto ninguno entre las dos, esta dualidad de contenido en su código es la que lo hace aparecer aquí rebelde proletario y allá déspota reaccionario. Hay que recordar constantemente que suele ver a todo el mundo por el lente refractario y estilizante de sus libros.

Primero, examinaremos la ambición de Don Quijote. ¿En qué consiste? Consiste en un deseo de llegar a una posición alta y poderosa dentro de la nobleza, dentro de la aristocracia. Su ambición se cristaliza en lo que podemos llamar El Mito de El Caballero. Lo llamo así porque el efecto de este mito es unir, al fin y al cabo, al caballero andante con El Caballero, o sea el aristócrata en la sociedad feudal. Es decir, que muestra al caballero andante como una especie de aristócrata todavía no establecido, quien, por medio de sus destacadas cualidades personales, entre las cuales una gran habilidad en la guerra es de primerísima importancia, va en busca de su sitio en el sol de la casta feudal. Según El Mito, siempre lo consigue. Pero veamos la concepción de este mito en las mismas palabras de Don Quijote.

La ocasión es la queja de Sancho Panza (I,21) por la poca ganancia que hay en andar buscando aventuras. Sancho quiere una remuneración inmediata. La respuesta de Don Quijote ofrece la destilación de las tramas de docenas de libros de caballerías. Es El Mito de El Caballero en forma muy condensada. Entender este mito es indispensable para poder entender a Don Quijote.

"--No dices mal, Sancho--respondió don Quijote--; mas antes que se llegue a ese término es menester andar por el mundo, como en aprobación, buscando las aventuras, para que, acabando algunas, se cobre nombre y fama tal, que cuando se fuere a la corte de algún gran monarca ya sea el caballero conocido por sus obras; y que apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, cuando todos le sigan y rodeen, dando voces, diciendo: 'Éste es el caballero del Sol', o de la Sierpe, o de otra insignia alguna, debajo de la cual hubiere acabado grandes hazañas. 'Éste es--dirán-- el que venció en singular batalla al gigantazo Brocabruno, de la gran fuerza; el que desencantó al Gran Mameluco de Persia del largo encantamiento en que había estado casi novecientos años'. Así que, de mano en mano, irán pregonando sus hechos, y luego, al alboroto de los muchachos y de la demás gente, se parará a las fenestras de su real palacio el rey de aquel reino, y así como vea al caballero, conociéndole por las armas, o por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: '¡Ea, sus! Salgan mis caballeros, cuantos en mi corte están, a recibir a la flor de la caballería, que allí viene'. A cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz, besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora reina, adonde el caballero la hallará con la

infanta, su hija, que ha de ser una de las más hermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra a duras penas se pueda hallar. Sucederá tras esto, luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca al otro cosa más divina que humana, y, sin saber cómo ni cómo no, han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones, por no saber cómo se han de hablar para descubrir sus ansias y sentimientos. Desde allí le llevarán, sin duda, a algún cuarto del palacio, ricamente aderezado, donde, habiéndole quitado las armas, le traerán un rico manto de escarlata, con que se cubra; y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto. Venida la noche, cenará con el rey, reina e infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirándola furto de los circunstantes, y ella hará lo mesmo, con la mesma sagacidad, porque, como tengo dicho, es muy discreta doncella. Levantarse han las tablas, y entrará a deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano, con una hermosa dueña que, entre dos gigantes, detrás del enano viene, con cierta aventura, hecha por un antiquísimo sabio, que el que la acabare será tenido por el mejor caballero del mundo.

Mandaré luego el rey que todos los que están presentes la prueben, y ninguno le dará fin y cima sino el caballero huésped, en mucho pro de su fama,

de lo cual quedará contentísima la infanta, y se tendrá por contenta y pagada, además, por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte. Y lo bueno es que este rey, o príncipe, o lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos días que ha estado en su corte) licencia para ir a servirle en aquella guerra dicha. Darásela el rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortésmente las manos por la merced que le face. Y aquella noche se despedirá de su señora la infanta por las rejas de un jardín, que cae en el aposento donde ella duerme, por las cuales ya otras muchas veces la había hablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la infanta mucho se fiaba. Sospirará él, desmayárase ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mucho, porque viene la mañana, y no querría que fuesen descubiertos, por la honra de su señora; finalmente, la infanta volverá en sí, y dará sus blancas manos por la reja al caballero, el cual se las besará mil y mil veces y se las bañará en lágrimas. Quedará concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos o malos sucesos, y rogárale la princesa que se detenga lo menos que pudiera; prometérselo ha él con muchos juramentos; tórname a besar las manos, y despídese con tanto sentimiento, que estará poco por acabar la vida. Vase desde allí a su aposento, échase sobre su lecho,

no puede dormir del dolor de la partida, madruga muy de mañana, vase a despedir del rey y de la reina y de la infanta; dícnle, habiéndose despedido de los dos, que la señora infanta está mal dispuesta y que no puede recibir visita; piensa el caballero que es de pena de su partida, traspásasele el corazón, y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena. Está la doncella medianera delante, halo de notar todo, vásele a decir a su señora, la cual la recibe con lágrimas, y le dice que una de las mayores penas que tiene es no saber quién sea su caballero, y si es de linaje de reyes o no; asegúrale la doncella que no puede haber tanta cortesía, gentileza y valentía como la de su caballero sino en sujeto real y grave; consuélase con esto la cuitada: procura consolarse, por no dar mal indicio de sí a sus padres, y a cabo de dos días sale en público. Ya se es ido el caballero, pelea en la guerra, vence al enemigo del rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas, vuelve a la corte, ve a su señora por donde suele, concíertase que la pida a su padre por mujer, en pago de sus servicios; no se la quiere dar el rey, porque no sabe quién es; pero, con todo esto, o robada, o de otra cualquier suerte que sea, la infanta viene a ser su esposa, y su padre lo viene a tener a gran ventura, porque se vino a averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé qué reino, porque creo que no debe de estar en el mapa.

Muérese el padre, hereda la infanta, queda rey el caballero en dos palabras. Aquí entra luego el hacer mercedes a su escudero y a todos aquellos que le ayudaron a subir a tan alto estado; casa a su escudero con una doncella de la infanta, que será, sin duda, la que fue tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal.

--Eso pido, y barras derechas--dijo Sancho--; a eso me atengo, porque todo, al pie de la letra, ha de suceder por vuestra merced llamándose 'el Caballero de la Triste Figura'.

--No lo dudes, Sancho--replicó don Quijote--; porque del mismo modo y por los mismos pasos que esto he contado suben y han subido los caballeros andantes a ser reyes y emperadores."

Vemos, entonces, que Don Quijote tiene un fin interesado, el mismo fin que se expresa en El Mito. El caballero andante, al cumplir con El Mito, termina por incorporarse en la aristocracia y hacerse Caballero. Es un punto que debe tenerse en cuenta. El Mito de El Caballero es romántico, color de rosa, y presenta la aristocracia feudal como benévola. Las guerras feudales se ven como cosas en sí nobles y necesarias, puesto que son el medio para que el caballero andante pueda demostrar su habilidad, ganar el favor, y así subir al poder.

La Realidad formaba un contraste violento con El Mito. Las guerras feudales casi habían producido la destrucción de la civilización europea. Típicamente, eran guerras de exterminio en que, sin piedad, fueron aniquilados hombres, mujeres y niños.

España, históricamente, había tenido un poco de suerte. Tal vez por estar ocupada con la Reconquista, y así haber dirigido sus esfuerzos contra su enemigo común, los moros, no había sufrido tanto como Inglaterra y Francia, por ejemplo.

Inglaterra sufrió especialmente las consecuencias de las guerras feudales. La Guerra de Los Cien Años, máxime en la tercera época conocida como La Guerra de Las Dos Rosas (1436--1485), tuvo un sangriento resultado: la mayor parte de la aristocracia inglesa, con su código bélico, se había aniquilado a sí misma. Con el caos social subsecuente, esta aristocracia, o lo que de ella quedaba, fue sustituida en el poder por la alta burguesía. Vale anotar aquí, en relación a la dualidad del código de Don Quijote, que en medio del caos y el vacío social creado por la Guerra de Cien Años en Inglaterra, y antes de la toma de poder por la burguesía, habían surgido rebeliones espontáneas del sector popular. Estas rebeliones eran irrevocablemente opuestas a la idea de El Caballero, y optaron por una igualdad completa entre los hombres en vez de un mero cambio de poder de la casta feudal a la nueva burguesía. Su meta fue expresada por un sacerdote llamado John Ball cuando dijo:

"En los tiempos en que Adán araba y Eva hilaba, ¿dónde estaba el caballero? Dios ha hecho a los hombres iguales. Los hombres y no Dios han malamente creado los siervos y los señores. La ocasión se ofrece a los ingleses para apoderarse de la libertad, querida por Dios. ¡Aprovechémosla!"²

Esta cita nos lleva a la otra corriente expresada en el código del caballero andante de Don Quijote. Es la corriente proletaria, que presenta al caballero andante como hombre abnegado, cuya misión en el mundo es la de (I,22) "...desfacer fuerzas y socorrer y acudir a los miserables." Extrañamente, un eco de la voz de John Ball y de su fracasado movimiento social parece encontrarse en el famoso discurso de Don Quijote sobre La Edad Dorada (I,11):

"--Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de 'tuyo' y 'mío'. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes:... Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia;... No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aun no se había asentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar, ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por dondequiera, solas y señeras, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y

su perdición nacía de su gusto y propia voluntad. Y agora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí, por los resquicios o por el aire, con el celo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos. Desta orden soy yo, hermanos cabreros.."

No debe considerarse este discurso como un simple ejemplo de retórica resonante. Es la declaración más amplia del propio concepto de Don Quijote de su misión en el mundo. Igual que John Ball, expresa la nostalgia de unos tiempos antiguos (supuestamente dichosos) en que no había clases ni división entre los hombres, y cree que la época contemporánea está en plena decadencia precisamente debido a esta división de clases. Don Quijote indica con claridad que son los hombres pertenecientes a toda clase privilegiada, sean de la vieja casta feudal o los ricos de la nueva burguesía, quienes han corrompido esta Edad de Oro que reinaba antaño. Habla de "los del favor y los del interese" que han ofendido a la justicia, y de "la ley del encaje" que influye al juez. John Ball se hubiera deshecho completamente de El Caballero. Don Quijote no llega tan lejos, aunque lo parece cuando más tarde dice: (I,20): "--Sancho amigo, has de saber que yo nací,

por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro, o la dorada, como suele llamarse." De todos modos, si va a defender a miserables de la malicia de los privilegiados, está claro que inevitablemente tendrá que luchar en contra de El Caballero. Y tal lucha significaría el fin de su ambición de congraciarse con la aristocracia y hacerse Caballero.

Vendrá la hora en que Don Quijote debe escoger cuál filo de su espada quiere usar. Las dos metas abarcadas por su código son contrarias. Lograr su ambición, tal y como está expresada en El Mito de El Caballero, significa olvidar su misión. Cumplir su misión es derrumbar su esperanza de lograr su ambición. Entender este conflicto es la clave para entender el desarrollo del personaje de Don Quijote y el significado más grande de la obra. Es parte del genio de Cervantes su perspicacia para descubrir que este dilema de Don Quijote tenía repercusiones muy profundas en la vida de España. San Ignacio de Loyola y Santa Teresa vivían dilemas semejantes, y como estos dilemas reflejan la crisis de un complejo de valores en España, la manera en que Don Quijote se enfrenta a su conflicto nos dará, como por adivinación o profecía, el perfil de la muerte de un país--o, mejor dicho, de la animación suspendida de un país. Y las repercusiones no se detienen en las fronteras de España. Cervantes perfiló una crisis universal por medio de Don Quijote, y en su angustia podemos ver la angustia de muchas sociedades de nuestra época.

Don Quijote no sabe, hasta el encuentro con los galeotes, que su código abarca dos metas excluyentes, ni que carga una espada de dos filos. Este episodio es la encrucijada en donde chocan la ambición y la misión. Tal cosa no ocurrió nunca en los

libros de caballerías. Amadís de Gaula no tuvo jamás que ver con galeotes, pero Don Quijote, ya no tan inocente, empieza a vivir este conflicto que le llevará por el camino de la angustia. Está claro desde esta aventura que no podrá seguir sirviendo impunemente a dos amos, empleando aquí un filo y allá el otro de su ambigua espada.

Pero antes de estudiar detalladamente el desarrollo de su conflicto, debemos investigar la relación entre los libros de caballerías y la sociedad española de la época, para así entender el fondo contra el cual actúa Don Quijote en su gran tragicomedia.

LIBROS DE CABALLERIAS, LA CONTRARREFORMA, Y LOS MUCHOS DON QUIJOTES

"De todas maneras, la dirección general del arte en el Egipto antiguo, aunque su subida parece haber sido rápida y un flujo auténtico, una vez que había alcanzado su meta, era utilizada por los amos de la civilización, seculares y religiosos, como instrumento para la conservación de la cultura tal y como era. Aparentemente, la religión ha sido utilizada mucho más frecuentemente en la historia, y con más éxito, que el arte como tal instrumento de conservación."

--Style and Civilizations (Estilo y Civilizaciones) por Alfred Louis Kroeber, Cornell University Press, 1957, página 40. Traducción mía.

La Reforma había engendrado entre los poderosos de España un miedo que un psicólogo moderno probablemente clasificaría como paranoico. Y la Contrarreforma de ninguna manera se limitó a tratar de cosas estrictamente religiosas. Detrás de la controversia sobre la religión rondaba también el temor de revoluciones sociales, como la de los campesinos luteranos de Alemania, o la de los Comuneros de la propia España que, entre 1520 y 1522, tanto había amenazado la monarquía de Carlos V. La iglesia y la aristocracia, bajo el mando del rey, estaban ligadas en la lucha común para conservar el status quo de España; y tal vez el instrumento más eficaz en esta lucha era la Santa Inquisición.

Al asumir la corona de España, Felipe II mostró que iba a prestar toda su influencia a la Contrarreforma y a la Inquisición. Desembarcó en España el 8 de septiembre de 1559, y, el 8 de octubre del mismo año, asistió en Valladolid al "auto de fe" que aniquiló la entera comunidad luterana de esa ciudad. Fue su primer acto público como rey. Y, fuera del país, iba a sostener luchas contra protestantes e infieles a diestra y siniestra--en Flandes y Holanda contra los calvinistas, en Francia contra los hugonotes, en el mar contra Turquía e Inglaterra. Había demasiados diablos, dragones y gigantes que matar.

La campaña para conservar el status quo de todo un complejo de valores básicamente feudales (que encontró su enfoque en la idea de defender la fe), tuvo como consecuencia hacer retroceder la organización social de España. Felipe II, ocupadísimo en hacerse el campeón del catolicismo, jamás llegó a entender la importancia de desarrollar la industria y la agricultura. Para él, la España verdadera se componía de la Iglesia y la nobleza unidas bajo un rey estricto pero paternal. Y si bien quitó

a la nobleza algunos poderes políticos en el proceso de centralizar al máximo su gobierno absolutista, lo hizo con toda intención de consolidar y conservar esta misma nobleza como la clase dominante y como columna de la pureza de la religión católica. Así es que, bajo Felipe II, tanto la industria como la agricultura entraron en pleno declive, y la actividad de los comerciantes casi se paralizó bajo impuestos cada vez más altos y ruinosos. Y a pesar de las altas rentas de sus nuevos impuestos, Felipe II se encontraba constantemente en necesidad de más y más dinero. Luchar contra el diablo costó caro.

La lucha contra la herejía no se redujo a quemar hombres endiablados, sino que trató de ahogar las ideas erasmianas y las de la nueva ciencia--en fin, toda concepción, nueva o vieja, que pareciera al juicio de la Santa Inquisición potencialmente herética o peligrosa para la fe, o el status quo de la sociedad española. Así que fueron quemados muchos libros, y todo nuevo libro tenía que pasar por la censura de la Iglesia.

Es en tal perspectiva que debemos examinar el papel de los libros de caballerías en la España del siglo XVI.

Para empezar, nadie menos que el gran crítico Marcelino Menéndez y Pelayo dice que, "Los libros de caballerías se leían por pasatiempo, como leemos las Mil y una Noches, como se han leído todas las novelas del mundo, sin que nadie creyese una palabra de lo que en ellos se contenía..."³

Pero, ¿es éste juicio cierto? Yo digo no solamente un "no" resonante, sino que diría también que nunca pudiera ser cierto tocante a ningún género literario. Para mí, todo libro es didáctico. Es didáctico porque, en una manera u otra, da una visión del mundo y de la vida, sea original o no esta visión. Claro que

en la mayoría de la literatura estas ideas son formuladas a través de personajes y episodios, y las grandes obras, aunque no ofrecen, generalmente, soluciones explícitas, presentan problemas claves cristalizados en nuevos términos de inolvidable arte. En el sentido más ampliamente filosófico, no hay tal cosa como la ficción, puesto que todo libro es "verdad" hasta algún grado por el mero hecho de encontrar asiento en la mente del lector.

El mismo Menéndez y Pelayo, en otra parte del mismo capítulo antes citado, reconoció plenamente la gran influencia social de ese género literario cuando escribió, en cuanto a Amadís de Gaula, el libro de caballerías por excelencia, que "adquirió un valor didáctico y social tan grande..." que "...fue el doctrinal del cumplido caballero, la epopeya de la fidelidad amorosa, el código del honor que disciplinó a muchas generaciones; y aun entendido más superficialmente y en lo que tiene de frívolo, fue para todo el siglo XVI el manual del buen tono, el oráculo de la elegante conversación, el repertorio de las buenas maneras y de los discursos galantes..."⁴

Yo diría, más bien, que Amadís y otros libros de caballerías brindaron una bella mitología a los miembros de la decadente y ociosa casta feudal de España del siglo XVI precisamente cuando más la necesitaba. Detrás del brillante escudo de Amadís se escondían nobles ya sin función y corrompidos cortesanos.

Los libros de caballerías no solamente tenían influencia psicológica, no solamente formaban actitudes favorables hacia la aristocracia, sino que hipnotizaban algunos lectores a tal grado que, como Don Quijote, llegaron a confundir su contenido inextricablemente con hechos históricos. Veamos un ejemplo de este fenómeno en El Quijote. El Cura está tratando de convencer al ven-

tero que los libros de que éste es tan fanático lector no son verídicos (I,32):

"--Mirad, hermano--tornó a decir el Cura--, que no hubo en el mundo Félix^marte de Hircania, ni don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerías cuentan; porque todo es compostura y ficción de ingenios ociosos, que los compusieron para el efeto que vos decís de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores. Porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él.

--A otro perro con ese hueso--respondió el ventero--. ¡Como si yo no supiese cuantas son cinco, y adonde me aprieta el zapato! No piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco. ¡Bueno es que quiera darme vuestra merced a entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habían de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas, y tantos encantamientos, que quitan el juicio!"

Yo, claro, estaría, aunque en manera irónica, de acuerdo con el ventero. Su declaración conduce lógicamente a una pre-

gunta básica--¿por qué tenían tanta boga en España los libros de caballerías? No creo que fuera ningún accidente.

El mundo Medioeval se estaba reventando. Todo un complejo de ideas creídas eternas estaban en el proceso de ser modificadas o comprobadas inverosímiles. Copérnico y Colombo--estos dos solos habían logrado alterar la estructura misma del cielo y de la tierra. Lutero, los humanistas, y la nueva burguesía contribuyeron a romper dos columnas de este mundo Medioeval--la unidad de la Iglesia Católica y la supremacía de la casta feudal.

Creo que, al principio, los libros de caballerías desempeñaban el papel de ayudar a sostener actitudes favorables hacia los valores medioevales de España. He citado al gran antropólogo contemporáneo, Alfred Louis Kroeber, al principio de este capítulo, como partidario de la idea que el arte, a veces, aunque quizás no tan eficazmente como la religión, puede emplearse como arma en la lucha para conservar intacto el status quo de una cultura. En el ejemplo citado, el país en cuestión es el Egipto antiguo, pero creo que la idea tiene aplicación a España en el siglo dieciseis, máxime como el mismo autor asevera:

"En Europa, por ejemplo, la escultura y la arquitectura Gótica, la filosofía escolástica, el feudalismo, y la influencia del cristianismo y de La Iglesia declinaron en este intervalo. Puede decirse que la civilización en su integridad había sido reorganizada sobre una base más ancha, así permitiendo surgir una gama de normas y estilos últimamente más amplia."⁵

Pero las autoridades de España trataron de mantener a su país al margen de esta ola de nuevas ideas que barrían el resto de Europa. Sostenían una lucha a brazo partido en contra de innovaciones y cambios, y en contra de cualquier reorganización sobre una base más amplia. ¿Qué lugar ocupaban los libros de caballerías en esta lucha?

Puede decirse que formaban parte de la literatura oficial de España. Como observó el ventero, llevaban el sello del Consejo Real. Otros libros oficiales eran el montón de libros religiosos y las novelas pastoriles, primas de las caballerescas. En su conjunto, y por la ausencia de otros libros prohibidos por la censura, aseguraban que el vacío de las mentes ociosas no fuera colmado con ideas erasmianas ni luteranas, ni con alguna doctrina revolucionaria. Claro que hubo algunas excepciones, como las dos novelas picarescas españolas del siglo XVI, y la secreta circulación de libros no permitidos oficialmente. Pero estos libros no tenían la popularidad que tenían los libros de caballerías.

¿Precisamente cómo cumplieron las novelas de caballerías su función conservadora? Puede decirse que por medio de la clase que profesaban reflejar--la de la casta feudal. Apoyaban el mito de la superioridad de la aristocracia. En la persona del caballero andante elogiaban a toda la casta feudal, y era implícito en estas obras que la grandeza de España y la de toda nación--era debida a las hazañas de esta clase. El reverso de esta implicación era que la burguesía, los artesanos, los campesinos y los obreros eran innatamente inferiores a la casta feudal y sus descendientes, y que cualquier cambio en la estructura social sería dañina a la gloria de la patria.

Los libros de caballerías estuvieron en boga durante todo un siglo en España, y sin duda, contribuían al medio ambiente conservador. Sin embargo, estos mismos libros eran la fuente de donde sacó Don Quijote el doble filo de su valiente espada. ¿Cómo se explica esto?

En primer lugar, los libros de caballerías no eran escritos conscientemente como instrumentos para contribuir a mantener el status quo, ni fue mi intención dar tal idea. Eran escritos como continuación de un género literario lleno de convenciones. El hecho de que, en España, debido a distintas circunstancias, jugaran este papel conservador, fue concordancia fortuita de las necesidades de las autoridades de España y la existencia de este género. Pasaban por el filtro de la censura mientras otros tipos de libros eran excluidos. Y por haber encontrado éxito, los originales libros de caballerías engendraban mil imitaciones. Así, en una especie de evolución controlada, se multiplicaron en España hasta tener una influencia tremenda. Hemos visto cómo básicamente tendían a conservar la sociedad feudal y convertirse en una fuerza reaccionaria. Pero tenían, también, a pesar de que elogiaban y romantizaban la aristocracia feudal, ciertos elementos que pudieran clasificarse como rebeldes o subversivos, especialmente en la cada vez más estrecha área de pensamiento y creencia permitida en España.

Así es que no todos amaban estos libros. No tenemos que buscar más lejos que el mismo Quijote para encontrar opiniones que expresan no solamente desaprobación, sino hasta un temor desmesurado de los posibles peligros escondidos en estos libros. Su sobrina dice de ellos a Don Quijote (II,6):

"¡Ah, señor mío!--dijo a esta sazón la Sobri-
na--. Advierta vuesa merced que todo eso que dice
de los caballeros andantes es fábula y mentira, y
sus historias, ya que no las quemasen, merecían que
a cada una se le echase un sambenito, o alguna señal
en que fuese conocida por infame y por gastadora
de las buenas costumbres."

Aquí se advierte claramente el miedo por lo subversivo
de tales libros. El Cura compartía este miedo, y quería quemar
los libros predilectos del pobre ventero, igual que, con la ayu-
da del Barbero, había quemado antes la mayoría de la biblioteca
de Don Quijote.

Está de acuerdo con el Cura el canónigo de Toledo, de
cuyos discursos sobre la materia se extrae lo siguiente (I,47):

"--Verdaderamente, señor Cura, yo hallo por
mi cuenta que son perjudiciales en la república
estos que llaman libros de caballerías..."

Una cosa que estorbaba al canónigo era la idea de la di-
solución de las castas. "Pues ¿qué diremos de la facilidad con
que una reina o emperatriz heredera se conduce en los brazos de
un andante y no conocido caballero?"

Y más adelante (I,49), dice que quisiera echarlos al
fuego, "...como a inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de
vida..."

¿Cuáles, exactamente, eran estos elementos subversivos
que producían el temor por la herejía y la rebelión?

Probablemente el que más preocupaba era un cierto individualismo típicamente renacentista, que a veces se acercaba a un verdadero anarquismo. Sobre todo vemos este elemento en lo que he llamado la misión del caballero andante--esta expresión del oficio de ayudar a todos los débiles, a todos los menesterosos. La interpretación más amplia y recta de esta misión podría significar la plena rebelión en contra de los poderosos de España.

Tal vez pueda parecer al lector que doy demasiada importancia al papel de la literatura como influencia en la sociedad. No lo creo. Regresemos momentáneamente a la escena de la venta, donde critican al ventero por su ingenua creencia en lo sucedido en los libros de caballerías (I,32). El ventero acaba de terminar un largo discurso sobre las virtudes de los héroes de novelas caballerescas:

"Oyendo esto Dorotea, dijo callando a Cardenio:

--Poco le falta a nuestro huésped para hacer la segunda parte de don Quijote.

--Así me parece a mí--respondió Cardenio--; porque, según da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni más ni menos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descalzos."

La ironía consiste en que todos los que le critican son tan engañados por los libros como él. Dorotea y Cardenio, pseudo-pastores los dos, se fueron al campo para hacer una peniten-

cia que era tomada en su totalidad de las novelas pastoriles-- ¡cumplieron con un convencionalismo literario! El Cura con toda seguridad, no siendo precisamente un discípulo de Erasmo, no traería a la luz de la crítica los detalles de los textos sagrados en que creía ciegamente. Y aunque se burla de la ridiculez de las hazañas de los caballeros andantes, cree en milagros, y cree que los demonios, literalmente, entran en los cuerpos y mentes de los herejes. Cada uno puede reconocer la locura en otros pero no la suya.

Así es la fuerza de la literatura, y, sobra decirlo, tanto más en una edad en que no existían periódicos, revistas, radio, televisión, ni tampoco una selección diversa de libros. Y si las autoridades de España no admitían que se publicaran nuevas verdades, y mantenían mentiras oficiales en el nivel ideológico ¿cómo iban los lectores de libros a poder distinguir lo verídico de lo falso, lo real de lo imaginario? No había una clara línea divisoria entre la ficción y la historia en España, ya que la ficcionalización de la historia era una meta de la lucha conservadora.

Hemos visto de qué modo los libros de caballerías dotaron a Don Quijote con una espada de dos filos. Es asombrosa la forma en que esta misma dualidad parecía entrar en las vidas de los que tanto eran influidos por aquellos libros. Muchos eran los Don Quijotes de España.

Dos ejemplos destacados son San Ignacio de Loyola y Santa Teresa de Jesús. No sería cosa exagerada ni fantástica imaginar que Cervantes basara en parte el carácter de Don Quijote en el del hombre que se convirtió en "soldado de Cristo"--ese hombre que nació Don Iñigo de Oñez y Loyola y que se crió leyendo casi

puras novelas de caballerías. Solamente después de ser herido gravemente en batalla contra los franceses, dejó su carrera como soldado. Por casualidad, mientras se recuperaba, sucedió que no hubo a su alcance sino algunos libros acerca de la vida de Cristo y de los santos de la Iglesia. Los leyó y se entusiasmó. Sin duda fue la fusión de ideas entre ellos y sus amados libros de caballerías lo que le dió la idea de que la guerra más noble del mundo sería la de la cristiandad contra los infieles.⁶ Esta fusión de ideas lo revela San Ignacio mismo en su Autobiografía (en la cual siempre habla de sí mismo en la tercera persona), cuando describe los primeros pasos de su carrera religiosa:

"Y como (San Ignacio) tenía todo el entendimiento lleno de aquellas cosas, Amadís de Gaula y de semejantes libros, veníanle algunas cosas al pensamiento semejantes a aquéllas; y así se determinó de velar sus armas toda una noche, sin sentarse ni acostarse, más a ratos en pie y a ratos de rodillas, delante el altar de Nuestra Señora de Monserrate, adonde tenía determinado dejar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo."⁷

Y el siguiente episodio de la Autobiografía, en mi opinión, pudiera haber servido a Cervantes como modelo del episodio de Andrés (I,4), por lo tragicómico que es:

"Y yendo (San Ignacio) ya una legua de Monserrate, le alcanzó un hombre, que venía con mucha prisa en pos dél, y le preguntó si había él dado

unos vestidos a un pobre, como el pobre decía; y respondiendo que sí, le saltaron las lágrimas de los ojos, de compasión del pobre a quien había dado los vestidos; de compasión, porque entendió que lo vejaban, pensando que los había hurtado."⁸

Santa Teresa era también aficionada en su juventud a la lectura de libros de caballerías. Tanto ella como San Ignacio habían absorbido en estas lecturas este sentido de individualismo de que he hablado. Y, tal vez por esto, los dos eran, al principio, rebeldes dentro de la estricta organización de la Iglesia. Tanto eran rebeldes que los dos cayeron bajo la sospecha de herejía. San Ignacio fue encarcelado por haber enseñado y predicado a mujeres pobres, entre ellas algunas prostitutas. Las visiones de Santa Teresa fueron denunciadas como cosas inspiradas por el diablo. Pero, eventualmente, Santa Teresa, igual que San Ignacio de Loyola, fue aceptada por la Iglesia.

No puedo más que ver esta incorporación a la Iglesia, este aparente éxito, como, en el sentido más amplio, un gran fracaso de parte de los dos. La iglesia española de aquella época sufría de una barroca jerarquía, amén de muchos abusos, casi todos teniendo como base el exceso de interés en las cosas de César en vez de las cosas de Dios. La rebeldía de San Ignacio de Loyola y de Santa Teresa consistía en la idea de que era posible buscar y encontrar contacto directo entre el creyente y Cristo, lo que llevado a sus límites lógicos hubiera significado la muerte de la iglesia jerárquica. Pero, a la vez, pudiera haber significado el nacimiento de una iglesia espiritual y duradera--esencialmente, la iglesia de Cristo. ¿Acaso Cristo mismo no se rebeló

en contra de ceremonias y ritos y jerarquías que terminaban por agobiar el verdadero espíritu de la religión? ¿Acaso no fue Él quién corrió del templo a los mercaderes? ¿Acaso no fue Él quién dijo que el reino del cielo se encuentra dentro de los individuos?

Para mí, cuando San Ignacio y Santa Teresa aceptaron integrarse a una iglesia básicamente corrompida y alejada de las ideas de Cristo, perdieron la fuente de su fuerza e inspiración. Y no solamente aceptaron esa integración, sino que los dos prestaron sus servicios a la Contrarreforma, este movimiento conservador que por poco les clasifica a ellos mismos como herejes. En su libro, Camino de Perfección, Santa Teresa escribió:

"...digo que, viendo yo ya tan grandes males que fuerzas humanas no bastan a atajar este fuego[#] (aunque se ha pretendido hacer gentes para si pudieran a fuerza de armas remediar tan gran mal y que va tan adelante, hame parecido que es menester como cuando los enemigos en tiempo de guerra han corrido toda la tierra y, viéndose el señor de ella perdido, se recoge a una ciudad que hace muy bien fortalecer...

Más ¿para qué he dicho ésto? Para que entendáis, hermanas mías, que lo que hemos de pedir a Dios, es que en este castillito que hay ya de buenos cristianos no se levante ningún traidor..."⁹

[#]"fuego de estos herejes" dice una de las variantes del texto.

Seguramente, esta psicología bélica venía en parte de los conceptos en los libros de caballerías. Seguro también era el hecho de que "los soldados" de la Contrarreforma creían en oponer el fuego al fuego, puesto que solían quemar a herejes en los "autos de fe". Es tristemente irónico recordar que la única vez que Cristo usó la fuerza de que sabemos fue cuando corrió del templo a los mercaderes, que era esencialmente lo que volvió a hacer Lutero--¡a quien tenían en España por el mismo diablo!

Así, con el nuevo conformismo de San Ignacio y Santa Teresa, murió lo que pudiera haber sido una fuerza verdaderamente renovadora en la religión cristiana. Para hacer una comparación en términos del conflicto de Don Quijote, se puede decir que triunfó ambición sobre misión. Y en las carreras de San Ignacio y Santa Teresa es posible entrever augurios tristes del destino de Don Quijote.

Veo también un reflejo de Don Quijote en Felipe II, quien con tanto ardor se lanzó al esfuerzo de llevar a cabo la Contrarreforma. Se encontró en una posición que tiene semejanza con la de Don Quijote. La gente humilde contaba con la ayuda del rey en "desfazer tuertos" con la nobleza. Pero, a final de cuentas, ¿cómo lo podía hacer Felipe II, si su poder venía de representar los intereses de los nobles?

Efectivamente, el episodio de Andrés (I,4), el primero en que se adivina en Don Quijote el afán de ayudar a menesterosos, ilustra la futilidad de esta intervención del rey entre nobles y campesinos o pueblerinos con el fin de corregir abusos de aquéllos. Don Quijote pudo hacer al rico desatar a Andrés y dejar de azotarlo por el momento. Pero solamente por el momento. En cuanto se alejó Don Quijote, el atormentador de Andrés,

"...le tornó a star a la encina, donde le dió tantos azotes, que le dejó por muerto.

--Llamad, señor Andrés, ahora--decía--al desfacedor de agravios; veréis cómo no desface aquéste. Aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene ganas de desollaros vivo, como vos temíades."

De esta manera, sin duda, con demasiada frecuencia, encontraban igual destino los pobres ayudados por el rey en conflictos con la nobleza.

ENGAÑO, ILUSIONES Y ENCANTAMIENTO.

"--¡Este es engaño; engaño es éste!...¡Justicia de Dios y del Rey de tanta malicia, por no decir bellaquería!

--No vos acuitéis, señoras--dijo don Quijote--; que ni ésta es malicia ni es bellaquería; y si lo es, no ha sido la causa el Duque, sino los malos encantadores que me persiguen..."

--El Quijote (II,56)

No se puede penetrar el enigma de Don Quijote sin tomar en cabal cuenta la crisis histórica en que se encontraba España. La lucha para conservar el status quo en contra de presiones invisibles, pero no por esto menos macizas, produjo todo tipo de desviaciones, entre ellas la locura de Don Quijote que, como hemos visto, no era realmente más que una ligera exageración de, una actitud común en aquella época. Tales "locos" se encontraban constantemente amenazados por la falta de concordancia entre sus conceptos y la realidad que se les imponía por todos lados en la vida cotidiana.

El sueño que solía vivir Don Quijote es obvio para el lector. En la venta se dirige a todos para decir (I,37):

"...¿cuál de los vivientes habrá en el mundo que ahora por la puerta deste castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quién podrá decir que esta señora que está a mi lado es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel Caballero de la Triste Figura que anda por ahí en la boca de la 'ama?"

El chiste es que nadie sino Don Quijote lo cree; ni el lector ni ninguno de los que en la venta le escuchan. Todos menos Don Quijote saben que ni ella es reina ni él famoso.

El sueño que vivía España no era tan obvio para los españoles. Las autoridades estaban empeñadas en conservar la ilusión de que España, a pesar de sus obvios defectos, era el país perfecto. Por lo general, tenían éxito en su propósito. Los es-

pañoles se creían la raza superior sobre la faz de la tierra. Creían tener la civilización ideal. En tal ambiente, cualquier cambio propuesto se veía como intento de traición o herejía, como amenaza a la pureza de la cultura española.

El sueño estaba siempre a punto de convertirse en pesadilla. En efecto, el proceso de evolución histórica aparentemente había sido detenido--pero a costa de represalias, censura y una pobreza creciente. Con toda seguridad, El Quijote surge, en parte, de presiones engendradas por el estancamiento general de España, y mientras no da solución al problema de manera directa, lo ilustra magistralmente por medio de su protagonista. Don Quijote lleva consigo el mundo de los libros de caballerías, estos implícitos justificadores de la casta feudal (aunque tienen también, como he mencionado, toques de rebeldía), y lo aplica a las ásperas realidades de España. En el proceso, hace saltar a la vista la diferencia entre la realidad y los varios conceptos de la realidad de personajes de todas las clases. Y Don Quijote no sale, al lector discriminante, más loco que muchos otros que, dentro y fuera de la obra, vivían esta mentira compleja que era España.

El Quijote es obra llena de engaño, ilusiones y encantamiento; de visiones, libros dentro de un libro, sueños vividos y vidas soñadas, complots, trucos, teatro, ficción escrita como la vida real, la vida real en forma de ficción; y todo esto refleja la condición psíquica de un país cuya vida cotidiana era rodeada por una red de mentiras.

En las rocas del realismo de Cervantes naufragaron todas las anteriores novelas de caballerías. Obviamente, si hubiera escrito El Quijote desde un punto de vista no más amplio que el

del autor de, por ejemplo, Amadís de Gaula--compartiendo, en otras palabras, todas las ilusiones y creencias de su héroe--el libro habría resultado igual que otro cualquiera en la larga serie de novelas de caballerías. Entonces, Don Quijote habría sido representado como si realmente luchara en contra de gigantes en vez de molinos de viento (I,8) y en contra de "un copiosísimo ejército" en vez de ovejas y carneros, pastores y ganaderos (I,18). Pero nosotros los lectores, compartimos el punto de vista panorámico, omnisciente y objetivo de Cervantes, por lo cual podemos juzgar las ilusiones de Don Quijote y otros.

Decir que Cervantes con El Quijote acabó para siempre la influencia de las novelas de caballerías en España, es repetir lo que han dicho ya muchas personas. Pero hay detrás de esta declaración otra verdad más profunda. Al acabar con un género literario que servía como justificación romántica de los caballeros, Cervantes dió un golpe duro a la leyenda dorada, tan cuidadosamente mantenida en España, de la casta feudal. Puso en duda el valor de la clase más alta en la obsoleta organización feudal de España.

Don Quijote, siempre que su ambición tiene en su mente ascendencia sobre su sentido de misión, cree que la casta feudal es la fuente de la gloria y grandeza de España.

Sancho Panza toma un punto de vista distinto, y más realista. Cuando su amo dice de Sancho que (I,50) "...querría darle un condado que le tengo muchos días ha prometido; sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su estado," Sancho oye y dice:

"--Trabaje vuestra merced, señor don Quijote,

en darme ese condado tan prometido de vuestra merced como de mí esperado; que yo le prometo que no me falte a mí habilidad para gobernarle; y cuando me faltare, yo he oído decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está a pierna tendida, gozando de la renta que le dan, sin curarse de otra cosa; y así haré yo, y no repararé en tanto más cuanto, sino que luego me desistí de todo, y me gozaré mi renta como un duque, y allá se lo hayan."

Sancho entendía muy bien que la aristocracia vivía en el ocio y el lujo a base de las labores de otros. Cervantes nos da la esencia del predicamento de la aristocracia feudal de España en la escena en la venta (I,2) cuando las mozas dan de comer a Don Quijote, difícilmente, por supuesto, con todo y armadura:

"...era materia de grande risa verle comer, porque, como tenía puesta la celada y alzada la visera, no podía poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponía, y ansí, una de aquellas señoras servía deste menester. Mas al darle de beber, no fué posible, ni lo fuera si el ventero no horadara una caña, y puesto él un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recibía con paciencia, a

trueco de no romper las cintas de la celada."

Mejor o más breve cuadro simbólico de la nobleza de España no se pudiera pedir. Ya obsoleta la organización social que encabezaba, la casta feudal se encontraba poco apta para tratar de los problemas contemporáneos. Sin embargo, se negaba a pensar en cambios; insistía en retener todos sus antiguos derechos y privilegios, aunque en gran parte había dejado siquiera de ejercer bien su función de luchar; más le gustaba "estar a pierna tendida, gozando de la renta", sin romper ni una cinta de la celada, mientras el pueblo les daba de comer.

Y no era solamente la alta aristocracia la que estaba "a pierna tendida". Así estaba Don Quijote también cuando era todavía su apellido Quijada, o Quesada o Quejana o Quijano. Cervantes nos dice (I,1) en el segundo párrafo de la obra:

"Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año), se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda..."

Don Quijote, como todo hidalgo, consideraba cualquier trabajo manual como por debajo de su dignidad. Después de la aventura de los mazos de batán, Don Quijote claramente expresó a Sancho su actitud hacia el trabajo y la industria. Disgustado por el desenlace mundano de lo que le había parecido que iba a ser una gran aventura, dice a Sancho, quien se había atrevido

a burlarse de su amo (I,20):

"--Venid aca, señor alegre: ¿paréceos a vos que si como éstos fueron mazos de batán fueran otra peligrosa aventura, no había yo mostrado el ánimo que convenía para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado, a dicha, siendo, como soy, caballero, a conocer y distinguir los sones, y saber cuáles son de batán, o no? Y más, que podría ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habréis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos."

En realidad, ¿cuáles son las ilusiones más perniciosas? ¿Las de ver castillos donde no hay más que ventas, y de tomar ovejas por ejércitos y molinos por gigantes, o las de tener todo trabajo e industria por cosas en sí viles? ¿Acaso no es una de las más peligrosas ilusiones de Don Quijote--el Don Quijote ambicioso quien cree en El Mito de El Caballero--considerar a labradores como villanos ruines, mientras tiene a los ociosos caballeros de España como superiores a las clases que les dan sostén?

Don Quijote, hasta cerca del fin de su carrera, realmente no sabe valorar a las habilidades de su propio escudero. Siempre es una sorpresa nueva para él cuando Sancho demuestra a carta cabal que es un hombre muy capaz. Pero el tardío reconocimiento de las capacidades de Sancho es parte de su angustia y de su desilusión final--y esto lo veremos en el próximo capítulo. Suficiente será aquí mencionar el contraste entre Sancho y su amo.

Mientras Don Quijote es un hombre intratable y dogmático

por lo general, Sancho es flexible y aparentemente sin filosofía. Pero Sancho no es en todo así. Lo que pasa es que tiene la filosofía negativa apropiada a su condición. Es decir, que como labrador pobre, sabe adaptarse a las actitudes de los poderosos en cuya compañía se encuentre en el momento ("...yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer y hijos que sustentar y criar."--(I,15)). Esta adaptabilidad es el modus vivendi de los pobres en una sociedad feudal--o en cualquier otra sociedad. "Poderoso Caballero es Don Dinero", y no es permitido a los pobres contradecir impunemente a los ricos o a los poderosos. Los pobres astutos hasta saben coincidir en su aspecto exterior con el estado de ánimo aparente de sus superiores. Por supuesto, en la España de aquella época, un humilde como era Sancho Panza, nunca debía mostrar más inteligencia que un señor. Había muy pocas maneras de salir con impunidad del estereotipo del pobre respetuoso. Una de esas maneras era la de hacerse el gracioso. Y es así como logra Sancho decir cosas muy penetrantes, que a veces demuestran un entendimiento intuitivo de las realidades de una situación dada. Como es tomado como payaso, y no dan importancia por lo general a lo que dice, Sancho consigue una libertad de hablar muy amplia.

Sancho, en su ser más íntimo, no es de ninguna manera ni un payaso ni un sabio, sino un personaje muy complejo que va aprendiendo y desarrollándose mucho en el curso del libro. Al principio, Sancho, como Don Quijote, es en su esencia un inocente, pero con una diferencia importante. Su conocimiento viene, no de los libros, sino directamente de la vida. Necesariamente, hasta salir con Don Quijote, su conocimiento del mundo es muy li-

mitado. Mientras más se amplía su experiencia, más aprende. Muestra temprano que no siempre va a aceptar la actitud patrocinadora de su amo. Cuando Don Quijote, después de que los dos han sido apaleados en una aventura, ofrece a Sancho una consolación falsa, no la acepta (I,15):

"--Con todo eso, te hago saber, hermano Panza-- replicó don Quijote--, que no hay memoria a quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma.

--Pues ¿qué mayor desdicha puede ser--replicó Panza--de aquella que aguarda al tiempo que la consume y a la muerte que la acabe?".

Al astuto escudero, no le encanta la esperanza del próximo mundo tanto como pasarla bien en éste. Tampoco le gusta el combate sin sentido. Al mantener estas dos actitudes esta fuera de la corriente general de las ilusiones contradictorias de su amo.

Pero Don Quijote sí le contagia con El Mito de El Caballero y la fama y la riqueza que era posible ganar por las armas. Y pronto Sancho alimenta la ilusión de llegar a gobernar una ínsula.

Tal ambición, por supuesto, no era fácil de cumplir; Sancho lo logra sólo teatralmente, como juguete humano del Duque. Pero, por extraño que parezca, la gente humilde de España compartía la idea de que la habilidad podría elevar a cualquier hombre en un dos por tres a un oficio importante. Esta ilusión salta a la vista cuando el ya vencido Caballero y su escudero, de re-

greso a su aldea, se detienen brevemente ante un mesón. Allá, a petición de algunos labradores, Sancho resuelve de manera inaudita una apuesta (o, mejor dicho, la disuelve). Es tan bien recibido su consejo que causa este comentario de uno de los admirados labradores (II,66):

"--Si el criado es tan discreto, ¿cuál debe ser el amo?. Yo apostaré que si van a estudiar a Salamanca, que a un tris han de venir a ser alcaldes de Corte; que todo es burla, sino estudiar y más estudiar, y tener favor y ventura; y cuando menos se piensa el hombre, se halla con una vara en la mano o con una mitra en la cabeza."

Este hombre está tan engañado como lo estaba Sancho Panza en su esperanza de tener una ínsula para gobernar. Nadie sabía mejor de esta amarga verdad que Miguel de Cervantes Saavedra, quien en 1577 afirmaba que existían mil solicitantes para cada oficio. Y Cervantes, con toda su habilidad e inteligencia, su servicio como soldado, su heroísmo en la batalla de Lepanto, no pudo, no teniendo dinero ni fuerte influencia, conseguir ningún puesto. Sin embargo, persistía la ilusión entre el pueblo de que con talento y estudio se podría fácilmente encontrar buen éxito; persistía, aunque la estancada sociedad española estaba tan corrompida que todo, hasta los títulos de nobleza, se compraba. Difícil sería aseverar que estos labradores ante el mesón fueran menos ilusos que Don Quijote.

Demasiadas tonterías han sido proclamadas sobre el go-

bierno de Sancho y los consejos a éste dados por Don Quijote. Su gobernatura es brevísima y casi todo es teatro para la diversión del Duque y la Duquesa, más que prueba de la sabiduría de Sancho. Su verdadera sabiduría se manifiesta al renunciar a un cargo tan falso y denigrante para sus genuinos talentos. En cuanto a los consejos de Don Quijote, son comunes y corrientes, si no a veces cursis, y más bien sirven para mostrar que todavía subestima las capacidades de su escudero. Por lo menos, yo no me puedo entusiasmar frente a dichos como los de (II,43):

"No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería."

"Anda despacio; habla con reposo; pero no de manera que parezca que te escuchas a tí mismo; que toda afectación es mala."

"Ten cuenta, Sancho, de no mascar a dos carrillos, ni de erutar delante de nadie."

Y otros semejantes. Son como los famosos consejos de Polonio a su hijo Laertes en Hamlet, ni profundos ni fuera de lo común; y sin embargo todo el mundo los cita como si fueran los más grandes alcances de la mente genial de Shakespeare.

Gobernar una ínsula era la ilusión máxima de Sancho Panza. Pero esta vida soñada resultó ser, al lograrla, nada más que un sueño vivido--más bien, para Sancho, una pesadilla. Todo el medio ambiente es falso. Los "consejeros" de Sancho son actores pagados por el Duque, igual que la mayoría de los que llevan pleitos y problemas ante él. Representan papeles preparados de antemano. Por los problemas falsos, artificiosa y cínicamente impues-

tos por orden del Duque, Sancho no tiene oportunidad realmente de ejercer sus muy genuinas capacidades.

Como he señalado, si Sancho tiene un talento destacado, es el de penetrar intuitivamente en el corazón de las cosas. Al poco tiempo siente que su oficio como gobernador no es en todo lo que parece ser. Así es que muy pronto deja caer este comentario (II,47): "Por Dios, y en mi conciencia que si me dura el gobierno (que no durará, según se me trasluce)...". Su intuición no le falla. Después de solamente siete días (II,53), "...se acabó, se consumió, se deshizo, se fue como en sombra y humo el gobierno de Sancho."

El Duque no le hubiera permitido "gobernar" mucho más tiempo de todos modos. Pero Sancho ya está harto después de que le ridiculizan y le apalean en una "batalla" contra su enemigo imaginario. No hace caso ya a las frases disparatadas y halagadoras de los actores del Duque sobre la "victoria" ganada por su "invencible brazo". Pide nada más un trago de vino "a algún amigo, si es que le tengo" y luego, sin decir palabra, entre el silencio tal vez avergonzado de sus "consejeros" (II,53):

"Vistióse, en fin, y poco a poco, porque estaba molido y no podía ir mucho a mucho, se fué a la caballeriza, siguiéndole todos los que allí se hallaban, y llegándose al rucio, le abrazó y le dió un beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos, le dijo:

--Venid vos acá, compañero mío, y amigo mío, y conllevador de mis trabajos y miserias: cuando yo me avenía con vos, y no tenía otros pensamien-

tos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos y de sustentar vuestro corpezuelo, dichosas eran mis horas, mis días y mis años; pero después que os dejé y me subí sobre las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma dentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos.

Y en tanto qué estas razones iba diciendo, iba asimesmo enalbardando el asno, sin que nadie nada le dijese. Enalbardado, pues, el rucio, con gran pena y pesar subió sobre él, y encaminando sus palabras y razones al mayordomo, al secretario, al maestresala, y a Pedro Recio el doctor, y a otros muchos que allí presentes estaban, dijo:

--Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad: dejadme que vaya a buscar la vida pasada, para que me resucite de esta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador,...Mejor me está a mí una hoz en la mano que un cetro de gobernador;...Vuestas mercedes se queden con Dios, y digan al Duque mi señor que desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano: quiero decir que sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas. Y apártense: déjeme ir, que me voy a bizmar; que creo que tengo brumadas todas las costillas merced a los enemigos que esta noche se han paseado sobre mí."

¿Dónde está aquí el payaso y objeto de burla de todos?

La verdad es que no hay duque ni rey ni nadie que pudiera superar la lenta dignidad de esta despedida de Sancho a sus burladores. En la luz de este entendimiento profundo, los consejos de Don Quijote parecen frívolos y de poca consecuencia. Vemos con claridad repentina que el amo puede aprender del escudero y no al revés. Es un momento de revelación para Sancho y tiene ecos del de Don Quijote cuando decidió librar a los galeotes, y, a la vez, resulta un presagio del triste desengaño que sobrevendrá a Don Quijote al final del libro. Sancho, de buena fe, ha sido víctima de un cruel engaño, y, justamente, se siente desilusionado y triste. El asunto entero, desde el principio al fin, ha sido falso, un vehículo de diversión para los Duques, que era el cínico provecho de la inocencia de Sancho y que tenía como base la falta de respeto para su valor como ser humano y buen hombre. Los fines modales de los Duques, que tanto admiraba Don Quijote, se ven como las cosas puramente exteriores y mezquinas que son cuando se comparan con la infinita y maciza dignidad de Sancho Panza en esta escena. Y no lo pueden enganchar de nuevo.

"--No ha de ser así, señor gobernador--dijo el doctor Recio--; que yo le daré a vuesa merced una bebida contra caídas y molimientos, que luego le vuelva a su prístina entereza y vigor; y en lo de la comida, yo prometo a vuesa merced de enmendarme, dejándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere.

--¡Tarde piache!--respondió Sancho--. Así de-

jaré de irme como volverme turco. No son estas burlas para dos veces. Por Dios que así me quede en éste, ni admita otro gobierno, aunque me le diesen entre dos platos, como volar al cielo sin alas. Yo soy del linaje de los Panzas, que todos son testarudos, y si una vez dicen nones, nones han de ser aunque sean pares, a pesar de todo el mundo. Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el aire para que me comiesen vencejos y otros pájaros, y volvámos a andar por el suelo con pie llano; que si no le adornaren zapatos picados de cordobán, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda. Cada oveja con su pareja, y nadie tienda más la pierna de cuanto fuere larga la sábana; y déjenme pasar, que se me hace tarde."

Este nuevo Sancho Panza quien ve las cosas exactamente como son, empero, está equivocado en cuanto a una cosa--que no nació para ser gobernador. Gobernadores y oficiales como el nuevo Sancho hubieran sido la salvación de España. Tal vez lo que quiere decir Sancho es que no podía ser gobernador en el falso medio ambiente que le rodeaba en su "ínsula". Gobernar bajo condiciones falsas--eso sí no quería la flor de los Panzas. Este profundo entendimiento es una de las iluminaciones más brillantes de Sancho, y hace de su aparente fracaso un gran triunfo. Y no se aminora este triunfo del espíritu por decir que malos magos obraban en su contra, como lo suele aseverar Don Quijote al fracasar.

Don Quijote usa el concepto del encantamiento como apa-

rato mental muy conocido para los psicólogos modernos bajo el nombre de "racionalización". Es su excusa por todo fracaso. Además, es el cimiento que le permite conservar como entidad su reducido y contradictorio mundo que ha sacado de los libros de caballerías y procurado aplicar sin modificaciones al mundo contemporáneo de España. Este mundo está mucho más diversificado que el de sus libros, puesto que no contiene solamente caballeros valientes y hermosas damas, sino que también se compone de pobres, bandidos, labradores, artesanos, galeotes, prostitutas, pícaros, duques crueles, farsantes, jueces corrompidos, burladores pagados y muchos otros tipos de personas. Sin embargo, Don Quijote procura, por lo general, hacer caber todo en el angosto molde de sus pre-conceptos. Es solamente por medio del libre uso del concepto de "encantamiento" que en lo más mínimo lo puede conseguir.

En hacer uso del "encantamiento" como cimiento mental de su siempre amenazado mundo estilizado, Don Quijote empleaba una práctica muy semejante a la de los más "cuerdos" hombres de España. Si era locura, bien era compartida por los poderosos de la Iglesia y de la aristocracia. Tenían un concepto del mundo tan estrecho como el de Don Quijote. La historia y la astronomía estaban usadas para confirmar y servir el dogma de la Iglesia, y cualquier contradicción a este dogma, como en Italia descubrió Galileo a su pesar, era llamada herejía. Hasta la visión de los padres de la Iglesia estaba afectada. Sus ojos estaban cerrados a los fenómenos del mundo natural si no apoyaban la doctrina.

Fue nada menos que San Ignacio de Loyola quien dijo en sus Ejercicios Espirituales (regla 13a del capítulo titulado "Para el Sentido Verdadero que en la Iglesia Militante Debemos Tener, se guarden Las Reglas Sigüientes") que:

"Debemos siempre tener para en todo acertar, que lo blanco que yo veo, creer que es negro, si la Iglesia hierárchica así lo determina, creyendo que entre Christo nuestro Señor, esposo, y la Iglesia su esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas, porque por el mismo Spíritu y Señor nuestro, que dió los diez Mandamientos, es regida y gobernada nuestra sancta madre Iglesia."¹⁰

Con tal fanatismo considerado lo normal en el país, la flamante locura de Don Quijote se palidece hasta desaparecer. La trágica verdad es que Don Quijote en pleno siglo dieciséis no era un anacronismo. Al contrario, su modo de pensar era paralelo, en muchos aspectos, al de los que tanto se empeñaban en conservar el status quo. La diferencia consistía en que la fuente de su fe no era el dogma de la Iglesia sino los libros de caballerías: (I,18)

"...tenía a todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan, y todo cuanto hablaba, pensaba, o hacía, era encaminado a cosas semejantes..."

Lo subterráneo, tanto de la actitud de Ignacio de Loyola como la de Don Quijote, es un concepto de la innata superioridad y la absoluta veracidad de las instituciones en que se basan sus palabras y hechos. La perfección, en otras palabras. Para

Ignacio de Loyola las declaraciones de las autoridades eclesiásticas eran sagradas hasta el punto de tomar precedencia sobre los sucesos naturales. Si tenía que ver lo blanco como lo negro, o viceversa, lo haría. Con igual reverencia, Don Quijote cree en el contenido de sus novelas caballerescas. Es la peculiar calidad de lo sagrado, lo reverenciado, que ya no permite exámen de sus premisas básicas. Estas premisas no salen a la luz del día jamás; son aceptadas fuera de lo racional como ya perfectas. Son dadas por hecho. Lo que no se puede admitir es que la creencia básica esté en lo más mínimo equivocada o sea menos que perfecta. Así cuando algo pasa, que contradice las premisas de esta fe ciega, se suele no reconocerlo o atribuirlo a "encantamiento".

¡Encantamiento! No era ningún extranjero en España este fenómeno. España se hizo rica con la plata y el oro traídos del Nuevo Mundo. Pero sucedió una cosa rara, inexplicable. Resultó por fin que mientras más oro y plata traía de sus colonias, más subían, en proporción casi exacta, los precios de las mercancías. Hubo una inflación en España entre 1500 y 1600 de 500 por ciento. Así que el aumento de oro y plata no valía nada en cuanto a lo que podía comprarse dentro de España. ¿Acaso no fue esto una especie de encantamiento?

Los valientes caballeros de España habían conquistado un nuevo mundo en nombre del rey y el Dios Cristiano. Sus soldados--aunque fueran de origen humilde--eran caballeros todos en lo que representaban para el mundo, y envueltos en esplendor y orgullo pisaban países cercanos y lejanos. Pero mientras tanto, el flaco espectro del hambre invadía y poblaba cada vez más a España. Hasta en la cueva de Montesinos llegó a penetrar (II,23):

"--¿Es posible, señor "ontesinos, que los encantados principales padecen necesidad?...

--Créame vuesa merced, señor don Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad adondequiera se usa, y por todo se extiende, y a todos alcanza, y aún hasta a los encantados no perdona; y pues la señora Dulcinea del Toboso envía pedir esos seis reales, y la prenda es buena, según parece, no hay sino dárselos, que sin duda debe de estar puesta en algún grande aprieto."

Sí, en España la pobreza, en medio de una grandeza exterior, llegó a encantar hasta a los encantados, hasta a los caballeros de la casta feudal y a las autoridades de la Iglesia jerárquica.

Pero estos no dudaban de que tenían el remedio para tales males. Bastaba ponerse más duro y luchar a brazo partido contra estos demonios y diablos, contra todo elemento subversivo que hubiera en el país, con el fin de erradicar toda idea peligrosa. Los judíos habían sido expulsados hacía más de un siglo. Pero, ¿no era posible que la falta de fe cristiana de parte de los moriscos hubiera causado algunas de las dificultades del país? ¿Acaso la unidad de la fe (la herejía era enfermedad muy contagiosa) no exigía su expulsión? Hasta pudieran estar metidos en algún complot contra España. Entonces, ¡fuera con ellos! Y así fue en el año 1609, entre la publicación de la primera y la segunda parte de El Quijote; y hasta encontramos en la segunda parte al disfrazado Ricote el morisco, un gigante vencido. Con la expulsión de los moriscos, España perdió el gran núcleo de arte-

sanos y trabajadores en la agricultura. Y poco después subieron otra vez los precios de artículos y hubo nueva escasez de productos agrícolas. ¡Encantamiento!

Pero mientras había mucho oro y plata y España podía aún saquear sus colonias, los caballeros no tenían por qué preocuparse. Dentro del país era la pequeña clase media la que pagaba impuestos altos y desproporcionados. La casta feudal siguió "a pierna tendida" gozando de sus rentas. El trabajo, después de todo, no era cosa digna de un caballero. Ni tampoco de un hidalgo, ni cualquier español con un ápice de respeto para sí mismo. Era cosa mezquina, propia de personas viles y sin buena educación, como Sancho Panza, y para extranjeros, como judíos y moriscos. Y si ya no había estos, mejor, así sería más pura, más limpia, la nación. No los necesitaba España. España con sus caballeros y con su fe intacta y pura, era la nación más grande del mundo.

De este sueño, y de estos engaños, ilusiones, y encantamientos, no iba a despertar España en tres siglos, hasta los días de la Generación del 98. Y esto, a pesar de que Cervantes, Quevedo y algunos autores de novelas picarescas, habían planteado en su arte el problema. Aún en la Generación del 98 hubo soñadores como Miguel de Unamuno quien, al fin y al cabo, era tan confuso y contradictorio, si bien de manera genial, como el mismo Don Quijote.

La mayor parte de la complicada tela de ilusiones que teje Cervantes en El Quijote tiene algo de su origen en el conflicto entre, por un lado, lo que llegó a ser un complejo de superioridad nacional, y por el otro, las burdas realidades a que tenía que enfrentarse por todos lados quien viajara, como Don

Quijote, por los caminos y pueblos de España. Como la sociedad estaba congelada, estática, no había ninguna fuerza capaz de llevar lo real hacia el sueño, sino, al contrario, cada año se abría más el abismo entre la tosca realidad y el sueño dorado. Otros países estaban evolucionando rápidamente, de una manera u otra, habiendo conquistado la calidad sacrosanta de las instituciones decadentes. Pero España estaba bajo encantamiento, preservada como una mosca en ámbar. No fue ningún accidente que los últimos años del llamado Siglo de Oro de la literatura española culminara en la obra de Calderón llamada La Vida Es Sueño.

El Quijote es una epopeya de conceptos erróneos e interpretaciones equivocadas, la gran tragicomedia de errores por excelencia. En toda la trama, es tal vez la escena cómica en la venta (I,16) la que mejor ilustra esta diferencia entre lo real y lo creído, entre la ilusión dorada y el hecho burdo que tanto tipificaba a España. Por medio de su maravilloso humor bufonesco, ofrece un camafeo simbólico e inolvidable de un país que adolece de extremas ilusiones.

Los poderosos de España veían lo que querían ver según sus ideas preconcebidas, igual que Don Quijote. Este, de noche, en la venta que imaginaba ser castillo, e influido por su sentimiento de superioridad, tenía la ilusión de que(I,16)

"...la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual, vencida de su gentileza, se había enamorado dél y prometido que aquella noche, a furto de sus padres, vendría a yacer con él una buena pieza..."

Quien viene por la oscuridad de la venta es Maritornes, la deforme asturiana, buscando al arriero para una cita de amor. Pero,

"...apenas llegó a la puerta, cuando don Quijote la sintió, y, sentándose en la cama, a pesar de sus bizmas y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir a su hermosa doncella. La asturiana, que, todo recogida y callando, iba con las manos delante buscando a su querido, topó con los brazos de don Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hacia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama. Tentóle luego la camisa, y, aunque ella era de harpillera, a él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traía en las muñecas unas cuentas de vidrio; pero a él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales. Los cabellos, que en alguna manera tiraban a crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecía. Y el aliento, que, sin duda alguna, olía a ensalada fiambre y trasnochada, a él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y, finalmente, él la pintó en su imaginación de la misma traza y modo que lo había leído en sus libros de la otra princesa que vino a ver el mal ferido caballero, vencida de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos."

De semejante manera pintaban en su imaginación los poderosos el panorama de España, cuando la verdad era que el país, en cuanto a su posición moral, espiritual y económica, se acercaba más a la imagen de Maritornes que a la de una princesa hermosa. Estaban tan ciegos como Don Quijote en este episodio, de quien relata Cervantes que:

"Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traía en sí la buena doncella, no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar a otro que no fuera harriero; antes le parecía que tenía entre sus brazos a la diosa de la hermosura."

Nada desengañó a España, aunque se alejaba más y más de la realidad; ni siquiera la derrota en 1588 de la "armada invencible", cuyos buques, lentos y pesados, fueron presas fáciles para los ligeros y veloces buques del inglés, Sir Francis Drake. Los almirantes y los aristócratas, representantes de una moribunda orden feudal, seguían creyéndose verdaderas flores de las caballerías. Hasta la táctica de la guerra podía cambiarse y no la veían; el polvo del pasado les oscurecía los ojos, mientras el miedo hacía cualquier cambio les congelaba las manos en el ocio.

Debido a las ilusiones de Don Quijote, que ponen en marcha toda una serie de interpretaciones erróneas, la escena en la venta termina en un verdadero caos cómico:

"Y así como suele decirse: 'el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo', daba el

harriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza, y todos menudeaban con tanta prisa, que no se daban punto de reposo; y fue lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y, como quedaron a oscuras, dábanse tan sin compasión, todos a bulto, que a doquiera que ponían la mano no dejaban cosa sana."

A España se le había apagado la luz también, la luz de la autocrítica que tanto necesitaba. La corte estaba llena de sicofantes que se empeñaban en halagar toda acción, por tonta que fuera, de Felipe II, incluso las cruzadas en contra del protestantismo en tierras extranjeras. El resultado de tal política fue descrito en un soneto en ocasión de la muerte de Felipe II en 1598 (algunos han atribuido este soneto al mismo Cervantes). El título del soneto revela todo--"Las Arcas Vacías".

Después de la lluvia de golpes en la venta, Sancho se queja a su amo, quien dice sabiamente (I,17), "...o yo sé poco, o este castillo es encantado." Relata a Sancho que lo que pasó era que mientras él estaba con "la hermosa doncella" y "en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo la viese ni supiese por dónde venía, vino una mano pegada a algún brazo de algún descomunal gigante y asentóme un puñada en las quijadas, tal, que las tengo todas bañadas en sangre; y después me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer..." Don Quijote echa la culpa de todo a "algún encantado moro" que debe guardar a la doncella. ¡Pobre de Don Quijote! ¡Pobre de España! Los dos tan irrevocablemente encantados que no reconocen que sus peores enemigos son sus propias ilusiones, ni siquiera que tienen ilusiones.

Luego, Don Quijote prepara un bálsamo mágico para quitarse los dolores, y dice sobre ello (I,17) "...más de ochenta paternostres y otras tantas avemarías, salves y credos, y a cada palabra acompañaba una cruz, a modo de bendición..." El bálsamo le hace vomitar inmediatamente; pero después duerme, y cuando despierta se siente mejor, lo que atribuye a los poderes curativos del bálsamo. Entonces:

"Sancho Panza, que también tuvo a milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese a él lo que quedaba en ella, que no era poca cantidad. Concedióselo don Quijote, y él, tomándola a dos manos, con buena fe y mejor talante, se la echó a pechos, y envasó bien poco menos que su amo. Es, pues, el caso que el estómago del pobre Sancho no debía de ser tan delicado como el de su amo, y así, primero que vomitase le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y viéndose tan afligido y congojado, maldecía el bálsamo y al ladrón que se lo había dado. Viéndole así don Quijote, le dijo:

--Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero; porque tengo para mí que este licor no debe aprovechar a los que no lo son.

--Si eso sabía vuestra merced--replicó Sancho--, ¡mal haya yo y toda mi parentela! ¿para qué consintió que lo gustase?"

Buena la pregunta de Sancho. Porque lo que ayudaba a los caballeros, o parecía ayudarles, como las conquistas, la Contrarreforma, la expulsión de los moriscos, no ayudaba a los labradores como Sancho en lo más mínimo. La pobreza siempre empieza desde abajo, pero suele subir, a veces, hasta causar reacciones en la sociedad como las que estimuló el bálsamo en el pobre y maltrecho corpezuelo de Sancho, porque,

"En esto, hizo su operación el brebaje y comenzó el pobre escudero a desaguarse por entrambas canales, con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se había vuelto a echar, ni la manta de anjeo con que se cubría, fueron más de provecho. Sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos, pensaron que se le acababa la vida. Duróle esta borrasca y mala andaza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado, que no se podía tener..."

Como todo lector sabrá, hay mil ejemplos de la arrogancia de Don Quijote. Es uno de sus grandes defectos. Lo suele mostrar a toda hora, sin referencia a cual filo de su espada emplea en el momento, aunque, en el caso de los galeotes, sí que no se le saltó hasta después de cumplir su hazaña. A veces el estímulo más ligero le cambia en un dos por tres de hombre sosegado a bético orgulloso. Esta arrogancia surge a menudo en las circunstancias más poco apropiadas, como sucedió inmediatamente después de la aventura bufonesca en la venta. El cuadrillero,

quien durante la escena caótica había visto a Don Quijote sin conciencia como resultado de los golpes del arriero, y, por esto, le había creído muerto, regresa cuando ya se ha restaurado la calma, y, mucho a su sorpresa, encuentra al "cadáver" hablando con Sancho acerca del "moro encantado" (I,17):

"Llegó el cuadrillero y, como los halló hablando en tan sosegada conversación, quedó suspenso. Bien es verdad que aún don Quijote se estaba boca arriba sin poderse menear, de puro molido y emplantado. Llegóse a él el cuadrillero y díjole:

--Pues ¿cómo va, buen hombre?.

--Hablara yo más bien criado--respondió don Quijote--, si fuera que vos. ¿Úsase en esta tierra hablar desafortunada a los caballeros andantes, majadero?

El cuadrillero, que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir; y, alzando el candil con todo su aceite, dió a don Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado; y como todo quedó a oscuras, salióse luego, y Sancho Panza dijo:

--Sin duda, señor, que éste es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros sólo guarda las puñadas y los candilazos.

--Así es--respondió don Quijote--; y no hay que hacer caso destas cosas de encantamientos..."

Otra vez la anticuada armadura de Don Quijote sirve como

espejo en que se ve el reflejo de una característica psicológica de los poderosos de España. La fuente de la arrogancia de Don Quijote es la creencia de que, como caballero andante, representa la perfección cristalizada. Sigue lógicamente, entonces, de tal premisa, que tiene el derecho de castigar-- (I,13) "Así, que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia". Y así, también, que los poderosos de España, tomando como premisa la perfección de sus instituciones, creían tener derecho innegable de "corregir", por "autos de fe" cuando fuera necesario, los errores de los que tercamente rehusaran tomar parte en tal perfección. Hasta el humilde Ignacio de Loyola compartía esa arrogancia en la medida de que se consideraba miembro de una institución cuyas autoridades eran infalibles.

El peor enemigo de Don Quijote, si damos por hecho que quiere conservar intactas sus ilusiones, es la duda. Cuando algún acontecimiento causa una abertura en el dique de sus conceptos, la tapa inmediatamente con el siempre a la mano barro del encantamiento. La duda que condujera en su turno a la autocrítica y la reexaminación de ciertas premisas básicas en su filosofía, pudiera señalar el fin de su carrera como caballero andante, o por lo menos un reajuste en el concepto de lo que debe ser un caballero andante. De ese modo, la duda, una vez admitida en la hermética filosofía escolástica de España, pudiera haber señalado el derrumbe eventual de toda la barroca estructura exterior de la religión y de la sociedad feudal.

Cervantes tantea las posibles consecuencias de la duda en la interesante Novela del Curioso Impertinente, una de las varias intercaladas en El Quijote. Anselmo, el protagonista, más que meramente curioso, es un hombre que duda. Se le ocurre pre-

guntar si acaso la fidelidad de su esposa no es una cosa en su naturaleza muy frágil, si no es una fidelidad que puede existir únicamente bajo condiciones especiales y limitadas. La extensión lógica de tal razonamiento, si está comprobado que tiene base verídica, es, al fin de cuentas, tener por iguales, en cuanto a valores morales, una respetable esposa aristócrata y una prostituta, aparte de las condiciones especiales impuestas sobre cada una, que, en fin, dentro de ciertos límites, la determinan. Como idea filosófica, concuerda con mucho de lo que sucede en el curso de El Quijote.

Esta "novela" toca también el tema recurrente de las ilusiones y el engaño. Representa lo difícil que es conocer ciertas verdades básicas en un mundo dedicado a mantener mentiras y apariencias falsas--(I,34) "...pareció que se había transformado en la misma verdad de lo que fingían." Los individuos ya no conocen cuales de sus acciones y emociones son sinceras y cuales son falsas. Vivir una mentira posiblemente la convierta en una verdad. Conocer ciertas verdades ásperas mata a Anselmo, como al fin matará a Don Quijote.

Lo ilusorio abunda y se profundiza en la segunda parte de El Quijote. Nos presenta Cervantes un mundo de sueños entremezclados con el mundo real. En tal ambiente no parece raro que la Inquisición ordene la destrucción de la misteriosa cabeza de bronce que habla con tanta sabiduría (II,62), que un mono aparentemente adivine, ni que Don Quijote diga con toda seriedad que (II,25),

"...está claro que este mono habla con el estilo del diablo; y estoy maravillado como no le



han acusado al Santo Oficio, y examinádole, y ^{sa} cádole de cuajo en virtud de quien adivina... **FILOSOFIA Y LETRAS**

Todos estos extraños fenómenos, y la abundancia de engaños, ilusiones y encantamientos sirven como fondo de la tragedia de Don Quijote. Representan emanaciones psíquicas de un país donde, a pesar de la eficaz lucha en contra de toda evolución social y espiritual, las autoridades no podían, al fin y al cabo, evitar que ciertos fantasmas de cuando en cuando se asomaran desde el sótano cerrado de una conciencia nacional.

LA ANGUSTIA DE DON QUIJOTE

"...y yo hasta agora no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de las que padece, mejorándose mi ventura y adobándoseme el juicio, podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo."

--Don Quijote (II,58)

"...cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mía; pero no con la prudencia necesaria, y así, me han salido al gallarín mis presunciones..."

--Don Quijote (II,66)

Muy seguro de sí mismo empieza Don Quijote su carrera como caballero andante. La termina con toda ilusión rota, preso de una melancolía que le conduce hasta la muerte. Mientras lleva su confianza como otra armadura, Don Quijote es solamente un personaje cómico; pero cuando le entra la duda, cuando empieza su angustia, es llevado a las alturas raras de la tragedia, y se convierte en uno de los gigantes de la gran literatura.

Un temblor de duda había abierto grietas tremendas en la filosofía cristiano-feudal. El reventamiento de viejas estructuras filosóficas dejó un hueco en el espíritu humano, que solía llenarse, en hombres sensibles, con un sentimiento de inseguridad que, a veces, se acercaba a la verdadera angustia. En España, la supresión oficial de la duda producía una angustia no reconocida conscientemente, y, por esto, todavía más agudamente sentida en las emociones.

La oposición de viejas filosofías con nueva evidencia que puso en duda las premisas de aquéllas, formaba la base histórica de un diálogo en el arte del mundo occidental. La paradoja y la contradicción reemplazaron a perogrulladas y la lógica estéril y lineal. En España, el surgimiento del flamante barroco reflejaba algo del esfuerzo por abarcar y sintetizar dos extremos al fin irreconciliables.

En Inglaterra, de la mente llena de llamas y sombras de un dramaturgo y poeta, ya había nacido un nuevo y extraño protagonista. Este héroe, o anti-héroe, había llevado la duda al extremo de preguntarse si la sociedad occidental no se había desviado, y si las raíces mismas de la vida no estaban envenenadas a tal grado que era imposible vivir libre del lodo moral. Dio, este William Shakespeare, el nombre de un príncipe de Dinamarca

a su anti-héroe angustiado, y un argumento basado en la historia; pero el concepto del personaje estaba destinado a superar circunstancias espaciales y temporales, para lograr una vida inmortal y siempre actual en la conciencia colectiva del hombre.

Don Quijote, también, tiene un lugar único en la conciencia del hombre, y una actualidad palpitante. Igual a Hamlet, Don Quijote se engrandece a medida que llega a dudar, aunque con la diferencia de que en la mayor parte de su trayectoria como protagonista, la duda se queda bajo el nivel consciente, donde ayuda a engendrar en él una fuerte angustia.

La frase que cristalizaba la duda de Anselmo, El Curioso Impertinente, era la de (I,33), "...que no es una mujer más buena de cuanto es, o no es, solicitada, y que aquella sola es fuerte que no se dobla a las promesas, a las dádivas, a las lágrimas, y a las continuas importunidades de los solícitos amantes." Esta declaración tiene varias implicaciones en la carrera de Don Quijote. Aquí, basta decir que Don Quijote, como inocente, es fiel a su código del caballero andante en su integridad, al principio, porque nunca ha sido expuesto a la prueba de fuego de la experiencia personal. Es por medio de sus experiencias que, a duras penas, y en contra de su voluntad, le penetra la duda que, al fin, derrumbará todo el edificio barroco de su fe.

Ahora, cabe preguntar--¿cuál, precisamente, es la fuente de la creciente angustia de que padece Don Quijote? Ya he indicado que los libros de caballerías, por las contradicciones en su contenido, le otorgan una espada de dos filos. Su voluntad puede dejarse dominar por la ambición o por la misión. Puede escoger congraciarse con la casta feudal hasta llegar a formar par-

te de su imperio, o puede escoger ayudar a los pobres, a los débiles, a todos los menesterosos en la interpretación más amplia de la frase.

Pero, hemos visto también que Don Quijote es un inocente quien no parece reconocer, en el nivel consciente, que sus dos metas son contradictorias. Es por esto que usa aquí un filo de su espada y allá el otro. Es por esto que puede hablar de su lealtad al rey y a la iglesia, y, a la vez, atacar a representantes del rey y de la iglesia. Y es, finalmente, por esto, que Don Quijote da la impresión de ser, en la terminología de la pintura moderna, de concepción cubista, y, visto desde ángulos distintos, parece ser dos o más personas distintas. El personaje de Don Quijote ha dado lugar a más diversas interpretaciones críticas, que tal vez cualquier otra figura en la literatura de occidente, con la posible excepción de Hamlet.

Y no puedo creer sino que, hasta aquí, hemos avanzado mucho hacia penetrar el enigma de Don Quijote. La clave maestra es darse cuenta de la ambigüedad que hay, tanto en el concepto del personaje, como en el código que sigue. Una vez dada por hecha esta ambigüedad, no es difícil ver que Don Quijote nunca sale de su carácter. Todas las aparentes inconsistencias caben dentro una consistencia más grande que es perfectamente mantenida por Cervantes. Esto veremos al trazar la angustia de Don Quijote.

La experiencia expone cada vez más a la luz las contradicciones en el código del caballero andante. Choca, esta ambigua filosofía, con un mundo a la vez más diverso y menos permisivo que el de los libros de caballerías. La experiencia empuja a Don Quijote irrevocablemente hacia una decisión entre sus dos metas. Llegará primero, por presiones sociales, a dudar del

mérito de su misión, y, luego, por algo en su propia conciencia, a dudar del mérito de su ambición. Esta es la maquinaria, la dinámica, detras de todas las acciones y reacciones de Don Quijote después de sus primeros ensayos caballerescos. Su angustia parece en el proceso, por lo general inconsciente, de escoger entre las dos metas, y después al preguntarse, agónicamente, si ha sabido realmente escoger bien. Como veremos, tiene por qué dudarse de su decisión.

Este es el cuadro esquemático del conflicto. Por supuesto, como El Quijote es gran arte, y no una tesis académica, no se desarrolla tan estrictamente. La angustia de Don Quijote es larga, irregular y puntuada por los extremos de emoción--hay montañas asoleadas del optimismo tanto como valles sombríos de la melancolía.

¿Exactamente cuándo empieza la duda en Don Quijote? Es difícil saberlo. Es probable que nunca estuviera, aún en el principio, tan seguro de sí mismo como parece. Lo importante es que podemos mirar crecer la duda en Don Quijote, y delinear su inseguridad como factor decisivo en la dirección eventual que toma su carrera.

La primera admisión de su inseguridad ocurre tan temprano como el capítulo 15, cuando, después de haber recibido caballero y escudero una paliza minuciosa a manos de los arrieros yan-güeses, Sancho pregunta indirectamente a su amo si ha de esperar siempre

"...tan gran tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas?

--Aun las tuyas, Sancho--replicó don Quijote--,

deben de estar hechas a semejantes nublados; pero las mías, criadas entre sinabafas y holandas, claro está que sentirán más el dolor desta desgracia. Y si no fuese porque imagino..., ¿qué digo imagino?, sé muy cierto que todas estas incomodidades son muy anejas al ejercicio de las armas, aquí me dejaría morir de puro enojo."

Esto, por supuesto, es nada, una cosa insignificante-- más bien parece un desliz de la expresión, en vez de la verdadera duda. Sin embargo, este ratón de duda que todavía apenas roe, llegará a ser un león que termina por devorar al caballero andante dentro de Alonso Quijano.

Y, mientras tanto, surge la pregunta--¿cómo puede medirse el cambiante estado de ánimo de Don Quijote durante el desarrollo de su angustia? La respuesta no es tan fácil. Pero una cosa parece segura. No debe hacerse únicamente según sus propias palabras. Don Quijote es un hombre confuso, hasta llega a ser un hombre atormentado por contradicciones, y muchas veces él mismo no cree completamente lo que dice. A veces habla con el fin de convencerse a sí mismo, o de dar una justificación a un acto de que él mismo se siente avergonzado o incierto. Siempre tenemos que estar alerta; tenemos que leer entre líneas para entender lo que pasa con el Caballero de La Triste Figura. Sobre todo tenemos que medir lo que dice en luz de lo que hace.

Algunas indicaciones de un estado de tormenta interior son los ataques de cólera que sufre Don Quijote, desproporcionados para lo que los origina, junto con sus etapas de melancolía, que aumentan en frecuencia y profundidad en la segunda parte.

Pero, además de las acciones y reacciones de Don Quijote, que-- como en la aventura de los leones (II,17)--parecerían enigmáticas de no saber a fondo el conflicto que las causa, hay otro modo de seguir a Don Quijote por su camino de la angustia, y así marcar fielmente los cambios en las regiones más profundas de su alma. Cervantes ha dejado varias claves inconfundibles.

La manera en que Don Quijote va cambiando en su percepción del mundo exterior, por ejemplo, no es nada arbitraria, sino que sigue reglas psicológicamente verosímiles. Al principio de su carrera, padece de ilusiones visuales que son muy distintas de la realidad (I,2):

"...y como a nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vió la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadizo y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan."

No es ningún accidente, ni desliz de Cervantes, que, especialmente en la segunda parte, Don Quijote pierda sus alucinaciones y llegue a ver las cosas de manera igual que los hombres normales. Entonces, sólo por medio de alegar que todo está bajo encantamiento puede retener la integridad de su mundo caballeresco. Pero, ¿qué diferencia entre una visión actual y palpitante, y el mero truco intelectual de atribuir toda falta de apariencia a la ira de malos encantadores!

Es una indicación clarísima de la caída de un estado de gracia, es decir, de la inocencia ingenua de Don Quijote.

Otro reflejo del estado de ánimo de Don Quijote es su cambiante concepción de Dulcinea del Toboso. La adoptó en primer lugar porque era una convención caballeresca tener una dama, y era menester cumplir con la convención tal y como se representaba en los libros. Pero el sube y baja del estado de Dulcinea en la mente de Don Quijote tiene una correspondencia profunda y poéticamente verídica en relación a su carrera.

Sancho, desde el día en que se entera de que la princesa Dulcinea no es en realidad nadie sino la labradora Aldonza Lorenzo, no demuestra mucho respeto por ella. Hasta sugiere que, si no es exactamente prostituta, es muy liberal con sus favores para todos (I,25):

"--¡Ta, ta!--dijo Sancho--. ¿Que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?.

--Ésa es--dijo don Quijote--, y es la que merece ser señora de todo el universo.

--Bien la conozco--dijo Sancho--, y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzado zagal de todo el pueblo. ¡Vive el Dador, que es moza de chapa, hecha y derecha y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante, o por andar, que la tuviere por señora. ¡Oh, hi de puta, qué rejo que tiene, y qué voz! Sé decir que se puso un día encima del campanario del aldea a llamar unos zagales suyos que andaban

en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre. Y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana; con todos se burla y de todo hace mueca y donaire."

Dulcinea, para Don Quijote, representa el ideal en el concepto del oficio del caballero andante. Cervantes, por boca de Sancho, ha introducido aquí una metáfora de primera importancia. Es ésta: detrás del alto concepto que tiene Don Quijote de Dulcinea, hay una mujer vulgar, hasta con toques de prostituta. Igualmente, detrás del alto concepto que tiene Don Quijote de su oficio, en la medida en que este oficio abarca la ambición de hacerlo miembro de la casta feudal, hay también algo grosero y vulgar. Es decir, que la alta profesión que ha abrazado Don Quijote con tanto afán, tiene, igual que Dulcinea, algo de la profesión más vieja en ella. Los ideales de los caballeros, históricamente, jamás fueron tan puros como solía aparecer. Como lo expresó un historiador:

"Los cuadros de Froissart de la depravación y la devastación causadas por las guerras de Inglaterra y Francia, revelan la triste realidad en que las caballerías podrían obrar y existir. Y los caballeros eran una parte íntegra de la crueldad, la traición y la lujuria."¹¹

Así era la fea realidad oculta detrás del bello mito de las caballerías. Veremos más adelante el desarrollo de la rela-

ción entre la angustia de Don Quijote y el estado de su concepto de su dama.

El dilema, y la fuente de su angustia, en la primera parte de la obra, es decidir cual filo de su espada debe emplear. Realmente no llega a ninguna decisión final, sino que vacila entre lo rebelde y lo reaccionario, entre misión y ambición. Es el fuerte episodio de los galeotes el que enfoca el conflicto para Don Quijote y que, por primera vez, le hace saber que existe tal conflicto. Pero Don Quijote teme tal conocimiento, y hace todo lo posible para evitar que suba del sótano de su mente donde lo ha colocado. Si irrumpie a pleno sol de la conciencia, hará pedazos su mundo caballeresco. Sin embargo, el dilema perdura, aunque subterráneamente. Es obvio que Don Quijote nunca, en la primera parte de El Quijote recupera su equilibrio psíquico después de la aventura de los galeotes. Posteriormente, en muchas ocasiones, muestra su confusión en cuanto a ese episodio.

Claro que justifica lo que ha hecho al librar a los galeotes. Cuando, en compañía del Cura, el Barbero, Cardenio y Dorotea, Sancho se atreve a opinar que (I,30) "...era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos", Don Quijote, encolerizado, replica,

"--Majadero,...a los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos van de aquella manera, o están en aquella angustia, por sus culpas, o por sus gracias; sólo le toca ayudarles como a menesterosos, poniendo

los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías. Yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi religión me pide, y lo demás allá se avenga; y a quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor Licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un hideputa y mal nacido; y esto le haré conocer con mi espada, donde más largamente se contiene."

Como discurso, es magnífico. Pero, pese al apego a convicciones que parece mostrar, la verdad es que inmediatamente antes, a Don Quijote le había dado miedo y vergüenza admitir que era el autor de esa hazaña (I,29):

"Habíales contado Sancho al Cura y al Barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el Cura refiriéndola, por ver lo que hacía o decía don Quijote; al cual se le mudaba la color a cada palabra, y no osaba decir que él había sido el libertador de aquella buena gente."

No osaba decirlo Don Quijote porque el Cura acababa de criticar duramente a ese libertador. Ya empezaba Don Quijote a sentir la presión de la sociedad en contra de tales hechos, y no estaba tan seguro de sí mismo en ese ambiente de crítica por una autoridad. Ante la desaprobación del Cura, su sentido de misión se enflaquece. Después de todo, el Cura, en la aldea de

los dos, había sido el guía espiritual de Don Quijote por, ¿quién sabe cuantos años?--tal vez todo el medio siglo de su vida antes de lanzarse como caballero andante. Probablemente, ni siquiera habría confesado ser el libertador de los galeotes si Sancho no hubiera hecho la admisión ante su amo y todos. Veremos cómo, más y más, esta presión social va modificando las acciones de Don Quijote.

Don Quijote, claro está no puede seguir indefinidamente blandiendo una espada de dos filos. Si quiere cumplir con El Mito de El Caballero, tendrá que olvidarse de galeotes. Si quiere ayudar a menesterosos como los galeotes, tendrá que acostumbrarse a ser considerado como criminal y enemigo de las autoridades y los poderosos. Pero, de mantener firme su fe en su misión, de realmente ayudar a todos los miserables y menesterosos en el sentido más amplio, Don Quijote tiene la posibilidad de llegar a ser una fuerza renovadora en la sociedad española que ayude barrer las viejas injusticias y establecer nuevas normas revolucionarias.

Y habla como renovador revolucionario cuando choca con las autoridades que le andaban buscando. Don Quijote está en la venta cuando, a un oficial (I,45), "...le vino a la memoria que entre algunos mandamientos que traía para prender a algunos delincuentes, traía uno contra don Quijote, a quien la Santa Hermandad había mandado prender por la libertad que dió a los galeotes...". El oficial trata de detener a Don Quijote, a quien llama "salteador de caminos", y pide la ayuda de otros cuadrilleros presentes. Pero Don Quijote se ríe de todos los cuadrilleros, y, "con mucho sosiego", les dice:

"--Venid acá, gente soez y mal nacida: ¿sal-

tear de caminos llamáis al dar libertad a los encadenados, soltar los presos, acorrer a los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos? ¡Ah, gente infame, digna por vuestro bajo y vil entendimiento que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé a entender el pecado e ignorancia en que estáis en no reverenciar la sombra, cuando más la asistencia, de cualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad..."

Don Quijote ataca aquí el sistema de justicia que favorece a los poderosos y persigue a los débiles, a los sin favor ni dinero. Ataca, también, a los que usan su oficio para el provecho personal mientras cumplen con esta justicia jorobada. De nuevo, surge una iluminación de la idea expresada en el episodio de los galeotes (I,22)--que los poderosos y los criminales comparten la misma escala de valores, con la diferencia de que los crímenes de los poderosos y sus representantes están institucionalizados, mientras los de los débiles no lo están. Y Don Quijote aquí parece ser otra vez el rebelde reformador en favor de miserables.

Hay una ironía amarga en que este mismo Don Quijote, defensor de miserables y oprimidos, acababa de cometer un acto completamente contradictorio a lo dicho a los cuadrilleros. Este acto era rehusar devolver a un barbero la bacía que le había robado antes. Don Quijote tercamente afirmaba que no era bacía, sino el yelmo de Mambrino que había ganado en combate justo. La ver-

dad era que, en un ataque de sus alucinaciones románticas, antes del episodio de los galeotes, Don Quijote había agredido a ese pobre y asombrado barbero (I,21), quien iba sin armas, y así se había apoderado en primer lugar de la bacía que tenía por yelmo.

Pero Don Quijote, aunque seguramente tiene sus dudas de la justicia de lo que hizo, y de la autenticidad del "yelmo", no está preparado para admitir que aún un ápice de su código del caballero pudiera estar menos que perfecto. Así es que, en su confusión, trata de defender todas sus acciones como justas, por contradictorias que fueran, puesto que todas sus acciones han tenido, directa o indirectamente, su origen en los libros de caballerías, que son la fuente de su fe. El conflicto interior de Don Quijote se agudiza mientras las contradicciones en su código más y más salen a luz. Es interesante observar que, por pura diversión, muchos en la venta--el Cura, el Barbero (no el que atacó Don Quijote, sino el compañero del Cura), Don Fernando, y otros--alientan a Don Quijote a creer que la bacía es yelmo. En cambio, por el hecho de librar a galeotes, no ha recibido nada sino censura o burla.

¡Pobre de Don Quijote! Nadie elogia sus acciones que están basadas en una comprensión profundamente genial y realista, pero muchos están siempre dispuestos a halagar todas sus sandeces.

Por ejemplo, cuando lanza su paradójico discurso sobre las armas y las letras (I,37,38), recibe aprobación universal, y esta vez le es dada en serio, puesto que la locura del discurso cabía dentro de la locura de España, o, por lo menos, dentro de la locura de la casta feudal:

"En los que escuchado le habían sobrevino nue-

va lástima de ver que hombre que, al parecer, tenía buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándose de su negra y pizmieta caballería. El Cura le dijo que tenía mucha razón en todo cuanto había dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mismo parecer."

¡Qué ironía más grande pudiera ser! Cuando Don Quijote dice sus locuras más locas, lo tienen por cuerdo y hasta sabio. O, ¿acaso no es una locura decir que "la paz es el verdadero fin de la guerra..."? Nunca faltaba "filósofo" para decir semejantes nones en justificación de las guerras feudales que tanto devastaron a Europa. Tal filosofía formaba parte de El Mito de El Caballero.

Don Quijote, después de la aventura de los galeotes, empieza a gravitar hacia el polo opuesto de su ambiguo mundo--es decir, hacia la ambición que se encarna en El Mito de El Caballero. Así, puede huirse de los problemas de la realidad y tomar refugio en el mundo romántico de las caballerías, que es poblado casi exclusivamente por hermosas princesas y valientes caballeros, por una parte, y gigantes, ogros, y encantadores malvados, por otra. En este mundo la peste de sucios y sudorosos galeotes encadenados no ofende a sus narices, ni raspan sus oídos los desesperados gritos de cualquier Andrés. En este mundo, todos le halagan y, en vez de ser perseguido por autoridades, es reconocido como persona de importancia. En este mundo, todo es color de rosa. Y cuando se encuentra Don Quijote en tal estado de ánimo,

influido por El Mito y la leyenda dorada de la casta feudal y por visiones de llegar a ser un emperador, un rey, o por lo menos un aristócrata poderoso, tiene una fe ciega y desmesurada en la bondad y pureza de todo aristócrata. Se dedica a ayudar a la "princesa Micomicón" sin preguntarse en lo más mínimo si ella merece tal ayuda. Sancho Panza, en cambio, sabe ver los defectos de todos por igual; así es que un día dice a su amo (I,46):

"...yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora que se dice ser reina del gran reino Micomicón no lo es más, que mi madre; porque a ser lo que ella dice, no se anduviera hociendo con alguno de los que están en la rueda, a vuelta de cabeza y a cada traspuesta.

Paróse colorada con las razones de Sancho Dorotea, porque era verdad que su esposo don Fernando, alguna vez, a hurto de otros ojos había cogido con los labios parte del premio que merecían sus deseos (lo cual había visto Sancho y parecídole que aquella desenvoltura más era de dama cortesana que de reina de tan gran reino)..."

Don Quijote, incrédulo, se pone tan furioso que asusta a Sancho, quien, de rodillas, pide el perdón de su amo. Y Don Quijote, convencido de que Sancho ha sido víctima de los encantadores, se lo otorga. Sancho Panza no siempre se rendirá tan fácilmente al enojo de su amo, y hasta veremos llegar el momento en que literalmente hará tocar la tierra a Don Quijote.

Sancho, por supuesto, tenía razón. Todo era teatro y

engaño. Dorotea no era ni reina ni princesa, sino parte del complot en contra de Don Quijote. El Cura, aún en el momento en que Sancho pedía el perdón de su amo, estaba planeando una maniobra con que poner fin a las aventuras del Caballero de La Triste Figura.

Y, poco después, Don Quijote, enjaulado como bestia, desamparado, se encuentra llevado por la fuerza hacia su aldea. El Cura y el Barbero querían que Don Quijote creyera que todo era resultado de encantamiento. De hecho, así lo cree, y dice que tales cosas sólo suceden a valientes caballeros como él mismo (I,47),

"...que tienen envidiosos de su virtud y valentía a muchos príncipes y a muchos otros caballeros, que procuran por malas vías destruir a los buenos."

La jaula es el símbolo perfecto para cristalizar el predicamento de Don Quijote. Ni se ha hecho campeón de los pobres, ni de la casta feudal, sino que ha luchado aquí con un filo, y allá con otro, de su ambigua espada. Las rejas que ahora restringen su libertad de acción, le son impuestas por ciertos elementos de la sociedad; pero también sirven como símbolos del arrinconamiento filosófico y real de Don Quijote, debido a contradicciones que no ha podido superar.

Hasta este punto, Don Quijote, en su conjunto, no es ni pez ni ave, ni campeón de pobres ni poderosos, sino un hombre confuso, con toques de ingenio y de locura, quien, a final de cuentas, todavía no sabe precisamente quien es, ni a donde va.

Y parece que la carrera del Caballero de La Triste Figura una vez para siempre se ha terminado.

Pero Cervantes supo dar una segunda vida a Don Quijote, y lo hizo auténtica y artísticamente por medio de una técnica ingeniosa.

Difícilmente pudiera haber sobrevivido más tiempo el Don Quijote rebelde-reaccionario, cuya violencia con una espada de dos filos siempre invitaba a su propia destrucción. Así es que no sólo es el Don Quijote de la segunda parte una persona distinta del de la primera, sino que el mundo que habita también ha sufrido una metamorfosis.

Es un desarrollo lógico. Don Quijote, después de todo, no es ya el mismo inocente que salió con tanto brío en busca de su primera aventura. Sus experiencias, su angustia, le han enseñado bastante, y, aunque él no lo sepa, le han cambiado. Y su mundo, el medio ambiente que le nutre, cambia también debido a la idea graciosa de su creador.

Es sencilla, esa idea, pero revolucionaria, y es otra demostración cervantesca del efecto de la literatura en la vida. Cervantes permite penetrar en el mundo ficticio de la segunda parte de El Quijote el éxito que había tenido la primera parte en el mundo real. Hace suponer que muchas de las personas que tratan con Don Quijote y Sancho en la segunda parte ya conocen, igual que el lector, todas las aventuras de la primera parte.

Esta idea de Cervantes cumple dos cosas importantes. Por la protección que brinda a Don Quijote, le da una vida prolongada artificialmente, o sea, una segunda vida. Nadie quiere castigar a un loco por sus locuras, ni mucho menos a un loco famoso; así es que Don Quijote está a salvo, por lo general, de

represalias y de castigo por las autoridades. La segunda cosa que cumple esta técnica, es crear un medio ambiente teatral, puesto que muchos personajes en la segunda parte reaccionan frente a Don Quijote, no directamente, sino através de su conocimiento de las aventuras de la primera parte. Es una continuación, en mayor escala, del ambiente creado por el Cura y el Barbero en conjunto con el grupo que rodeaba la "princesa Micomicona", todos empeñados en hacer teatro con el fin de engañar a Don Quijote.

Y las producciones teatrales de la segunda parte empiezan casi inmediatamente. Sansón Carrasco, "socarrón famoso", abraza a Don Quijote (II,7), y "con voz levantada" le dice:

"--¡Oh flor de la andante caballería! ¡Oh luz resplandeciente de las armas! ¡Oh honor y espejo de la nación española! Plega a Dios todopoderoso, donde más largamente se contiene, que la persona o personas que pusieren impedimento y estobaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jamás se les cumpla lo que más desearan.

--Bien puede la señora Ama no rezar más la oración de Santa Apolonia: que yo sé que es determinación precisa de las esferas que el señor don Quijote vuelva a ejecutar sus altos y nuevos pensamientos, y yo encargaría mucho mi conciencia si no intimase y persuadiese a este caballero que no tenga más tiempo encogida y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad de su

ánimo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas y el arrimo de las casadas, y otras cosas deste jaez, que tocan, atañen, dependen y son anejas a la orden de la caballería andante. Ea, señor don Quijote mío, hermoso y bravo, antes hoy que mañana se ponga vuestra merced y su grandeza en camino; y si alguna cosa faltare para ponerle en ejecución, aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda; y si fuere necesidad servir a tu magnificencia de escudero, lo tendré a felicísima ventura."

Don Quijote cree toda esta burla, propuesta a Carrasco por el Cura y el Barbero. Lo extraño es que era el mismo Don Quijote quien poco antes había dicho (II,2):

"...quiero que sepas, Sancho, que si a los oídos de los príncipes llegase la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrían, otras edades serían tenidas por más de hierro que la nuestra, que entiendo que de las que ahora se usan es la dorada."

Exige a Sancho que le diga la verdad sobre la opinión pública, en cuanto al Caballero de La Triste Figura. Sancho, no como los muchos sicofantes y burladores que rodean y rodearán a Don Quijote, cumple con la petición de su amo.



ánimo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas y el arrimo de las casadas, y otras cosas deste jaez, que tocan, atañen, dependen y son anejas a la orden de la caballería andante. Ea, señor don Quijote mío, hermoso y bravo, antes hoy que mañana se ponga vuestra merced y su grandeza en camino; y si alguna cosa faltare para ponerle en ejecución, aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda; y si fuere necesidad servir a tu magnificencia de escudero, lo tendré a felicísima ventura."

Don Quijote cree toda esta burla, propuesta a Carrasco por el Cura y el Barbero. Lo extraño es que era el mismo Don Quijote quien poco antes había dicho (II,2):

"...quiero que sepas, Sancho, que si a los oídos de los príncipes llegase la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrían, otras edades serían tenidas por más de hierro que la nuestra, que entiendo que de las que ahora se usan es la dorada."

Exige a Sancho que le diga la verdad sobre la opinión pública, en cuanto al Caballero de La Triste Figura. Sancho, no como los muchos sicofantes y burladores que rodean y rodearán a Don Quijote, cumple con la petición de su amo.

"--Pues lo primero que digo--dijo--es que el vulgo tiene a vuesa merced por grandísimo loco, y a mí por no menos mentecato. Los hidalgos dicen que no conteniéndose vuesa merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto 'don' y se ha arremetido a caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atrás y otro adelante. Dicen los caballeros que no querrían que los hidalgos se opusiesen a ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderiles que dan humo a los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde."

En esta breve declaración Sancho plantea exactamente la posición ambigua de Don Quijote. Pero, como solía hacer antes, Don Quijote atribuye toda crítica a la envidia (II,2):

"--Mira, Sancho--dijo don Quijote--:dondequiera que esté la virtud en eminente grado, es perseguida."

Hay indicaciones de que la ambición de Don Quijote empieza a triunfar sobre su sentido de misión. Puede sacarse de lo que dice que, aunque sea inconscientemente, ha decidido ya cuál filo de su espada va a usar, a la exclusión del otro. A Don Quijote ahora le obsesiona el problema de la fama. Piensa en (II,8),

"...obras de la fama, que los mortales desean

como premios y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos, católicos y andantes caballeros más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mesmo mundo, que tiene su fin señalado: así, ¡oh Sancho!, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana, que profesamos. Hemos de matar en los gigantes a la soberbia; a la envidia, en la generosidad y buen pecho; a la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo..."

Pero hay cierta ambigüedad en este discurso. ¿Piensa Don Quijote en lograr la fama como renovador de una sociedad decadente, o en congraciarse con la clase más alta de esta sociedad, olvidando así su misión de ayudar a miserables? Está claro que la fama que ya tiene como resultado de la publicación de sus aventuras no le contenta. Quiere una fama inmortal, dentro del cristianismo, que, a la vez, sea ganada por hazañas de armas en contra de enemigos no claramente definidos. Demuestra signos de querer conquistar su ira, que le ha sido tan característica, lo que sería bueno de no señalar también la pérdida de la ira divina en contra de la injusticia, que se le soltó tan magníficamente al dar libertad a los galeotes.

Pero, si no menos confuso y lleno de contradicciones en lo que dice, Don Quijote por lo menos se ve más pensativo que an-

tes. Y, por lo pronto, ha perdido su habilidad de ver alucinaciones por todos lados. Sancho no sabe esto, y como su amo y él andan buscando a "Ulcinea, sin éxito, cree que fácilmente puede remediarse la dificultad. De hecho, dice para sí mismo que (II,10),

"...todas las cosas tienen remedio, si no es la muerte, debajo de cuyo yugo, hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aún también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refrán que dice: 'Dime con quién andas, decirte he quién eres', y el otro de 'No con quién naces, sino con quien paces'. Siendo, pues, loco, como lo es, y de locura que las más veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas a este tono, no será muy difícil hacer creer que una labradora, la primera que me topare por aquí es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea, juraré yo; y si él jurare, tornaré yo a jurar; y si porfiare, porfiaré yo más, y de manera, que tengo de tener la mía siempre sobre el hito, venga lo que viniere."

Tiene suerte Sancho, y, en el momento apropiado, señala

a tres labradoras sobre tres pollinos que se acercan, diciendo a su amo que se trata de Dulcinea y dos de sus doncellas, todas ricamente vestidas. La reacción de su amo es un golpe seco a las esperanzas de Sancho:

"--Yo no veo, Sancho--dijo don Quijote--, sino a tres labradoras sobre tres borricos."

Pero Don Quijote se deja convencer rápida y fácilmente--demasiado rápida y fácilmente--de que la fea labradora, fea al punto de lo grotesco, es su señora Dulcinea. De rodillas, dirige a ella estas palabras (II,10):

"Y tú, ¡oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazón que te adora!, ya que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para sólo ellos y no para otros ha mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre..."

He dicho que Dulcinea, para Don Quijote, representa su concepto del oficio del caballero andante. La imagen de ella en su mente parece reflejar el estado de su conciencia en relación con si ha cumplido o no los ideales más altos de ese oficio. ¿Por qué, entonces, se encuentra Dulcinea en tan lamentable condición?

Creo que se debe a lo siguiente. Don Quijote, en esta subconciencia genial que tiene, se da cuenta de varias cosas.

Se da cuenta de que la adulación que ha recibido es falsa, y de que esa adulación tiene como fin hacer de él un bufón, y de ablandar el filo rebelde de su espada. Casi todos alaban sus vuelos de fantasía que tienen raíz en las convenciones más disparatadas de los libros de caballerías, y que le inclinan hacia el cumplimiento de El Mito de El Caballero. En cambio, nadie alaba la manera en que se ha enfrentado con los problemas reales de España, como en los episodios de Andrés y de los galeotes; o le censuran por estos hechos o guardan silencio. El resultado ha sido que Don Quijote, guiado por esta presión social, se ha dejado amansar en cuanto a cumplir su misión de ayudar a menesterosos. Puesto que el ideal de ayudar a los débiles y oprimidos es el más noble de todo su código de caballero andante--mucho más noble que el de cumplir la ambición egoísta--, no es de sorprenderse que Dulcinea, como la brillante encarnación del conjunto de sus ideales, ha sufrido una oxidación de su belleza.

Si bien Don Quijote es protegido de ciertas consecuencias exteriores, no hay quien le pueda proteger de las consecuencias internas de su propia conciencia.

De aquí en adelante, el estado de ánimo de Don Quijote variará en la medida en que tenga esperanzas de restaurar a Dulcinea a su hermosura anterior, que, dicho sea de paso, siempre era una cosa subjetiva en él desde el principio.

A mi modo de entender, Don Quijote tiene solamente dos maneras de desencantar a Dulcinea. Una sería regresar a su original estado de inocencia, que tenía al comenzar su carrera como caballero andante. Esto, claro está, es imposible. Del choque entre el mundo de los libros de caballerías y el mundo real, la primera víctima fue su inocencia.

Hay una segunda manera de desencantar a Dulcinea, que no sería fácil para Don Quijote, pero que tampoco sería imposible. Tenemos que tomar en cuenta aquí un gran cambio en la situación general, que tan gradualmente ha tomado lugar que apenas se nota. Si al principio Don Quijote interpretaba todo por el lente de los libros, ahora que el mundo real se le ha impuesto por medio de sus experiencias, se encuentra en la posición de reinterpretar los libros de caballerías, y el código extraído de ellos, por el lente del mundo real. A la luz de tal nueva interpretación se ve que es mucho más fácil para Don Quijote congraciarse con la casta feudal que seguirse rebelando en contra de los poderosos en favor de oprimidos y menesterosos. Pero, aunque sea más "fácil" y más "práctico", tal curso de acción señalaría el triunfo de ambición sobre misión, y así Don Quijote perdería la luz más brillante de su contradictorio conjunto de ideales. Es, efectivamente, por haberse olvidado de su misión, que Dulcinea ha perdido su belleza para él. Entonces, la única manera de volverla a su estado anterior, es agarrarse vigorosamente, de nuevo, a su misión en el mundo, que abarca, en la interpretación más amplia, no solamente ayudar a menesterosos, sino también la gran tarea de restaurar la Edad Dorada, esa sociedad sin clases. Aquí debemos recordar las propias palabras de Don Quijote:

"--Sancho amigo, has de saber que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro, o la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos."

El encantamiento de Dulcinea se debe, no tanto a lo hecho por Don Quijote, como a lo no hecho por él. Es una cosa en esencia negativa. Es fácil seguir el camino que la sociedad ya le tiene marcado; ya es aceptado Don Quijote por la sociedad como loco gracioso que vive en un mundo de fantasía. Para salir de este estereotipo, le va a costar un esfuerzo tremendo de la voluntad. Sin embargo, es sólo por imponer en forma de acciones positivas la ascendencia de su misión sobre ambición, que puede salvar a Dulcinea de su triste encantamiento.

Mientras tanto, Don Quijote, pensativo, melancólico, no está tan dispuesto como antes a actos de violencia. En vez de atacar inmediatamente a la carreta de "las cortes de la muerte", llena de figuras extrañas, una de las cuales es (II,11) "...la misma Muerte, con rostro humano", Don Quijote pregunta datos de los que adentro de la carreta están. Se entera de que es un grupo de actores, y termina por desearles buena suerte. Después dice,

"--Por la fe de caballero andante...que así como vi este carro imaginé que alguna grande aventura se me ofrecía; y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño."

Surgen cuestiones filosóficas, muy importantes para Don Quijote. ¿Qué es realidad y que ilusión? ¿Cómo se separan? Don Quijote se entrega a la meditación. Su mente, estimulada por lo visto, trabaja en formular un pensamiento alrededor de la muerte y los actores. A Sancho pregunta (II,12),

"...dime, ¿no has visto tú representar alguna comedia adonde se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes? Uno hace el rufián, otro el embustero, éste el mercader, aquél el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple; y acabada la comedia y desnudándose de los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales.

--Sí he visto--respondió Sancho.

--Pues lo mesmo--dijo don Quijote--acontece en la comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y, finalmente, todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando el fin, que es cuando se acaba la vida, a todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura."

Como observa Sancho, la comparación no es nueva ni original. Su importancia consiste en revelar el estado de ánimo de Don Quijote, y la nueva dirección de su pensamiento. Otra vez, hay toques de ambigüedad en lo que dice, pero parece que la muerte va reemplazando a la Edad Dorada en su mente como el lugar en donde se encuentra la verdadera igualdad entre los hombres. También, puede indicar que habiendo perdido ya la flamante fe que produjo alucinaciones caballerescas, vaya pensando Don Quijote en actuar su papel, en vez de cumplir una urgente misión de renovar el mundo. A la vez, puede significar que se dé cuenta de que al cumplir su ambición (como opuesta de misión), no quedaría sa-

tiñe, puesto que tales vanidades no duran, ni, en sí mismas, nutren el espíritu del hombre.

Es significativo que Don Quijote piense en actores y en teatro; concuerda con el ambiente de la obra. El hilo narrativo de esta porción tiene un movimiento poético, libre, extraño; en vez de adelantarse según la lógica, se desvía aquí y allá por conectar asociaciones psíquicas, y hay un retejer de elementos en nuevas combinaciones que parecen corresponder en mucho al estado de ánimo de Don Quijote. Y éste está en dificultades, está perplejo en su nuevo estado de introspección. Desnudo de alucinaciones, ha tenido que emplear al máximo el aparato de racionalización, o sea el encantamiento, para poder retener íntegro su mundo. A veces, Cervantes parece estar jugando con él, tratando de confundirlo con presentar una serie de problemas difíciles de resolver dentro del dogma de la caballería andante.

O, ¿sería nada más coincidencia que la aventura que inmediatamente sigue a la de la carreta de "las cortes de la muerte" es la de El Caballero de los Espejos? Acababa de decir Don Quijote que el valor de las comedias es precisamente el de ponernos (II,12),

"...un espejo a cada paso delante, donde se veen al vivo las acciones de la vida humana, y ninguna comparación hay que más al vivo nos represente lo que somos y lo que tenemos de ser como la comedia y los comediantes."

Al final de esta aventura, sabremos que el Caballero de los Espejos es nadie menos que Sansón Carrasco, que actuaba, que

hacía comedia con el fin de convencer a Don Quijote de que dejara su papel de caballero andante. En cierta manera, lo que ha hecho, literal y figuradamente, es poner un espejo ante los ojos de Don Quijote para representarle lo que es.

El Bachiller Carrasco fracasa en su objetivo y es vencido por Don Quijote, quien cree que la semejanza del Caballero de Los Espejos a Carrasco es otra obra de encantadores.

Su victoria sobre El Caballero de Los Espejos parece estimular a Don Quijote a consumir de nuevo hazañas temerarias. Es como si estuviera reaccionando violentamente en contra del período de introspección. Quiere luchar en contra de leones, sin más fin que el de comprobar su valentía. Tal vez, prefiere enfrentarse a leones reales que al león de la duda que ruge adentro. Todo indica que Don Quijote tiene miedo de tener miedo, y quiere ahogar la duda en un torrente de acción violenta. Nada ni nadie lo detiene, ni las palabras del hidalgo del Verde Gabán, quien, tratando de disuadir a Don Quijote de su propósito de luchar contra los leones, le dice (II,17),

"--Señor Caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas, y no aquellas que de todo en todo la quitan; porque la valentía que se entra en la jurisdicción de la temeridad más tiene de locura que de fortaleza. Cuanto más que estos leones no vienen contra vuesa merced, ni lo sueñan; van presentados a su Majestad, y no será bien detenerlos ni impedirles su viaje."

Solamente por suerte se salva Don Quijote. Los leones, con la reja de su jaula abierta, desdeñan salir al combate. Aunque este acto claramente muestra algo del deseo de la muerte (en que tanto había estado pensando), Don Quijote prefiere creer que había estado reaccionando en contra de las cualidades que, según él, (II,18)

"...triunfan ahora, por pecados de las gentes, la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo."

Hasta aquí, la angustia de Don Quijote, aunque fuerte, se queda sumergida. En el nivel consciente, tiene un concepto muy alto de sí mismo y del cumplimiento de su misión en el mundo. Hasta puede decir, con orgullo aparente que (II,16),

"...he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes..."

La verdad, por supuesto, es otra. El lector buscará en vano ejemplos de este socorro, salvo en los episodios de Andrés y los galeotes, que no sean puro teatro como en el caso de la "princesa Micomicona". Parece que, al contrario de sus palabras, ha olvidado por completo ejecutar su misión de ayudar a menesterosos. Pero, si bien no ha hecho nada con respecto a su misión, esto no quiere decir que ha dejado de hablar de ella, aunque sí está callado en cuanto a reestablecer La Edad de Oro. Al caballero del Verde Gabán y a su hijo, Don Lorenzo, Don Quijote dice (II,18),

"--Sabe Dios siquisiera llevar conmigo al señor don Lorenzo, para enseñarle como se han de perdonar los sujetos y supeditar y acocear los soberbios, virtudes anejas a la profesión que yo profesó..."

Si esto suena a ayudar a humildes opresos por aristócratas feudales, lo que acababa de decir inmediatamente antes suena a ambición de llegar a ser un aristócrata poderoso, según El Mito de El Caballero. Fueron estas aseveraciones, dirigidas a Don Lorenzo (II,18):

"...cuando vuesa merced quisiere ahorrar caminos y trabajos para llegar a la inaccesible cumbre del templo de la Fama, no tiene que hacer otra cosa sino dejar a una parte la senda de la Poesía, algo estrecha, y tomar la estrechísima de la Andante Caballería, bastante para hacerla emperador en daca las pajas."

Don Quijote revela mucho de sí mismo en el extraño consejo que da a Don Lorenzo en cuanto a la poesía (II,18):

"...sólo me contento con advertirle a vuesa merced que siendo poeta, podrá ser famoso si se guía más por el parecer ajeno que por el propio; porque no hay padre ni madre a quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre más este engaño."

Claro está, hay una ambigüedad irónica en este consejo, y tal vez se trasluce una amargura de Cervantes por el poco éxito de su propia poesía. Pero aparte de esto, se plantea aquí un paralelo con el porvenir de Don Quijote, en que él también se acomodará a los conceptos ajenos con el fin de ganar más fama; y más y más olvidará de la poética intuición propia, que tanto relampagueaba sobre toda España en la aventura de los galeotes.

Si bien Don Quijote ya no tiene alucinaciones fantásticas, tampoco tiene relámpagos de intuición que le permiten ver al núcleo de la realidad social. Su visión sigue nublada. Dice al durmiente Sancho Panza (II,20):

"--¡Oh tú, bienaventurado sobre cuantos viven sobre la faz de la tierra, pues sin tener envidia ni ser envidiado, duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamientos! Duerme, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia celos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro día tu y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambición, te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se extienden a más que a pensar en tu juicio; que el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto; contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre a los señores. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando como le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La con-

goja de ver que el cielo se hace de bronce sin acudir a la tierra con el conveniente rocío no aflige al criado, sino al señor, que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia."

La verdad era casi el opuesto. En España, los labradores y criados trabajaban para mantener la casta feudal, que, tantas veces, tenía la culpa de crear esterilidad y hambre donde habían o debiera de haber habido, fertilidad y abundancia. En cuanto a Sancho Panza, aunque su amo todavía no sabe estimar sus dones, ni lo mucho que ha aprendido ya, el escudero muestra señales de superar a Don Quijote en entendimiento. Las nubes van levantándose de los ojos de Sancho, y, aunque sí es intermitentemente contagiado por la ambición de Don Quijote (hasta el grado de hablar de como haría buen negocio de vender negros como esclavos (I,29,31)), desarrolla más y más su intuitiva visión interior. Ya ha sabido ver, por ejemplo, que mucho del dogma de la caballería andante está basado en una belicosidad anti-humana, ciega y sin sentido. Hablando con el escudero del Caballero de Los Espejos, cuando le fue propuesta una lucha entre escuderos igual a la de los amos, Sancho había dicho lo siguiente (II,14):

"...sepa, señor mío, que no he de pelear: peleen nuestros amos, y allá se lo hayan, y bebamos y vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando apetites para que se acaben antes de llegar su sazón y término y que se cayan de maduras.

--Con todo--replicó el del Bosque,--hemos de pelear siquiera media hora.

--Eso no--respondió Sancho--; no seré yo tan descortés ni tan desagradecido, que con quien he comido y he bebido trabe cuestión alguna por mínima que sea; cuanto más que estando sin cólera y sin enojo, ¿quién diablos se ha de amañar a reñir a secas?"

Aquí Sancho actuó con valor verdadero en negarse a luchar. Su decisión, aunque sin duda en los días de Cervantes era considerada causa de gran risa como muestra de cobardía, está basada en la vida y no en la muerte. En llegar a tal decisión, rompe con el código feudal--es decir, con todo el convencionalismo bélico de la época en España, ligado al quisquilloso sentido de lo que era el "honor" que había que defender a toda hora.

Solamente en un sueño sufre Don Quijote otra iluminación. Su brillante intuición que subió a la superficie en momentos fugaces de la aventura de los galeotes, ahora se queda literalmente en lo subterráneo. Se trata de la aventura de la cueva de Montesinos (II,22,23), que es otro episodio en la serie de encuentros consigo mismo. Hay algo de la búsqueda arquetípica en esta aventura, la búsqueda que, clásicamente, tenía como fin la revelación de ciertas verdades para el que las buscaba--verdades que, hasta el advenimiento del héroe, habían estado escondidas en las regiones más remotas de la subconciencia. En este caso, diría yo que se trata tanto de la subconciencia colectiva de España como de la de Don Quijote. En el sueño de Don Quijote, vemos a caballeros encantados, para quienes el tiempo se ha para-

do. Vemos al famoso caballero Durandarte, cuyo corazón ha sido sacado de su cuerpo por Montesinos, el guardia de la cueva. Vemos también a Dulcinea, fea y andrajosa, no solamente encantada, sino sufriendo una pobreza aguda. En conjunto--¿qué mejor cuadro simbólico pudieramos pedir de la situación en España? Todo está aquí: la casta feudal, ya anacrónica, sin función ni ánimo (corazón), a cuyo lado existe la más espantosa fealdad y pobreza. Don Quijote aparece aquí como una tercera fuerza, entre la casta feudal y los resultados desastrosos que ha engendrado tal casta. Pero, en el sueño, Don Quijote ni puede ayudar otra vez a dar corazón al caballero Durandarte, ni puede satisfacer completamente las necesidades de Dulcinea y sus amigas. Lejos de poder librarla a ella del encantamiento, no puede prestarla más que cuatro de los seis reales que Dulcinea pide como préstamo. Sin embargo, Don Quijote nos relata que Montesinos mismo le había dicho que, "...andando el tiempo, se me daría aviso como habían de ser desencantados él y Belerma, y Durandarte, con todos los que allí estaban...". La verdad es que Don Quijote ya tiene, en la parte de su misión que abarca el reestablecimiento en la tierra de La Edad Dorada, el conocimiento necesario para desencantar a España. Pero Don Quijote lucha a brazo partido para que este reconocimiento ya no suba jamás del subconsciente donde lo tiene guardado.

Que su belicosidad ciega es anti-humana, es algo que tiene Don Quijote la oportunidad de aprender, entre otras cosas, en la aventura del titerero (II,26). Esta es una continuación de sus encuentros consigo mismo en forma simbólica, en que la diferencia entre sueño y la vida real no es muy marcada.

Don Quijote se pierde tanto en el drama de los títeres

que olvida de que es mero teatro. Cuando Don Gaiferos y Melisendra están huyendo de los moros:

"Viendo y oyendo, pues, tanta morisma, y tanto estruendo don Quijote, parecióle ser bien dar ayuda a los que huían, y levantándose en pie, en voz alta dijo:

--No consentiré yo que en mis días y en mi presencia se le haga superchería a tan famoso caballero y a tan atrevido enamorado como don Gaiferos. ¡Deteneos, mal nacida canalla; no le sigáis ni persigáis; si no, conmigo sois en la batalla!

Y diciendo y haciendo, desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó a llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando a unos, descabezando a otros, estropeando a éste, destrozando a aquél, y, entre otros muchos, tiró un altibajo tal, que si maese Pedro no se abaja, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza con más facilidad que si fuera hecha de masa de mazapán. Daba voces maese Pedro, diciendo:

--Deténgase vuesa merced, señor Don Quijote, y advierta que esto que derriba, destroza y mata no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta."

Este episodio representa varias cosas. Es otro camafeo de lo que ha sido la historia de la casta feudal--en su función

de "defender", han causado más daño que beneficio. Es, también, un camafeo de lo que, por lo general, ha sido la carrera de Don Quijote. El ha sido engañado y se ha entregado al engaño de sí mismo demasiadas veces. Sus victorias, en la mayoría de los casos, han sido imaginarias o teatrales más que reales. Los enemigos contra quienes se ha lanzado tan temerariamente no han sido los verdaderos enemigos, si bien en verdad quiere ayudar a los menesterosos de España. En su angustia, Don Quijote ha variado de un polo al otro, y, recién caído en la introspección melancólica, ve la acción violenta como un medio de escape del dilema central. Y, en este caso, la situación, siendo teatral, está claramente definida, sin ambigüedades. Los malos son los moros, los buenos Don Gaiferos y su dama. En tal caso, Don Quijote, incluso el nuevo y más pensativo Don Quijote, puede actuar sin censura. O así cree. Pero no es cierto. Porque, de paso, en "matar" a los moros, "mata" también a Don Gaiferos y Melisendra. Y por poco mata a un hombre de carne y hueso, maese Pedro (quien es, en realidad, el disfrazado Ginés de Pasamonte). Es un reflejo oblicuo del uso que ha hecho de su espada de dos filos; no ha podido ayudar a verdaderamente miserables sin amenazar a la aristocracia; y no ha podido, tampoco, ayudar a la aristocracia sin abandonar a los miserables.

Don Quijote, por supuesto, sabe explicar todo mal resultado de sus acciones:

"--Ahora acabo de creer--dijo a este punto don Quijote--lo que otras muchas veces he creído: que estos encantadores que me persiguen no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los

ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores que me oís, que a mí me pareció todo lo que aquí ha pasado que pasaba al pie de la letra: que Melisendra era Melisendra; don Gaiferos, don Gaiferos; Marsilio, Marsilio, y Carlo Magno, Carlo Magno: por eso se me alteró la cólera, y por cumplir con mi profesión de caballero andante, quise dar ayuda y favor a los que huían, y con este propósito hice lo que habéis visto; si me ha salido al revés, no es culpa mía, sino de los malos que me persiguen..."

Sin embargo, sigue un episodio que parece indicar que Don Quijote algo ha aprendido de su experiencia en lo del titerero, o titiritero, y en el cual aparentemente se vuelve en contra de actitudes belicosas que no sean bien dirigidas. Se trata de la aventura del rebuzno (II,27), en que un pueblo entero se considera ofendido por otro que ha hecho gran broma del chisme de que dos regidores o alcaldes de aquél se enredaran en una aventura tonta en que rebuznaban los dos como asnos. La broma se ha vuelto tan pesada, con tantos rebuznos lanzados a sus habitantes, que el pueblo ofendido reúne sus fuerzas para tomar venganza a los que consideran sus burladores, o sea, al otro pueblo. En este momento llegan Don Quijote y Sancho a la escena. Ya sabían la historia de la riña, y, muy pronto,

"...conocieron y supieron como el pueblo corrido salía a pelear con otro que le corría más

de lo justo y de lo que se debía a la buena vecindad.

Fuése llegando a ellos don Quijote, no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fue amigo de hallarse en semejantes jornadas. Los del escuadrón le recogieron en medio, creyendo que era alguno de los de su parcialidad."

Para el lector, es natural esperar también que así sea, que Don Quijote fuera a hacerse campeón del pueblo que se tenía por ofendido. Aquí viene la sorpresa. En vez de hacer esto, Don Quijote pronuncia un largo y magnífico discurso en favor de la paz y en contra del sentido de honor tan quisquilloso que dé lugar a luchas por causas otras que las más graves. Esta idea, tan nueva y extraña para Don Quijote, le gana la atención de la muchedumbre, y parece que en realidad va a tener éxito en hacer las paces. Asevera que tomar armas,

"...por niferías y por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo razonable discurso; cuanto más que el tomar venganza injusta (que justa no puede haber alguna que lo sea) va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien a nuestros enemigos y que amemos a los que nos aborrecen; mandamiento que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo, y más de carne que de espíritu; porque

Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dijo que su yugo era suave y su carga liviana; y así, no nos había de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así que, mis señores, vuestras mercedes están obligados por leyes divinas y humanas a sosegaros.

--El diablo melleve--dijo a esta sazón Sancho entre sí--si este mi amo no es tólogo; y si no lo es, que lo parece como un güevo a otro."

Nos quedamos tan atónitos como Sancho. ¿Realmente ha cambiado tanto, en plazo tan corto El Caballero de Los Leones? Veremos.

Sancho se entusiasma tanto que toma la palabra, y entre su discurso, emite un rebuzno para ilustrar su punto de que no es causa para vergüenza, sino orgullo, eso de poder rebuznar.

"Pero uno de los que estaban junto a él, creyendo que hacía burla dellos, alzó un varapalo que en la mano tenía, y dióle tal golpe con el, que sin ser poderoso a otra cosa, dió con Sancho Panza en el suelo."

¿Y qué hace entonces el hombre que había dicho que no hay venganza justa en el mundo, y que había abogado en contra de la violencia?

"Don Quijote, que vió tan mal parado a Sancho,

arremetió al que le había dado, con la lanza sobre mano; pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fue posible vengarle..."

Como en otras ocasiones, sus hechos contradicen sus palabras. Por esto, fracasa en lo que pudiera haber sido una de las hazafías máximas de su carrera. Puesto que Don Quijote es el peor ejemplo del mundo de lo que predicaba, la muchedumbre se enoja, con el resultado de que Don Quijote hace, entonces, otra cosa inaudita para él. Huye.

"...viendo que llovía sobre él un nublado de piedras, y que le amenazaban mil encaradas balles-
tas y no menos cantidad de arcabuces, volvió las riendas a Rocinante, y a todo lo que su galope pudo se salió de entre ellos, encomendándose de todo corazón a Dios que de aquel peligro le librase, teniendo a cada paso no le entrase alguna bala por las espaldas y le saliese al pecho; y a cada punto recogía el aliento, por ver si le faltaba."

Luego, los dos a salvo, Sancho se queja de que (II,28)

"...los caballeros andantes huyen, y dejan a sus buenos escuderos molidos como alheña, o como cibera, en poder de sus enemigos.

--No huye el que se retira--respondió don Quijote--; porque has de saber, Sancho, que la valentía que no se funda sobre la basa de la pruden-

cia se llama temeridad, y las hazañas del temerario más se atribuyen a la buena fortuna que a su ánimo. Y así, yo confieso que me he retirado, pero no huído; y en esto he imitado a muchos valientes, que se han guardado para tiempos mejores..."

¡Qué extrañas suenan estas palabras en boca del temerario Caballero de Los Leones! Pero Don Quijote todavía no fija, por más que antes de esta aventura, pareciera que ya se había olvidado de su misión en el mundo. De hecho, su desarrollo ha sido rapidísimo si creemos lo que dice Don Quijote mismo (II,28), eso de que apenas han pasado hasta aquí dos meses desde su primera salida con Sancho (I,7). El hecho de que la primera parte de El Quijote entra en la trama de la segunda parte como libro ya publicado, y leído por muchos de los personajes, lo tenemos que atribuir a un encantamiento de Cervantes, quien quería usar esta técnica para producir el ambiente especial que tiene la segunda parte. Pero debemos recordar que en el mundo real transcurrieron diez años entre la publicación de la primera y segunda parte, y, en la segunda, se trasluce un Cervantes más maduro, y menos el orgulloso soldado; así es que Sancho, en un sentido, no exagera mucho cuando dice que le parece haber pasado veinte años (II,28) desde que Don Quijote por vez primera le prometió una "ínsula" para gobernar.

La angustia de Don Quijote no aumenta con el triste fin del episodio del rebuzno. Había sido otro esfuerzo suyo de resolver un problema real, y venía de su sentido de misión. Desde el fracaso al aplicar la parte realista de su código, mece otra vez el péndulo hacia el otro extremo, y Don Quijote busca

refugio en la pura fantasía que, a su turno, tiene sus raíces en la ambición de cumplir El Mito de El Caballero. En la aventura del barco encantado (II,29), Don Quijote vuelve la cara hacia la imitación de las cosas más románticas y convencionales de los libros de caballerías. Efectivamente, parece ser, al principio, una plena regresión a la etapa de alucinaciones, cuando, mientras flotan los dos en el barco en medio del río, el amo dice al escudero:

"--¿Vees? Allí, ¡oh amigo!, se descubre la ciudad, castillo o fortaleza donde debe de estar algún caballero oprimido, o alguna reina, infanta o princesa malparada, para cuyo socorro soy aquí traído.

--¿Qué diablos de ciudad, fortaleza o castillo dice vuesa merced, señor?--dijo Sancho--¿No echas de ver que aquellas son aceñas que están en el río, donde se muele el trigo?"

Pero no es una regresión completa, porque a Don Quijote le faltan, después de todo, las alucinaciones de antaño:

"--Calla, Sancho--dijo don Quijote--; que aunque parecen aceñas, no lo son; y ya te he dicho que todas las cosas trastruecan y mudan de su ser natural los encantos. No quiero decir que las mudan de uno en otro ser realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la transformación de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas."

En otras palabras, es, esta aventura, un ejercicio de la voluntad de Don Quijote, y no una cosa espontánea que se le cae encima; crea él esta fantasía, por sus propios esfuerzos, sin la ayuda de nadie ni de ninguna alucinación. Es una forma de soñar despierto, y así escapa Don Quijote a problemas que no ha podido resolver.

Sus racionalizaciones se vuelven más y más complicadas. Cuando encuentra el fracaso, en este caso inevitable y previsible, dice que,

"...en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al través. Dios lo remedie; que todo este mundo es máquinas y trazas, contrarias unas a otras. Yo no puedo más."

El ánimo de Don Quijote está a un nivel bajísimo cuando, inmediatamente después de la aventura del barco encantado, encuentra, por casualidad, al Duque y la Duquesa. Amo y escudero andaban "melancólicos y de mal talante" (II,30). Sancho desde hacía tiempo había resuelto dejar de servir a Don Quijote tan pronto como llegaran los dos a Zaragoza (II,13), pero, después de esta última aventura, convencido ya de la locura de su amo, había decidido no esperar tanto tiempo, y nada más (II,30)

"...buscaba ocasión de que, sin entrar en cuentas ni en despedimientos con su señor, un día se desgarrase y se fuese a su casa; pero la fortuna

ordenó las cosas muy al revés de lo que el temía."

Lo que la fortuna ordenó fue el encuentro con el Duque y la Duquesa. Las muchas "aventuras" con ellos marcan la fase final de la carrera de Don Quijote. Nada más ya de rebeldías. Don Quijote abandona el mundo real con sus problemas difíciles, y entra en el mundo de fantasía de sus burladores, los Duques. Al hacer esto, abandona también su declarada misión en el mundo, abandona a los verdaderos menesterosos. Por fin, parece haber escogido entre sus dos metas contradictorias--o, mejor dicho, se ha dejado empujar hacia su ambición y alejarse de su misión. Es cierto que los Duques crean un ambiente teatral en que creo Don Quijote haber ayudado a varios menesterosos. Pero, en realidad, desde aquí en adelante no hará nada que posiblemente ofendiera a la aristocracia, y usará única y exclusivamente aquel filo de su famosa espada que le ayuda a congraciarse con aquella casta. Se convierte en el bufón del Duque y su esposa, quienes representan la decadente casta feudal de España. El Don Quijote poéticamente furioso de la aventura de los galeotes, ya ha desaparecido para siempre.

Su primera reacción a los hipócritas halagos de los Duque es sentirse librado de sus agudos ataques de angustia. Lo reciben con gran ceremonia y lujo en el castillo del Duque, y gritan todos los criados de éste (II,31):

"--¡Bien sea venido la flor y la nata de los caballeros andantes! Y todos, o los más, derramaban pomos de aguas olorosas sobre don Quijote y sobre los Duques, de todo lo cual se admiraba don

Quijote; y aquél fué el primer día que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero, y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él había leído se trataban los tales caballeros en los pasados siglos."

La ironía consiste en que este día cuando, por vez primera, Don Quijote se cree verdadero caballero andante, es el día en que deja de ser caballero andante real y empieza a ser caballero andante fantástico. En verdad, casi no andará ya, y empieza a vivir la vida de El Caballero. Se entrega a las fantasías teatrales de los Duques, quienes emplean a él y a Sancho como pasatiempos curiosos con que llenar el hueco de su ocio aristocrático.

Otra vez Cervantes ha escogido un camafeo simbólico para poder decir lo indecible en la España de la Contrarreforma. ¿Qué podría ser más a propósito que mostrar cómo el Duque y la Duquesa se divierten con la práctica del engaño? Han vivido por el engaño en escala colosal. La clase que representan engañaba a España, manteniendo la ficción de que era la flor y la gloria de la sociedad, cuando la verdad era que recibía todos los beneficios de la labor de otros, sin contribuir más que con una fachada teatral de nobleza.

Sancho Panza sabe entrever el puño del poder detrás de los finos modales que tanto admira Don Quijote. Lo ilustra en el cuento que relata, a gran largura, en la mesa del Duque, primero habiendo visto "las muchas ceremonias y ruegos que pasaron entre el Duque y Don Quijote para hacerle sentar a la cabecera de la mesa." El cuento termina así (II,31):

"--Digo, así--dijo Sancho--, que estando, como he dicho, los dos para asentarse a la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba también que el labrador la tomase, porque en su casa se había de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumía de cortés y bien criado, jamás quiso, hasta que el hidalgo, mohino, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciéndole: 'Sentaos, majagranzas; que adonde quiera que yo me siente será vuestra cabecera', Y éste es el cuento, y en verdad que creo que no ha sido aquí traído fuera de propósito."

Su amo no comparte ya la cada vez más aguda visión del escudero. Al escuchar el cuento de Sancho, "Púsose don Quijote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban y se le parecían.." Para Don Quijote, la aristocracia ya no puede tener defectos. El cumplimiento de El Mito de El Caballero consiste en hacerse uno de ellos. Por eso, casi ha dejado de actuar independientemente. Adopta como suyo el criterio de los duques. Así, está avergonzado por la conducta de Sancho ante esas altas personas "de cualidad". Pero, en cambio, debe decirse que esta actitud casi servil de Don Quijote tiene sus límites. Defiende a Sancho de las burlas de los sirvientes del Duque (II,32), e irónicamente, da en el blanco sin saberlo cuando dice al Duque (II,32),

"...que en más se ha de estimar y tener un humilde virtuoso que un vicioso levantado..."

Y no hay duda de que, igual que su esposa, el Duque es un "vicioso levantado". Los dos lo demuestran por la manera en que juegan con las emociones, las esperanzas y las ambiciones de Don Quijote y Sancho. Juegan con algo más al dar a Sancho su "ínsula" para "gobernar"--juegan con un pueblo entero. Pero todos son juguetes para estas dos personas "de cualidad", con modales tan finos; las vidas ajenas existen para darles no solamente sostén sino diversión.

Su sentido de humor funciona a base de la crueldad y del desprecio hacia los seres humanos, como en la aventura de Clavileño (II,41), cuando el Duque y la Duquesa,

"...queriendo dar remate a la extraña y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con extraño ruido y dió con don Quijote y con Sancho Panza en el suelo, medio chamuscados."

La crueldad de los Duques no es solamente física sino psicológica. Habían hecho, en la aventura de Clavileño, de amo y escudero los objetos de burla de todos los criados del Duque. En toda la serie de producciones teatrales que hacen, la meta es siempre poner en ridículo a los dos.

Juegan con los temores abiertos y escondidos de Sancho y de Don Quijote. A Sancho, cuando ya es "gobernador" de su "ínsula", el Duque le manda una carta en que dice que habrá un ataque a la ínsula y que (II,47),

"Sé también por espías verdaderas que han entrado en ese lugar cuatro personas disfrazadas para quitaros la vida porque se temen de vuestro ingenio: abrid el ojo, y mirad quien llega a hablaros, y no comáis de cosa que os presentaren."

Todo esto es para plantear, en mayor grado posible, un estado de angustia en Sancho.

Con Don Quijote los Duques obran más sutilmente. Como Dulcinea simboliza la integridad de los ideales más altos de Don Quijote, y su estado en los ojos de él refleja el estado de su misión en el mundo, cuando juegan con el concepto de ella, con su origen e historia y su misterioso encantamiento, están jugando con las aspiraciones más personales y significativas de Don Quijote. Están tentando sus entrañas, y bien lo saben. Como dice la Duquesa (II,32), que si

"...hemos de dar crédito a la historia que del señor don Quijote de pocos días a esta parte ha salido a la luz del mundo, con general aplauso de las gentes, della se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto a la señora Dulcinea, y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso."

Ha dado en el clavo la Duquesa. Don Quijote trata de salir por la tangente:

"--En eso hay mucho que decir--respondió don Quijote--. Dios sabe si hay Dulcinea, o no, en el mundo, o si es fantástica, o no es fantástica; y estas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo."

Sea Dulcinea basada en la labradora Aldonza Lorenzo, o no, en el sentido más profundo, se ha engendrado en el entendimiento de Don Quijote. Y si es cierto que "la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso",--¿por qué la pinta ahora tan fea, convertida, como relata a los Duques (II,32),

"...de princesa en labradora, de hermosa en fea, de ángel en diablo, de olorosa en pestífera, de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y, finalmente, de Dulcinea del Toboso en una villana de Sayago."?

Como siempre, Don Quijote desplaza la culpa del encantamiento de Dulcinea de él mismo, de su conciencia, hacia los encantadores:

"--¿Quién?--respondió don Quijote--. ¿Quién puede ser sino algún maligno encantador de los muchos envidiosos que me persiguen? Esta raza maldita, nacida en el mundo para escurecer y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz y levantar los fechos de los malos. Perseguido me han encantadores, encantadores me persiguen, y encanta-

dores me persiguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerías en el profundo abismo del olvido, y en aquella parte me dañan y hieren donde veen que más lo siento; porque quitarle a un caballero andante su dama es quitarle los ojos con que mira, y el sol con que se alumbra, y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho y ahora lo vuelvo a decir: que el caballero andante sin dama es como el árbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quien se cause."

De lo que dice aquí, casi parece que Don Quijote, de alguna manera remota, reconoce el triste estado de su misión olvidada. Empezaba a agitarse en él otra vez la angustia. Estará enfocada y sumada esta angustia a su preocupación por restaurar a Dulcinea su belleza de antaño.

Los Duques se aprovechan de esta preocupación central de Don Quijote para crear una de sus super-producciones, en que se revela que la única manera de desencantar a Dulcinea es exigir de Sancho (II,35),

"...tres mil azotes y trecientos
En ambas sus valientes posaderas..."

todos para ser auto-administrados por el escudero.

Don Quijote gasta sus energías en éstas y otras farsas a tal grado que, aunque mantiene firme su fe en el Duque y la Duquesa, por fin (II,52),

"...le pareció que la vida que en aquel castillo tenía era contra toda la orden de caballería que profesaba, y así, determinó de pedir licencia a los Duques para partirse..."

Pero en el último instante, surgen las posibilidades de una verdadera aventura. Doña Rodríguez, la dueña del Duque, pide a Don Quijote que haga casarse con su hija al hombre que "antes y primero que yogase con ella", le había hecho tal promesa. Don Quijote demuestra más entusiasmo que sabiduría en prometer ayudar a Doña Rodríguez. En vez de investigar el caso, acepta como cierto todo lo que le es dicho. Pero, por lo menos, el asunto parece ofrecer una salida para él del teatro burlón del Duque, y un regreso al mundo real. Dice Don Quijote con algo del brío de antaño que (II,52),

"...con licencia del Duque mi señor, yo me partiré luego en busca dese desalmado mancebo, y le hallaré y le desafiaré, y le mataré cada y cuando que se excusare de cumplir la prometida palabra; que el principal asunto de mi profesión es perdonar a los humildes y castigar a los soberbios; quiero decir: acorrer a los miserables y destruir a los ríguerosos."

Sé despierta en Don Quijote el casi olvidado sentido de misión. Pero veremos después cómo no permitirá que misión gane la ascendencia sobre ambición en este asunto. Y otra vez interviene la mano teatral del Duque. El joven que prometió casarse

con la hija de Doña Rodríguez, ya había huído a Flandes. Pero, para el Duque, este es un detalle de poca importancia--lo que importa es la producción. Así es que el Duque sustituye por el mancebo huído a su propio lacayo, llamado Tosilos, con ningún otro fin que el de poder divertirse con el combate entre el lacayo y Don Quijote. Pero resulta que Tosilos, realmente enamorado de la hija de Doña Rodríguez, evita el combate antes de que pueda empezar, por anunciar inesperadamente que está dispuesto a casarse con ella. Más cuando le quitan su yelmo, y se revela el rostro de Tosilos el lacayo (II,56),

"...doña Rodríguez y su hija, dando grandes voces, dijeron:

--¡Este es engaño; engaño es éste! ¡A Tosilos, el lacayo del Duque mi señor, nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo! ¡Justicia de Dios y del Rey de tanta malicia, por no decir bellaquería!"

Pero nada puede sacudir la fe ciega que tiene Don Quijote en el Duque.

"--No vos acuiteis, señoras--dijo don Quijote--; que ni ésta es malicia ni es bellaquería; y si lo es, no ha sido la causa el Duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los cuales envidiosos de que yo alcanzase la gloria deste vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el de este que decís que es lacayo del Duque."

Parece que, después de todo, el asunto tendrá un final feliz. La hija de Doña Rodríguez asevera que (II,56): "--Séase quien fuere este que me pide por esposa (que yo se lo agradezco): que más quiero ser mujer legítima de un lacayo que no amiga y burlada de un caballero:..." Así era que "...quedaron doña Rodríguez y su hija contentísimas de ver que, por una vía o por otra, aquel caso había de parar en casamiento, y Tosilos no esperaba menos."

Pero más tarde encontrarán Don Quijote y Sancho a Tosilos en el camino (II,66), y éste les dirá que

"...pues así como vuesa merced se partió de nuestro castillo, el Duque mi señor me hizo dar cien palos, por haber contravenido a las ordenanzas que me tenía dadas antes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la muchacha es ya monja, y doña Rodríguez se ha vuelto a Castilla..."

Tal es la "nobleza" del Duque. Pero Don Quijote terca-mente rehusa creer esto y tampoco admite que Tosilos sea quien parece ser, sino asevera que debe ser algún encantado. Así evita tener que ayudar a este menesteroso genuino. Después de todo, ayudar a Tosilos hubiera significado ir en contra del Duque, y la espada de Don Quijote ya tiene un sólo filo. Pero este asunto añade a la pesada carga de angustia que derrumbará todo, cuando al fin reconoce Don Quijote la falsedad del Duque.

Otra vez, después del asunto de la hija de Doña Rodríguez (II,57),

"Ya le pareció a don Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenía; que se imaginaba ser grande la falta de su persona hacía en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites que como a caballero andante aquellos señores le hacían, y parecía que había de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento; y así, pidió un día licencia a los Duques para partirse."

Esta vez logra salir. En el castillo del Duque ha sido aislado del mundo a tal grado que casi ha perdido ya contacto con la realidad. Es Don Quijote como un sonámbulo quien ha vivido un sueño—un sueño de una mente ajena como era la gobernatura de Sancho. Fuera del ambiente de los sofocantes y constantes halagos de los Duques, después de un brevísimo sentimiento de alegría en su libertad, Don Quijote de repente se encuentra casi abrumado por la angustia. Lamenta que (II,58),

"...yo hasta agora no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándoseme el juicio, podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo."

Poco después su angustia irrumpe en una acción irracional, que parece mostrar un deseo de castigarse a sí mismo. Se niega a huir del camino de un tropel de toros bravos, con el inevitable resultado de que (II,58), "...pasaron sobre don Quijote

y sobre Sancho, Rocinante y el rucio, dando con todos ellos en tierra, echándoles a rodar por el suelo."

Maltrecho, y muy angustiado, Don Quijote empieza a criticar sutilmente a Sancho (II,59):

"--Come, Sancho amigo--dijo don Quijote--: sustenta la vida, que más que a mi te importa, y déjame morir a mí a manos de mis pensamientos y a fuerzas de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo..."

Esta declaración, llorosa y llena de lástima para sí mismo, es cierta en parte y en parte falsa. Es cierto que la angustia de Don Quijote ha llegado a tal grado que él ya anhela la muerte. Pero es falsa su implicación de que Sancho es poco más que un apetito encarnado; de hecho, el escudero ya ha superado a su amo en el desarrollo de una conciencia social.

La relación entre amo y escudero pronto llega a su crisis más grave. Don Quijote, desesperado por el encantamiento de Dulcinea, decide dar él mismo a Sancho los azotes que, según cree, la desencantarán. Con este propósito en mente, se acerca a Sancho mientras éste duerme. Pero Sancho despierta (II,60):

"--¿Qué es esto? ¿Quién me toca y desencinta?

--Yo soy--respondió don Quijote--, que vengo a suplir tus faltas y a remediar mis trabajos: véngote a azotar, Sancho, y a descargar, en parte, la deuda a que te obligaste. Dulcinea perece; y tú vives en descuido; yo muero deseando; y así, desa-

tácate por tu voluntad, que la mía es darte en esta soledad, por lo menos, dos mil azotes.

--Eso no--dijo Sancho--:vuesa merced se esté quedo; si no, por Dios verdadero que nos han de oír los sordos. Los azotes a que yo me obligué han de ser voluntarios, y no por fuerza, y ahora no tengo gana de azotarme; hasta que doy a vuesa merced mi palabra de vapularme y mosquearme cuando en voluntad me viniere.

--No hay dejarlo a tu cortesía, Sancho--dijo don Quijote--, porque eres duro de corazón, y aunque villano, blando de carnes.

Y así procuraba y pugnaba por desenlazarle; viendo lo cual Sancho Panza, se puso en pie, y arremetiendo a su amo, se abrazó con él a brazo partido, y echándole una zancadilla, dió con él en el suelo boca arriba; púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenía las manos, de modo, que ni le dejaba rodear ni alentar. Don Quijote le decía:

--¿Cómo, traidor? ¿Contra tu amo y señor natural te desmandas? ¿Con quién te da su pan te atreves?

--Ni quito rey, ni pongo rey--respondió Sancho--, sino ayúdome a mí, que soy mi señor. Vuesa merced me prometa que se estará quedo, y no tratará de azotarme por agora; que yo le dejaré libre y desembarazado; donde no,

Aquí morirás traidor,

Enemigo de doña Sancha."

Don Quijote se lo promete, y no vuelve a poner manos en Sancho. Claro que Sancho sabe rebelarse cuando es necesario. Lo dicho y lo hecho por él en este incidente sirven como una declaración de independencia intelectual. Más tarde, después de que los dos son molidos en la noche por un tropel de más de seiscientos puercos, Sancho dirá (II,68):

"Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros a quien servimos, o parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generación; pero ¿qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes?"

En realidad, en cuanto a conciencia de abusos dentro de la sociedad española, los dos han cambiado de posiciones. El Don Quijote de la aventura de los galeotes ha muerto. El Sancho Panza que hablaba tan felizmente de cómo haría buen negocio vendiendo esclavos negros, y a quien le importaban poco las desgracias ajenas, también ha muerto. Cervantes trae este cambio trayendo a un agudo enfoque en una escena que al lector inteligente, tiene la fuerza de un martillazo. La escena, que pronto veremos, tiene que ver con galeotes, y su impacto viene de la extraña resonancia de la primera aventura con los galeotes (I,22).

La verdad es que Don Quijote ya ha hecho su pacto, si bien no con el diablo, sí con la aristocracia feudal de España, que es casi la misma cosa para un hombre cuya misión era ayudar a miserables y restaurar la Edad de Oro en la tierra. Hacerse,

aunque sin saberlo, el bufón del Duque, fue su error fatal, y fue, sin duda, el fruto de una decisión inconsciente de abandonar su papel como renovador revolucionario. Claro que el Duque había ofrecido al perplejo Don Quijote una aparente salida de su dilema, una salida que consistía en la oportunidad de congraciarse con la aristocracia mientras, a la vez, en apariencia seguía ayudando a menesterosos. El Duque enmendó así en Don Quijote--temporal y teatralmente--las dudas gemelas de éste en cuanto a poder cumplir tanto ambición como misión. Así se evitaba que el mundo ambiguo de Don Quijote se clavara en dos. Pero todo lo que implicaba ayudar a miserables era engaño. Y Don Quijote se dejaba seducir por ese engaño hasta tal grado, que, después, cuando sale del castillo del Duque, no es ya la misma persona. Ha perdido mucho de su fuerza moral y espiritual.

Después de ser bufón del Duque, pasa a servir como payaso a Don Antonio Moreno, y, si bien el humor de éste no es tan cruel como el del Duque, sin embargo tiene como base el mismo desprecio hacia Don Quijote.

Y por mucho que le gusta hablar de la austeridad de su vida, Don Quijote, como consecuencia de su larga estancia con los Duques, ya se ha acostumbrado al lujo y a la ceremonia, amén de los constantes halagos burlescamente sicofánticos.

La escena que revela todo es la de la visita a las galeras, esos buques del rey en que sirven galeotes (II,63):

"En resolución, aquella tarde don Antonio Moreno su huésped, y sus dos amigos, con don Quijote y Sancho, fueron a las galeras. El cuatralbo, que estaba avisado de su buena venida, por ver a los

dos tan famosos Quijote y Sancho, apenas llegaron a la marina, cuando todas las galeras abatieron tienda, y sonaron las chirimías; arrojaron luego el esquife al agua, cubierto de ricos tapetes y de almohadas de terciopelo carmesí, y en poniendo que puso los pies en él don Quijote, disparó la capitana el cañón de crujía, y las otras galeras hicieron lo mismo, y al subir don Quijote por la escala derecha, toda la chusma le saludó, como es usanza cuando una persona principal entre en la galera, diciendo '¡hu, hu, hu!' tres veces. Dióle la mano el general, que con este nombre le llamaremos, que era un principal caballero valenciano; abrazó a don Quijote, diciéndole:

--Este día señalaré yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida, habiendo visto al señor don Quijote de la Mancha: tiempo y señal que nos muestra que en él se encierra y cifra todo el valor de la andante caballería.

Con otras no menos corteses razones le respondió don Quijote alegre y sobremanera de verse tratar tan a lo señor."

Se destaca el contraste vivo entre el lujo y la fina ceremonia de esta recepción brindada a Don Quijote, y la desnuda brutalidad dirigida a los galeotes, que veremos. Pero Don Quijote ya no da gran importancia a tales cosas. Ya es el famoso Caballero, amigo de generales y duques, y parece darse cabal cuen-

ta de que no puede ser, a la vez, amigo de proscritos y galeotes. El gran cambio en Don Quijote se ve ahora en lo que no dice, en lo que no hace.

No llama a estos galeotes "hermanos carísimos" como llama a los anteriores (I,22). No dice nada de como (I,22) "...podría ser que el poco ánimo que aquél tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y, finalmente, el torcido juicio del juez, hubiese sido causa de vuestra perdición, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades.". No les dirige palabra alguna. Y su espada se queda en la vaina.

Solamente una vez sale Don Quijote de su sosiego mientras está en la galera. En esta breve ocasión, "...se estremeció y encogió de hombros, y perdió la color del rostro." Pero parece que esto viene en reacción al rapidísimo izar y bajar de las velas, a que no estaba acostumbrado. O, ¿sería remotamente posible, también, que de repente se acordara de que, una vez, él mismo dió libertad a un grupo de hombres destinados a la misma esclavitud inhumana que ahora ve por todos lados en la galera? ¿Sería posible que el estremecimiento de Don Quijote viniera de que, en el momento fugaz, entre el silencio de las regiones más íntimas de su conciencia, hubiera escuchado algunos ecos desconectados de su propia voz?--de esa voz llena de compasión que, en aquella otra ocasión, Don Quijote había alzado sin miedo para decir (I,22):

"...porque me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres."

"Dios hay en el cielo, que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres."

"Todo lo cual seme representa a mí ahora... que muestre con vosotros el efeto para que el Cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la orden de caballerías que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer a los menesterosos y oprimidos de los mayores."

Pero si Don Quijote se acuerda de estas palabras suyas, no tienen ya ninguna magia para él. Su espada se queda en la vaina.

Al contrario, es Sancho quien siente compasión para los galeotes ahora:

"Hizo señal el comitre que zarpasen el ferro, y saltando en mitad de la crujía con el corbecho o rebenque, comenzó a mosquear las espaldas de la chusma, y a largarse poco a poco a la mar. Cuando Sancho vió a una moverse tantos pies colorados, que tales pensó él que eran los remos, dijo entre sí:

--Éstas sí son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. ¿Qué han hecho estos desdichados, que ansí los azotan, y cómo este hombre solo, que anda por aquí silbando, tiene atrevimiento para azotar a tanta gente? Ahora yo digo que

éste es infierno, o, por lo menos, el purgatorio."

Pero el Caballero de Los Leones no tiene pensamientos iguales a los del escudero. Solamente le preocupa el estado de su dama caída.

"Don Quijote, que vió la atención con que Sancho miraba lo que pasaba, le dijo:

--¡Ah, Sancho amigo, y con qué brevedad y cuán a poca costa os podíades vos, si quisiédeses, desnudar de medio cuerpo arriba, y poner os entre esos señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea! Pues con la miseria y pena de tantos, no sentiríades vos mucho la vuestra; y más, que podría ser que el sabio Merlín tomase en cuenta cada azote destes, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habéis de dar."

No es que Don Quijote no vea la miseria de estos galeotes. Lo ve sin ilusión alguna. Pero ya, o no tiene compasión, o está tan ligado a los intereses de los poderosos (aunque sea solamente en forma psicológica) que es impotente para lanzarse contra ellos. Y su espada se queda en la vaina.

Es esta triste escena que de hecho marca la derrota final de Don Quijote. Su conquista por el Caballero de la Blanca Luna (otra vez el disfrazado Sansón Carrasco), y su promesa subsiguiente de regresar a casa, son anticlimáticas, son cosas secundarias a esta derrota moral.

Lo demás es agonía. Poco a poco la angustia, por tanto

tiempo guardada en lo subterráneo de su ser, como era guardada la encantada Dulcinea en la cueva de Montesinos, empieza a salir a la luz del entendimiento de Don Quijote. Es un proceso lento, y Don Quijote sufre recaídas. Aunque tienen referencias específicamente a su derrota a manos del Caballero de la Blanca Luna, estas palabras cargan, también, un significado más profundo (II,66):

"...cada uno es artífice de su ventura. Yo lo he sido de la mía; pero no con la prudencia necesaria, y así, me han salido al gallarín mis presunciones..."

Cervantes relata que (II,67),

"Si muchos pensamientos fatigaban a don Quijote antes de ser derribado, muchos más lo fatigaron después de caído. A la sombra del árbol estaba, como se ha dicho, y allí, como moscas a la miel, le acudían y picaban pensamientos: unos iban al desencanto de Dulcinea..."

Y tal vez en su estado pensativo, se le ocurriera ponderar un enigma paradójico--que en los días cuando defendía a galeotes y pobres, Dulcinea tenía, por lo menos en la mente de Don Quijote, una belleza brillante; pero que cuando él se ponía en plan de dejarse amansar por presiones sociales y de complacer a aristócratas, ella se volvió en labradora de aspecto asqueroso. De seguir esta lógica, le pudiera haber ocurrido, también, que el

ponerse de nuevo a defender a pobres miserables, y tratar de reestablecer la Edad de Oro en la tierra, posiblemente tendría el resultado de desencantar a Dulcinea.

Pero lo más probable es que no pensara en esto. De todas maneras, ya era demasiado tarde; ya había prometido regresar a casa y no lanzarse como caballero andante por lo menos en el plazo de un año.

Otra vez Don Quijote vuelve a pensar en hacerse pastor--del tipo literario, por supuesto, tomado de los estereotipos de la novela pastoril. Tal vida rústica parece ofrecer refugio grato a un ex-caballero andante, cansado y perplejo. En esto va pensando en el camino para su aldea.

Pero si Don Quijote ha abandonado la vida de caballero andante, la vida de caballero andante no lo ha abandonado a él. El Duque se aprovecha de la oportunidad de divertirse una vez más con su bufón. Manda a sus criados traer al castillo como prisioneros a amo y escudero.

Don Quijote no lo puede comprender (II,68):

"¡Válame Dios!--dijo así como conoció la estancia--y ¿qué será esto? Sí que en esta casa todo es cortesía y buen comedimiento; pero para los vencidos el bien se vuelve en mal, y el mal en peor."

Lo que sigue es una de las producciones más elaboradas de los Duques, y convence a Don Quijote, si no a Sancho. Parece ser, en algunas partes, una parodia de procedimientos de la Santa Inquisición. Sancho, por otra mortificación de sus rollizas carnes, tiene éxito en la propuesta "resurrección" de Altisadora,

quien, se supone, ha muerto por amor del cruel galán, Don Quijote.

Altisadora, por supuesto, ha hecho el papel que le fue dado por el Duque. Pero, después de terminar la farsa, ella, en un momento de irritación, descubre todo al Caballero de Los Leones (II,70):

"--¡Vive el Señor, don bacallao, alma de almirante, cuesco de dátil, más terco y duro que villano regado cuando tiene la suya sobre el hito, que si arremeto a vos, que os tengo de sacar los ojos! ¿Pensáis por ventura, don vencido y don molido a palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habéis visto esta noche ha sido fingido; que no soy mujer que por semejantes camellos había de dejar que me doliese un negro de la uña, cuanto más morirme."

Esta franca y ruda revelación de la verdad debiera de haber abierto los ojos de Don Quijote una vez para siempre. Pero su deseo de no creerlo, vence, temporalmente, a la evidencia de sus propios sentidos. No pierde inmediatamente su fe en el Duque y en todo lo que creía haber pasado en su castillo. Pero, poco a poco, después de abandonar por última vez el castillo, le viene encima la luz de la verdad, como una lenta salida del sol.

La angustia, con el desengaño, se convierte en una fuerte melancolía, que, a su vez, conduce a una enfermedad física. Es la enfermedad de un hombre que ha visto estrellarse sus ilusiones más caras; de un hombre que ha sacrificado su misión más alta

por vivir una mentira dorada; es, para un hombre como Don Quijote, la enfermedad que no tiene remedio en la vida.

7

LA MUERTE DEL CABALLERO

"...ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño."

--Don Quijote (II, 74)

"La época está fuera de su coyuntura..."

--Hamlet (acto 1, escena 5)

Sí, Don Quijote tiene la enfermedad hasta la muerte. Y, (II,74) "Fué el parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan."

Se mete en su cama, para nunca de nuevo pararse de ella. Dice a Sancho (II,74),

"Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído, de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo."

Don Quijote aquí parece niño pequeño, a quien se ha quitado la ilusión de que exista un Santa Claus. La tardía desenmascarada del Duque y la Duquesa y la revelación a Don Quijote de la verdadera naturaleza de ellos, le ha desencantado completamente. En luz de este desencantamiento, ve claramente que él también ha fracasado en cumplir lo mejor de su código de la caballería andante, y que se ha dejado engañar por la falsa ambición hasta traicionar su gran misión en el mundo. Es tan profunda su decepción que ahora ni quiere creer en que alguna vez hubiera caballero andante alguno.

"--¡Ay!--respondió Sancho llorando--. No se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese des de esa cama, y vámonos

al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora Dulcinea desencantada..."

Pero Don Quijote ya sabe que él jamás podrá desencantar a Dulcinea así. Tal vez piensa en ella, afeada y sufriendo pobreza en La Cueva de Montesinos, en necesidad más de seis reales que de hazañas caballerescas o disparates de quienes se divierten por actuar el papel de pastores mientras ella agoniza. Tal vez piensa así, pero no lo dice. Lo que dice sobre las historias de ballerías y pastores que refieren Sancho y Sansón Carrasco es semejante a lo que había dicho Sancho al salir de su pseudo-gobernatura (II,53)- "No son estas burlas para dos veces."

"Señores--dijo don Quijote--, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco, y ya soy cuerdo; fui Don Quijote de la Mancha, y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno."

Pero Don Quijote había invertido demasiado de su espíritu en el sueño dorado del caballero andante como salvador de España para salir ileso de sus ilusiones como lo hacía Sancho de su gobernatura. El desengaño de Don Quijote es tal que no puede recuperarse de él en este lado de la tumba.

En la muerte de Don Quijote son resumidas muchas cosas. En su fracaso es resumido el fracaso de una época en la historia del hombre. El fracaso de Don Quijote como renovador de la sociedad reflejaba el fracaso de Santa Teresa y San Ignacio de Lo-

yola como renovadores de la Iglesia--de esa Iglesia que, como Don Quijote, solía jactarse de ayudar a los humildes y los huérfanos. España, como nación, había fracasado en su intento de superar al Caballero como ideal. La conciencia nacional casi se había estancado, casi había dejado de evolucionar. Precisamente por esto España iba a quedar bajo encantamiento, un encantamiento que hasta el momento todavía perdura; precisamente por esto se convertía el país en una vasta Cueva de Montesinos, donde adolece todavía Dulcinea de la ausencia de su renovador fracasado.

Es El Caballero, personificado por El Duque, el que triunfó, y el que sigue triunfando en España. Cervantes nos reveló la decadencia de tal casta, e indicó que tal triunfo era el triunfo de un fracaso, y que ese triunfo significaba la derrota de todo lo mejor del país. La España contemporánea sufre necesidad de un Quijote de los galeotes, que no llegue a acomodarse con la aristocracia, y que se dé cuenta cabal de que "...ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño."

El Caballero triunfó en España aunque se daba la hora de su muerte en los tiempos de Cervantes. Pero España no lo sabía. España seguía su sueño dorado hasta perder todo sentido de distinción entre sueño y realidad. Aunque El Caballero debía de haber muerto con el advenimiento del Renacimiento, aunque Jorge Manrique a fines del siglo quince escribiera el epitafio del Caballero en sus inmortales "Coplas por La Muerte de Su Padre", no resultó así.

"Tantos duques excelentes,
tantos marqueses y condes
y varones

como vimos tan potentes,
 di, Muerte ¿dó los escondes
 y traspones?"¹²

Estos versos parecen señalar la muerte de una casta, aparte de la muerte de individuos amados. Esto, a pesar de que Jorge Manrique veía solamente las buenas cualidades de El Caballero; veía todo color de rosa, medio ciego como estaba por el amor y admiración que tenía a su padre. No podía ver que la flor de caballerías tenía, forzosamente, sus raíces en la tierra sucia de la guerra y la conquista, y que era nutrida por el saqueo y la matanza; ni que exigía la labor de cientos de humildes para mantener cada caballero. Pero, de alguna manera, Jorge Manrique percibió qué cambios históricos hacían obsoleta la casta feudal y pareció reconocer que el claro destino de El Caballero era la muerte social. Sin embargo, El Caballero se negaba morir; murió su función, murió su pretensión de una necesidad histórica para existir; pero negaba soltar las manos del poder y del privilegio, y perduraba en un estado de animación suspendida.

El mundo de El Caballero estaba en quiebra--económica, espiritual y moralmente. Y sin embargo, todo fue sacrificado para mantener ese mundo y ese Caballero en España, hasta el punto de que el país se entregaba a una fantasía vivida. Precisamente en eso reside el núcleo de la tragedia de Don Quijote como individuo--que se entregó también, al fin y al cabo, a esa fantasía y abandonó el fogoso realismo del renovador que vimos en el episodio de los galeotes. Don Quijote comprobó definitivamente que era imposible seguir la moralidad de Cristo en un mundo dominado por El Caballero; su carrera delineó con exactitud algunas contra-

dicciones irreconciliables del mundo feudal. Puso, Don Quijote, la conciencia de la civilización de Occidente a juicio. Indicó que el cristianismo se encontraba en un callejón aparentemente sin salida debido al gran error de las autoridades de la Iglesia. Habían arriesgado el futuro de la Iglesia en una acumulación de poder mundano en vez de poder espiritual y moral. Se habían comprometido en una lucha brutal por el poder material. La perdurabilidad de su dogma, exterior y extraño a las enseñanzas y el ejemplo de Cristo, estaba basada en una serie de interpretaciones del universo que la nueva ciencia rápidamente probaba ser falsas. Su hermético sistema de lógica estaba equivocado y alejado de la vida, y no toleraría la prueba de la experiencia. Las autoridades de la Iglesia habían, de hecho, vendido su herencia espiritual por un plato de lentejas. En quién sabe que cuatro caminos habían dejado de seguir a Cristo y empezado a seguir a César, que en la Edad Media era El Caballero. Las autoridades de la Iglesia hacían alianzas con El Caballero, y a la vez le hacían competencia con sus fines más egoístamente mundanos; pero, en todo caso, el complejo de valores morales que seguían era el de El Caballero, y no el de Cristo. Claro que, para Cervantes, el concepto de El Caballero abarcaba más que el de un noble feudal--podría incluir tanto un Papa ambicioso como un nuevo rico de la burguesía, o un monarca empeñado (como Felipe II) en subordinar el poder de la nobleza al suyo. Ni la propaganda de la religión ni El Mito de El Caballero, sirvieron para esconder por completo el hecho de que, tanto uno como otro, explotaron las justas aspiraciones del pueblo.

El Caballero, entonces, era el enfoque de la crisis de la época, la unidad humana que encarnaba una crisis de la concien-

cia colectiva. Había llegado la hora de examinar las bases de la cultura que tenía a El Caballero como destello de todos los valores positivos.

Hamlet y El Quijote, engendrados casi simultáneamente, tienen una relación estrecha en cuanto al fracaso del mundo dominado por el ideal de El Caballero; iluminan este fracaso desde puntos de vista diferentes, pero de tal manera, que, tomadas las dos obras juntas, nos dan una radiografía de la crisis espiritual de la época.

"La época está fuera de su coyuntura..." lamenta Hamlet.

"...ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño," dice Don Quijote.

Las dos oraciones--aquella la fuerte metáfora de un entendimiento poético, y ésta un dicho popular aplicado poéticamente en un momento de fuerte emoción--parecen señalar el profundo malestar de los tiempos. El malestar es metafísico, es espiritual --ni Don Quijote ni Hamlet son pobres. Hamlet, el príncipe, está en la cumbre de la sociedad. Y aún así, para él, "La época está fuera de su coyuntura..."--pensar así es pensar poéticamente; es decir, no sólo en las cosas como son (igual al hombre "práctico" que acepta las cosas como son porque así son y son así porque así son), sino en las posibles alternativas históricas. Y es obvio para Hamlet que los valores de esa sociedad son decadentes, es obvio para él que, de alguna manera, la época se ha desviado hacia algo tan oscuro y podrido que pone en duda la base misma de la existencia humana.

En términos modernos se pudiera expresar, de manera mucho más pedestre, el dilema de la civilización Occidental así: si el hombre es el único ser que ha podido escapar de la lucha incesante para sobrevivir, esta lucha ciega de la naturaleza que opone fiera contra fiera--¿vale regresar a tal estado por acto de la voluntad humana? Si la mente, la facultad de razonamiento y esta entidad fugaz que llamamos alma o conciencia, son propiedades exclusivas del hombre--¿vale emplearlas en la misma lucha bestial de que tenemos el poder de escaparnos? El hombre no solamente es formado por el medio ambiente sino que él puede formar su propio medio ambiente. En un sentido muy real, el hombre crea al hombre. Es decir, que forma sus propios valores. Y si toma como ejemplo, como ideal, la lucha ciega de una supervivencia como en la evolución natural de los animales, si quiere imponerse a sí mismo la ley de la selva; si el hombre quiere seguir siendo el lobo del hombre, si no se deja tiempo ni modo institucional de desarrollar sus potencialidades peculiarmente humanas, entonces, no es de sorprenderse que, tarde o temprano, llegue a regresar al estado de una bestia.

A Hamlet, la lucha brutal por el poder que ve por todos lados, le causa náusea espiritual; ve, efectivamente, en la corte--esta supuesta ejemplificación de lo más noble de su época--una lucha vil y animal por obtener o mantener el poder, o el favor de los poderosos, con todo lo bueno y lo tierno subordinado a esta lucha. Hamlet ve lo bestial dominar a lo humano y por esto se hunde en la melancolía.

Tanto Hamlet como Don Quijote trataban de desarrollar su humanidad en medio de un ambiente histórico que les dejó poco lugar, conscientemente, para tal desarrollo. Hamlet sabe muy

bien que cualquier esfuerzo de su parte para cambiar de manera no superficial, el mundo en que vive, está predestinado a fracasar; entiende la situación y está desesperado desde el principio. Don Quijote es un caso distinto. Aunque es un hombre dividido, en contra de sí mismo, su conflicto permanece casi completamente en el nivel subconsciente. Nunca logra, fuera de una que otra iluminación, levantar el sentido de la universalidad del hombre de la oscura región de lo inconsciente. Las presiones sociales son demasiado fuertes, y, por ganar la aceptación social de la época, echa a un lado los elementos rebeldes de su código. Es un poco difícil para nosotros, tan acostumbrados a contemplar El Quijote como cosa puramente literaria, darnos cabal cuenta de la magnitud de la rebelión de Don Quijote. Los conceptos que tenían que ver con el cumplimiento de una misión en el mundo, eran iconoclasticos. He indicado ya hasta donde llegan las consecuencias del concepto de ayudar a menesterosos como los galeotes, pero quisiera añadir algo más en cuanto a la meta de resucitar La Edad de Oro en la tierra. Claro que la idea de la existencia previa de esa Edad perfecta tenía mucho en común con la idea predicada por la Iglesia sobre el paraíso del cual, por sus pecados, el hombre fue expulsado. Pero donde la Iglesia enseñaba que el hombre era irrevocablemente pecador y poco mejor que basura sin la redención ofrecida por la Iglesia, y que nunca podía volver a ganar el paraíso en esta vida, Don Quijote proponía restaurar este paraíso perdido en la tierra, cosa que contradice la enseñanza de que el hombre es decadente y no puede lograr un estado de gracia por sus propios esfuerzos.

Pero el Don Quijote revolucionario cede al Don Quijote ambicioso; y con el desengaño final pierde también su ambición

y se queda con nada--"...ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño.". Se trasluce, tanto en Cervantes como en Shakespeare, una desilusión de la sociedad, un sentimiento de que las relaciones dentro de tal sociedad no bastan. Anhelaban algo mejor. Había, para los dos, algo podrido en su Dinamarca, su país del espíritu. Cada uno iluminó esta crisis de la civilización occidental a su propia manera genial; pero no hay duda de que, a fin de cuentas, trataron de la misma crisis. Los dos héroes magnos, o anti-héroes, compartían una angustia que les condujo hacia la muerte. Don Quijote, debido a sus contradicciones, que nunca llegó a entender conscientemente, no encontró en toda su carrera apoyo real en ningún lado. Y Hamlet odió a su papel como príncipe vengador en la corrompida corte en que se encontraba. No podían ni Don Quijote ni Hamlet, cambiar la estructura de su sociedad. Hamlet, con matar al rey su tío, más que cumplir el acto de venganza, completa un acto de exterminación de la familia--y simbólicamente del sistema social que encabezaba--que había engendrado tanta corrupción.

Todo termina en muerte. Muere Hamlet y muere Don Quijote. Pero no murió la crisis en el destino del hombre que estos dos protagonistas habían delineado. Tampoco murió El Caballero. Y este hecho, me parece, tiene mucho que ver con el enigma de la extraña actualidad de Don Quijote y de Hamlet. Tanto en Hamlet como en Don Quijote, hay una aureola de misterio, hay algo no resuelto que aparenta hacer imposible que abarquemos todo el significado de estas dos obras maestras. Los creadores nos hablan, por medio de sus protagonistas, de manera extraña, simbólica, oblicua, de cosas que no podemos o no queremos entender llanamente. Una parte de lo no resuelto está en nuestro inconsciente. Comparti-

mos algo de la angustia de Don Quijote y de Hamlet, y respondemos intuitivamente a estos dos anti-héroes, sin, por lo general, poder llegar a una plena comprensión intelectual de su significado. Las razones de este fenómeno no son complicadas ni esotéricas. Es muy sencillo. Vivimos hoy día, casi en su integridad, la misma crisis de la conciencia del hombre que vivieron Don Quijote y Hamlet. Como es una crisis no resuelta aún, no tenemos la perspectiva de digerir mental y espiritualmente todo el valor de estas obras. Hablando generalmente (porque hay excepciones), compartimos todavía también una inclinación favorable hacia el ideal de El Caballero, y es difícil, por esto, ver con claridad la decadencia de tales ideales. Críticos que tienen su base todavía en el ideal de El Caballero suelen decir que ni Shakespeare ni Cervantes entendían lo que hacían en escribir estas obras maestras. Se les oculta el hecho de que ponían en duda todo valor caballeresco--lo que vale tanto como decir: los valores de la civilización Occidental. Y, naturalmente, como la mayoría de los críticos no pueden renegar de su propia civilización, no han podido, tampoco, penetrar el núcleo del enigma de estos dos grandes personajes. Miguel de Unamuno no sabía valorar todo lo que hay en Don Quijote porque Unamuno compartía las mismas contradicciones de que era víctima El Caballero de la Triste Figura. La esencia de su crítica sirve más para afirmar la certeza de Cervantes al inmortalizar tales características contradictorias, que para darnos una interpretación válida de la obra.

Como he indicado, El Caballero no murió con las nuevas ideas e instituciones del Renacimiento. En muchas partes del mundo actual rige El Caballero igual que en los tiempos de Cervantes y Shakespeare. Además, le fue concedida una segunda vida. La

introducción del capitalismo causó un cambio en la apariencia exterior de El Caballero; cambió la estructura del poder, también, pero fue un cambio en los medios, y no en los fines de la organización social--y fue, al fin y al cabo, en cuanto a valores morales, el mismo Caballero quien terminó por dominar. Y las nuevas sectas del protestantismo, casi sin excepción, igual que la madre Iglesia, llegaron a acomodarse de una manera u otra a las necesidades de El Caballero, sea éste tipo feudal o tipo capitalista. Así se explica cómo es que en el mundo de Occidente, hoy día, por lo general, es el ideal de El Caballero el que predomina en la mente del hombre. El Caballero ha llegado a imponerse a veces hasta en países llamados socialistas o comunistas; José Stalin, por ejemplo, era un atavismo, un Caballero mucho peor y más peligroso que el Duque que se burlaba tan cruelmente de Don Quijote.

Lo que debe ser obvio es esto. El Caballero, con raíces en un privilegio angosto, en la guerra de conquista y saqueo, es arcaico; es, o debe ser, un anacronismo. Ha fracasado de nuevo. Porque en su constante tendencia hacia la agresión y el engrandecimiento personal o de una clase, ha dejado la conciencia humana deformada. El loco sueño de Adolfo Hitler y sus super-Caballeros rubios tenían sus semillas en el concepto de El Caballero; fue el concepto llevado a sus últimos extremos. Esta moralidad jorobada de El Caballero, en el curso de la evolución del ser humano, tendrá que desaparecer de la faz de la tierra. La conciencia humana demanda que el hombre levante la vista más arriba del mero botón para los más "fuertes" (que con demasiada frecuencia significaba los más codiciosos e inhumanos). La alternativa está clara. La evolución de esta conciencia humana, ésta frágil entidad que separa lo humano de lo bestial, está todavía en una encrucijada.

jada. Con las armas nuevas de la ciencia (que también ha sabido lavarse las manos ante la crucifixión del hombre), el hombre se encuentra dotado del poder de auto-destrucción. Existe ahora la posibilidad de hacer correr al revés el proceso de evolución, hacia la extinción del hombre. O, desde otro punto de vista, más universal tal vez, si bien más difícil de asumir por un ser humano, el hombre pudiera resultar haber sido nada más una etapa en la evolución--un experimento fracasado, un callejón sin salida como era el dinosaurio--y alguna otra forma de vida tal vez llegaría, en tal caso, a dominar la tierra, si ésta misma sobrevive a la destrucción; pero con la diferencia clave de que tal evolución al revés resultaría artificial, causada por el hombre mismo, cosa de que no fue culpable el dinosaurio. El hombre, claro está, crea mucho de su propio destino. Pero lo crea a través de la cultura. La meta de toda cultura, y toda evolución cultural, entonces, debe ser hacer al hombre más y más consciente de sí mismo, de lo que es y--punto esencial--de lo que pudiera y debe alcanzar a ser. Una cultura válida es la que dirige al hombre hacia lo mejor en los valores humanos en la luz de la conciencia del hombre --luz generada por los grandes poetas, filósofos, científicos y toda otra clase de genios. Prácticamente hablando, la cultura debe incluir, como parte íntegra, un proceso continuo de examinar las bases de la civilización y la meta de la civilización, y debe hacerse modificaciones a la luz de este exámen, desechando aquí y añadiendo allá, siempre dentro de la tradición humanista.

En esta crisis del hombre como ser social, como causa y efecto de un medio ambiente cultural, cualquiera institución que no reconoce este proceso de evolución de la conciencia humana hacia algo mejor, está destinada a fracasar. Este fenómeno

casi asume la fuerza de una ley natural. Es decir, que, en la medida en que un sistema social, o una religión, sea usada para oponerse a esta evolución, en igual medida va a ir perdiendo su fuerza como inspiración. Tarde o temprano, es inevitable. Exactamente así la Iglesia de la Edad Media era la responsable para la eventual pérdida de fe en la religión cristiana. Esta pérdida de fe se debía a los abusos de la institución misma, a su empleo como instrumento de una clase en contra de los demás, traicionando a las enseñanzas de Cristo. La imagen de la religión ya estaba manchada a tal grado, vista a través de la institución de la Iglesia, que se había vuelto tan fea como la imagen que llegó a tener Don Quijote de su una vez bella Dulcinea.

Si el hombre va a tener otro destino que el de la autoexterminación, la evolución de la cultura en general tendrá que tomar una nueva ruta. Tendrá que ser dirigida hacia la vida en vez de hacia la muerte; tendrá que tener base más amplia e inclusive que la del mantenimiento de El Caballero; tendrá que asegurar que no haya menesterosos, y a la vez asegurar que en el ganar el pan el hombre no tenga que perder el alma. Buscará, esta cultura en evolución, la unidad de los hombres en vez de las divisiones, sin imponer un conformismo sofocante; reconocerá que el hombre no vive solamente para el pan, sin usar este reconocimiento como excusa para no darle el pan necesario al desarrollo del espíritu. En este proceso, si viene, El Caballero, por fín, morirá, puesto que "...ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño"; y surgirá el Nuevo Caballero, más en el molde de Cristo, como resultado o causa de la nueva evolución artificial del hombre. Hasta entonces, la época seguirá estando "fuera de su coyuntura", y el hombre desorientado.

ESPAÑA, DON QUIJOTE, Y LOS ESTADOS UNIDOS

"...ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta, o pocos más, desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer, que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

--¿Qué gigantes?--dijo Sancho Panza."

--El Quijote (I,8)

"...somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia."

--Don Quijote (I,13)

Cervantes nos ha dado un perfil magistral de un potencial renovador de la sociedad, que fracasa. Don Quijote lleva dentro de sí una contradicción insoluble, entre misión y ambición, y era por esto que vacilaba entre ser revolucionario y reaccionario. La solución que dió al problema al aliarse con El Caballero, resultó ser una solución falsa, posible sólo por pagar el alto precio moral que consistía en olvidarse de menesterosos humildes. Y luego, cuando Don Quijote se da cuenta de que los valores del mundo de El Caballero son falsos, de que ese mundo es, en esencia, falso, cínico, alejado de las verdaderas virtudes y de todo lo noble, sufre un desengaño demoledor. Ya con los ojos despejados de las nubes del romanticismo aristocrático, y ya invalidado como renovador realista, a un hombre tan intenso como Don Quijote no le queda salida satisfactoria en la vida; y es abrumado por la angustia tanto tiempo reprimida, hasta la renuncia de su profesión y la muerte.

Esta tragicomedia es arquetípica; ha sido presentada entera o parcialmente muchas veces en el foro del mundo, y se presentará muchas veces más. Puede aplicarse este perfil a la historia de la Iglesia católica y al uso general de la religión cristiana, a muchos individuos históricos, a muchas revoluciones, y a muchos gobiernos. Esta correspondencia existe porque El Caballero ha seguido manteniéndose en el poder, no solamente en España, sino en muchos países, sea bajo el feudalismo, el capitalismo, o hasta en algunos países que se llaman comunistas.

He escogido hablar principalmente de los Estados Unidos por varias razones--es mi país y lo conozco mejor que conozco cualquier otro; juega un papel principal en la crisis actual; y es el país capitalista actualmente más poderoso del mundo. Por

esta última razón, es el país que mejor representa El Caballero capitalista en su estado de evolución más reciente. Y veremos cómo El Caballero capitalista de los Estados Unidos es, espiritualmente, nada menos que El Caballero feudal con vestido moderno.

El perfil del fracaso de Don Quijote como reformador social puede aplicarse con veracidad y provecho a la historia de los Estados Unidos. La Revolución Americana (o Estadounidense) en contra del colonialismo tiránico de Inglaterra tenía elementos rebeldes y conservadores. Triunfó, momentáneamente, con la victoria, el elemento conservador--George Washington era un Caballero que tipificó perfectamente la transición entre el feudalismo y el capitalismo. Pero, al fin y al cabo, Washington era todavía El Caballero, con revolución y todo, y él mismo admitió su desprecio por lo que solía llamar "the common run" (el pueblo; el hombre común; el que no es Caballero). Pero después de Washington surgieron otra vez elementos más democráticos en las personas de los presidentes Jefferson y Jackson. Y el sueño dorado de los Estados Unidos como país en que era posible lograr una verdadera democracia popular, no se apagó hasta después de la Guerra de Secesión. La Guerra de Secesión fue esencialmente una lucha entre El Caballero feudal del Sur, y El Caballero capitalista del Norte, en que el pueblo servía como carne de cañón. Durante esta guerra, y entre el caos después, el Noreste industrial consolidó sus fuerzas en un puño de poder que terminó por controlar casi toda la política doméstica y exterior del país. El Caballero capitalista había triunfado definitivamente. Es una de las ironías de la historia que Inglaterra, el "tirano", con su rey y sus colonias, en contra de quien se hizo la revolu-

ción Americana, sea hoy un país mucho más democrático y liberal, con muchas más reformas sociales, que los Estados Unidos, ese "rebelde" de antaño. Y es cierto que Los Estados Unidos--una vez en la vanguardia de la lucha por los derechos humanos, una vez una luz brillante y ejemplar de esta lucha--actualmente representa en el hemisferio y en el mundo una fuerza reaccionaria que protege los anacrónicos intereses de El Caballero.

Es apenas necesario apoyar esta declaración con datos. Sobran. Algunos rasgos rudos bastarán para dar idea de lo que se afirma. El gobierno de los Estados Unidos apoya a Caballeros en todo el mundo. Se lleva muy bien con los Caballeros Latino-americanos, por ejemplo, sean del tipo feudal o capitalista-- es un entendimiento entre Caballeros para su beneficio mutuo, y los únicos que sufren son los humildes, los no-Caballeros, los menesterosos. Entre otros insignes Caballeros apoyados por los Estados Unidos son Chiang-Kai-Shek de Formosa y el Generalísimo Francisco Franco de España, entre una lista bastante larga. Es otra gran ironía histórica que dólares de los Estados Unidos apoyaran a Francisco Franco, este gran Caballero y defensor de la fe. Este apoyo, de hecho, forma un puente simbólico entre El Caballero de la Edad Media y El Caballero de los tiempos modernos. El común denominador es la meta de mantener intactos los intereses de El Caballero, sea tipo Medieoival-feudal como Franco, o Caballero capitalista como la mayoría de los que controlan la política exterior de los Estados Unidos. Quisiera enfatizar esta relación caballeresca entre los gobiernos de los Estados Unidos y España, para entrar en una comparación que considero a propósito.

Existen entre la España de la época de Cervantes y los Estados Unidos de hoy, si no precisamente paralelos, por lo menos

algunas similitudes históricas. Hoy día es el gobierno de los Estados Unidos el que se cree dueño y legislador del mundo-- por lo menos del llamado "mundo libre". Basta aquí un ejemplo relativamente reciente, al escribir estas líneas: cuando el Presidente de Cuba, Osvaldo Dorticós, propuso (8 de Octubre, 1962, en un discurso en la ONU) negociar mejoramiento de relaciones entre su país y los Estados Unidos, Adlai Stevenson, representante de los Estados Unidos en la ONU, dió una respuesta muy interesante. Dijo, según los periódicos, que lo que realmente deseaba La Habana era "que aprobáramos la existencia de un régimen comunista en nuestro hemisferio". El uso de "nuestro" en vez de, digamos, "este" es indicativo de una verdadera actitud de superioridad, lamentablemente común en mi país, que hace recordar las palabras jactanciosas de Don Quijote--(I,13) "Así, que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia.". Por supuesto, el etnocentrismo es un mal endémico del nacionalismo y existe en todas partes del mundo --pero la diferencia significativa es que, los Estados Unidos, con demasiada frecuencia, traducen en términos de acción su complejo de superioridad. Al principio de 1963, según la revista U.S.NEWS AND WORLD REPORT (de enero, 1963), había tropas de los Estados Unidos en 41 países--más de un millón de soldados en total. Por lo general estos soldados defienden a Caballeros, y la mayoría de estos Caballeros tienen un extremo sentido del honor. El hecho es que el gobierno de los Estados Unidos quita y pone reyes por todo el mundo, especialmente por medio de las hazañas de la Agencia Central de Inteligencia, que no es precisamente una organización colocada dentro de la tradición democrática. Puesto que hay libros que delinean, por lo menos, parte de las

actividades de la ACI, quisiera citar aquí, solamente para botón de muestra, al muy conocido periodista "americano, Drew Pearson (de su columna del 29 de enero, 1962--traducción mía del inglés):

"Pero la persona más influyente para formar la política exterior, después del presidente, probablemente es el jefe de la Agencia Central de Inteligencia. El pueblo no se da cuenta de esto, pero es cierto. Más aún que el Secretario de Estado, el jefe de la ACI puede derribar reyes o presidentes, fomentar revoluciones, y llevar a los Estados Unidos al borde de la guerra. Además, no tiene que rendir cuentas al Congreso, ni a la Oficina General de Contaduría del gobierno por el dinero que gasta. El es el único oficial del gobierno que tiene tal exención.

Su poder resulta de dos hechos:

1.- Puede usar dinero y agentes para subvertir y socavar gobiernos extranjeros sin que haya nadie en el Congreso que lo sepa.

2.- Informa al presidente. Y el hombre quien informa de los hechos sobre una situación dada en el extranjero tiene el poder de hacer decisiones."

En la misma columna, añade Pearson algo que muestra claramente cómo El Caballero controla esta organización que dirige el teatro mundial y que, como Maese Pedro, pone y quita títeres en el escenario del mundo como si fuera su derecho innato hacerlo así:

"DINERO DE EMPRESAS PRIVADAS APOYA A LA AGEN-
CIA CENTRAL DE INTELIGENCIA--Después del fracaso
de la Bahía de Cochinos, reporté (habla Pearson)
que ciertos negocios de los Estados Unidos, uno
de ellos una compañía de Petróleos, había donado
varios cientos de miles de dólares para financiar
a los Luchadores de la Libertad Cubana.

Esto significaba que la política exterior es-
taba más aún divorciada de los canales Constitucio-
nales del gobierno, y financiada por empresas pri-
vadas que tenían interés de propiedades en Cuba.
Esto puede ser una de las más hábiles maneras de
arrastrar 180,000,000 seres humanos a la guerra
para el beneficio de un puñado de personas.

Sin embargo, así opera la ACI. A los jefes
de grandes empresas privadas es dado el privilegio
de hojear los archivos de la ACI. Los oficiales
de empresas privadas en el extranjero influyen y
cooperan con los agentes de la ACI.

El jefe de la ACI, McCone, admite que él es
dueño de \$1,000,000 de acciones de Standard Oil of
California y que no va a vender estas acciones.
Sus compañías de transporte por el mar ganan varios
millones de dólares cada año por transportar metales
y petróleo de varias grandes empresas privadas.
¿Cómo es posible que vaya a separar su juicio ofi-
cial de decisiones que afectan sus empresas priva-
das? Esto es lo que preguntan actualmente algunos
senadores."

Drew Pearson, como es sabido, no es ni socialista ni hombre de izquierda, sino miembro del Partido Demócrata de los Estados Unidos. Pero reconoce con claridad que la ACI, como organización, es completamente ajena a todo concepto de democracia política. Y expone con igual claridad que es El Caballero capitalista quien dirige, entre bastidores, algunas escenas tétricas en el escenario del mundo, sin que lo sepa el pueblo estadounidense. Y, aunque Pearson y algunos otros han expuesto estos hechos al pueblo, la situación no ha cambiado en lo más mínimo. Los actores de la ACI continúan con sus maniobras secretas, sujetos a las órdenes de El Caballero. Mientras tanto, hablando generalmente, la prensa, el radio y la televisión ayudan a mantener dentro del país el mito del "buen Norteamericano" que quiere ser amigo de todo el mundo; y clasifican para el pueblo a los gobiernos extranjeros como "buenos" o "malos" estrictamente a base de si sirven, o no, a los intereses de El Caballero capitalista Norteamericano.

El Norteamericano común y corriente, como buen hombre y ciudadano que es, no puede creer que las acciones de su gobierno sean malas; o que, si lo son, es debido a la necesidad de luchar así contra los "malos Comunistas", de usar fuego contra fuego, de emplear medidas drásticas y secretas en la lucha mortal contra esos monstruos. Así es que la imagen de su gobierno, en la mente del ciudadano medio, es todavía amable y generosa; la imagen de un gobierno que ayuda, por convicciones idealistas, a plantear y defender "the American way" en otros países.

Como España en la época de Cervantes, los Estados Unidos tienen un concepto de sí mismos bastante alejado de los hechos. La ayuda financiera a otros países es considerada, por la mayor

parte de la ciudadanía como un ejemplo de la generosidad y altruismo del gobierno de su país, y, como corolario, de la mendicidad incorregible de otros países. Pero debe aquí señalarse la verdadera meta de estos programas de ayuda. Por ejemplo, ¿La Alianza Para el Progreso, realmente tiene como fin ayudar a menesterosos? ¿O es parte de una especie de Contrarreforma secular que tiene como objeto asegurar la estabilidad de El Caballero en muchos países? Consideremos aquí el pensamiento de un tal Hans Morgenthau, tal como se transcribe en la revista norteamericana TIME (23 de noviembre, 1962, traducción mía del inglés):

"La ayuda financiera en el extranjero, dice (Morgenthau), puede servir a propósitos válidos fuera del desarrollo económico, tales como los de apoyar a gobiernos pro-Occidente, ganar la buena voluntad de, e incluso sobornar a gobiernos con el fin de que hagan lo que desean los Estados Unidos."

Claro que la formulación de la teoría de Morgenthau aparece un poco tarde en comparación con los hechos, y no marca ningún cambio en la política de "ayuda". Pero verla así publicada sirve, por lo menos, para desmentir el mito de la generosidad desinteresada de la ayuda financiera de los Estados Unidos. Lo irónicamente trágico de la situación es que el pueblo de los Estados Unidos es el que paga enormes cantidades para mantener al Caballero en países extranjeros. El pueblo es víctima inocente de mil engaños, ilusiones y encantamientos que truecan la apariencia de las cosas hasta hacer que los molinos parezcan gigantes.

Uno de los mitos que al gobierno de los Estados Unidos

le gusta difundir es su insistencia en elecciones libres en los países donde rige su influencia patriarcal. Pero la verdad es otra. Basta otra breve cita de TIME (23 de noviembre, 1962, traducción mía) para mostrarlo. Tiene que ver con la política interior de Guatemala:

"Arbenz ganó las elecciones de 1951 en contra de una oposición desorganizada, y Arévalo le entregó el gobierno con un discurso amargado en contra de los Estados Unidos. Arbenz más tarde fue echado por una conspiración apoyada por los Estados Unidos..." (el subrayado es mío).

En otras palabras, cuando no son Caballeros los que ganan las elecciones, hay que, claro está, deshacerse de ellos. En cambio, dictadores-Caballeros son aceptables.

Por supuesto, hay que recordar también, que, como Jacobo Arbenz es comunista, o por lo menos izquierdista, la acción del gobierno de los Estados Unidos fue "justificada". Tan justificada como los "autos de fe" de España y todo lo demás hecho por la Santa Inquisición para conservar la pureza de la fe. Para El Caballero de hoy, claro, el hereje es el hombre de izquierda. Hay que conservar la pureza de la fe. Y por esto, el gobierno de los Estados Unidos se encuentra en la ridícula posición de promover la matanza de ideas. Eso sí es luchar en contra de molinos de viento. Y mientras destruyan molinos, no podrán, al fin y al cabo, destruir el viento.

Lo dicho arriba explica en parte el grado de odio irracional que se ha descargado sobre Cuba. El Caballero se asusta

como ante un espectro ante un hombre que realmente sabe ayudar a los verdaderos menesterosos. Y, hasta la fecha, parece que Fidel Castro jamás se ha permitido olvidarse de los verdaderos menesterosos de su país. A mi parecer, Fidel Castro es representativo de los Nuevos Caballeros, o Anti-Caballeros, que tendrán que surgir en el mundo para que la evolución humana pueda escapar de su callejón sin salida. Por esto produce tal rabia el primer ministro cubano en los Caballeros de los Estados Unidos, quienes, a su vez, controlan la opinión pública en gran parte por la prensa, el radio y la televisión.

Existe un claro peligro de que los Estados Unidos, como país, esté tan ocupado en luchar contra la herejía que llegue a estar cerrado a toda nueva idea social, especialmente si El Caballero puede manchar tales ideas y en efecto anularlas con solo gritar "¡comunismo!". Si esto sucede, entonces, los Estados Unidos dejarán de evolucionar en esta época cuando no evolucionar es morir como país importante.

La verdad es que los Estados Unidos se encuentran en los últimos años de gozar de una suerte muy especial. Porque, al contrario del mito de que su preeminencia es debida a su sistema capitalista de la "libre empresa", tal preeminencia se debe más a circunstancias muy singulares que favorecieron su desarrollo. Entre esas circunstancias, a mi parecer, se destacan estas: (1) Un aislamiento general de las guerras europeas. Hay que recordar que, aunque los Estados Unidos tomaron parte en las dos guerras mundiales, estas guerras no tocaron su tierra. (2) Una abundancia de recursos naturales. (3) Un imperialismo seguido por un colonialismo económico de países de Latinoamérica. (4) Una población enérgica y no demasiado abundante para las gran-

des extensiones del territorio nacional.

Hoy todas estas circunstancias se acaban o se reducen. No hay tal cosa como aislamiento de los efectos de una guerra atómica. El imperialismo es ya casi imposible, y hay cada vez más presión inexorable en contra del colonialismo económico. En vista de todos estos factores y la explosión de población del mundo, es la economía planeada y no la "libre empresa" la que resulta necesaria. El mero pensamiento del ejercicio de la "libre empresa" en el espacio sideral basta para producir risa o escalofrío. Y si la luna pertenece a todos (y hasta los abogados del capitalismo parecen aceptar esto), se plantean otras cuestiones básicas que son muy peligrosas para la justificación de la "libre empresa". Porque, si la luna es un recurso natural y pertenece a todos ¿por qué no pertenecen a todos el petróleo y otros recursos naturales de la tierra?

Como sucedió a España en los tiempos de Cervantes, los Estados Unidos tienen miedo, un miedo escondido que se expresa a veces en bravatas. Hablando de la posibilidad de una guerra atómica durante el bloqueo de Cuba, Dean Rusk, Secretario de Estado de los Estados Unidos, dijo: "Somos un gran país. No tenemos miedo." Tal declaración da lugar a visiones surrealistas--la figura corpulenta de Dean Rusk parece adelgazarse, brota la armadura anticuada donde antes hubo un traje de corte conservador, y su silla se convierte en el flaco cuerpo de Rocinante; pero debe entenderse que no es el Don Quijote de los galeotes, sino el Don Quijote temerario de los leones quien habla.

Y, a propósito, para completar la comparación, ¿qué pasaría a un Don Quijote moderno en los Estados Unidos de hoy?

Las posibilidades son infinitas. Señalaré solamente unas

pocas y dejaré para la imaginación de cada quien las demás.

En primer lugar, este Don Quijote estadounidense creería en lo que más o menos corresponde en los Estados Unidos al contenido de los libros de caballerías en España hace más de tres siglos y medio. Sin procurar establecer un paralelo exacto, que no lo hay, puede decirse que sí existe la misma literatura romántica y ejemplar, solamente que hoy día está mucho más esparcida y omnipresente; se encuentra en todo el gran conjunto de libros, revistas, y periódicos que hay en los Estados Unidos, y además en el cine, el radio y la televisión. Todo el contenido de esta gran masa de información se cristaliza en dos polos opuestos; y las implícitas contradicciones no son reconocidas por el ciudadano medio en el nivel consciente. Por una parte, todo lo que contribuye a mantener El Mito "moderno de El Caballero capitalista formaría un elemento de las creencias de nuestro moderno Don Quijote; por otra parte, todas las ideas democráticas y revolucionarias formaría la contradicción. Y así saldría el protagonista, armado, por lo menos en cuanto a su filosofía, con una espada de dos filos, sin estar consciente de este hecho.

Y una palabra aquí en cuanto a las fuentes de la filosofía estadounidense. Lo que eran para España los libros de caballerías junto con la mezcla de historia y leyendas de Caballeros como El Cid en la conquista de los moros, es la masa de ficción y la mezcla de historia y leyendas relacionadas con la conquista del Oeste para los Estados Unidos. El Oeste tiene un lugar muy especial y muy importante en el subconsciente del ciudadano de los Estados Unidos. Pudieran escribirse volúmenes sobre este tema, puesto que el concepto del Oeste no es de ninguna manera homogéneo--significa muchas cosas, y es interpretado en mil maneras.

Pero tiene, básicamente, dos elementos principales, que son los conservadores y los revolucionarios. Los capitalistas utilizan el elemento conservador--es decir, el concepto del hombre fuerte construyendo su imperio en el medio ambiente salvaje en donde rige la ley de la selva, y donde se supone que quien gana es el más fuerte--como justificación implícita de El Caballero moderno, o sea el capitalista. ¿Quién sabe cuantos Norteamericanos contemporáneos, tanto ejecutivos y hombres de pequeños negocios como los grandes capitalistas, están secretamente acostumbrados a empuñar pistolas imaginarias para matar a sus malos competidores, y, al fin de un día de duro trabajo, a salir triunfantes de sus oficinas y galopar en caballos invisibles hacia el sol poniente? Hasta existe una frase, "to make a killing in the stock market" (hacer una matanza en la bolsa de valores), que, entre muchas otras, viene al caso.

Pero si bien existe la proyección psíquica de Wall Street en las llanuras del Viejo Oeste, igualmente se proyecta hacia allá la rebeldía social. La leyenda de Jesse James, por ejemplo, tiene a ese bandido por una especie de Robin Hood, o Don Quijote de los galeotes, cuyo enemigo mortal era simbolizado por los ferrocarriles, los dueños capitalistas de los cuales han hecho un papel tan vergonzoso en la historia de los Estados Unidos.

De hecho, detrás de la leyenda del "Oeste Dorado" y de la frontera, existe una historia negra de explotación por especuladores de tierra desde los tiempos de Washington, y más tarde de más explotaciones por los nuevos grandes intereses, siempre a pesar de los humildes. Quien estudie la verdadera historia del Oeste, encontrará que este medio ambiente brutal generalmente desarrolló lo peor en el hombre en vez de lo mejor.

Con esta tradición mixta--de que el Oeste sirve solamente como símbolo--hirviendo a fuego lento en su mente, nuestro Don Quijote moderno saldría con sus dos metas contradictorias--la de ayudar a menesterosos y la de llegar a ser Caballero capitalista. Su espada de dos filos, aunque sea puramente figurativa, crearía conflictos por todos lados, como reflejo de su conflicto interior que, a su vez, sería reflejo de ciertos elementos irreconciliables en la organización social. Y por supuesto, en la medida en que tratara de seguir algunas de las enseñanzas de Cristo, se convertiría en enemigo mortal de la religión organizada y de la alta clase social--**exactamente** como el Don Quijote original quien chocó con autoridades de la iglesia y el estado al dar libertad a los galeotes. Como protagonista, serviría para traer a luz estas contradicciones en la sociedad, y también para traer a luz la diferencia entre mito y realidad. En otras palabras, sería el medio perfecto para una crítica de las bases de la cultura.

Un ejemplo. Probablemente este Don Quijote contemporáneo se apegaría al mito de lo bueno de la "libre competencia", puesto que es una de las justificaciones del capitalismo que él habría absorbido en sus lecturas de "libros de caballerías". Pero la libre competencia es, en los Estados Unidos actuales, precisamente un mito: lo que quieren los grandes capitalistas, los Caballeros máximos, es el monopolio y no la competencia; rentas garantizadas en vez de riesgos en un mercado sin barreras ni apoyos artificiales; y quieren la ayuda del gobierno para evitar competencia de otros países en vez de querer la competencia internacional. Quieren, en otras palabras, todos los beneficios de un gobierno paternal con nada de las desventajas--no quieren huelgas de sus obreros y no quieren pagar altos impuestos de sus ganan-



cias. Sin embargo, persiste el mito de que quieren regresar a un capitalismo tipo laissez faire. Pero nuestro moderno Don Quijote, si en alguna ocasión tratara de restaurar una libre competencia, saldría muy, pero muy maltrecho por los mismos capitalistas--y este proceso destruiría un mito que formula una justificación de El Caballero capitalista.

Otra columna de la justificación de El Caballero capitalista es el mito de su superioridad como persona. Así es que si nuestro Don Quijote llegara a enterarse de que El Caballero capitalista es superior solamente en cuanto a ser más altamente codicioso que el hombre común y corriente, esto sería causa de una gran decepción semejante a la que sufrió el Don Quijote original con el Duque.

Y ¿qué del elemento revolucionario, democrático, en este anti-héroe moderno que he postulado? Cada lector puede escribir su propio argumento. Nada más aquí menciono dos posibilidades. El derecho de votar es generalmente considerado sacrosanto en los Estados Unidos, como el sine qua non de la democracia. Entonces, lógicamente, el Don Quijote estadounidense creería en este derecho sin reserva alguna. Pero, ¿qué pasaría si ayudara a ejercer este derecho inviolable a un negro del estado de Mississippi? Todo el mundo sabe la respuesta. Si no es linchado por los blancos nuestro protagonista, se topa por lo menos con las autoridades del Estado y va a la cárcel. Y esto, creo, todavía es cierto en Mississippi, a pesar de los recientes pasos para adelante en dar derechos civiles a los negros en los Estados Unidos.

Y si tiene la suerte de llegar vivo a la cárcel, le pudiera pasar una cosa semejante a lo que pasó al Don Quijote de

los galeotes. Puede que experimentara el mismo relámpago de intuición, y que entendiera que las personas encarceladas representan en su mayoría, la misma gama de valores que los poderosos de la sociedad. Tal vez entendiera que sufren encarcelamiento más por ser débiles o humildes que por la naturaleza de sus crímenes. Escojo un ejemplo que se me ocurre en este momento. Está perfectamente bien que una compañía de drogas fabrique y distribuya, sin someter a las pruebas debidas, una droga como la terrible Talidomida. Varias personas mueren, miles de madres dan a luz a niños deformes. Pero a los perpetrantes de este crimen monstruoso y sin excusa--¿qué les ha pasado? Que sepa yo, nada. Al contrario, a un hombre humilde, y trastornado por quién sabe cuántas tormentas interiores, quien, en un momento de pasión, da muerte a una sola persona--el caso es distinto. A lo mejor muere por su crimen. La moraleja parece estar clara: si hay que matar, háglo en gran escala. Igualmente, los que roban en gran escala y por medio de instituciones legalizadas--como indicó Don Quijote en el caso de la Santa Hermandad de España que tenía licencia de robar--no les pasa nada. Pero con los humildes, pues, hay que ser duro con ellos. Y a nuestro caballero andante moderno tal vez también se le ocurriera que hay que ser duro con estos criminales humildes precisamente porque, de otro modo, quizás lleguen algún día a formar una competencia con los grandes criminales legalizados o institucionalizados.

Estas revelaciones, claro está, le vendrían solamente en momentos. La mayoría del tiempo, especialmente en la segunda parte de su carrera, rodeado por sicofantes y actores a tal grado que llega a ser "amigo" de El Caballero capitalista, sería una fuerza para la reacción. Hasta, tal vez, llegara a querer

ayudar a los Caballeros refugiados en Miami a volver a tomar su reino perdido. Pero, aunque ésta sería una verdadera ínsula para dar a Sancho, si estuviera bajo el control de El Caballero, podemos tener la confianza de que Sancho, harto de tal teatro, renunciaría, diciendo, "no son estas burlas para dos veces".

Tarde o temprano, para seguir la comparación, el moderno Don Quijote tendría toda ilusión rota en cuanto a la nobleza de El Caballero moderno, y, con esto, se daría cuenta de que había fracasado en cumplir tanto misión como ambición, renunciaría a todo lo que hubiera hecho, y se moriría de pura melancolía.

Al usar a Don Quijote como enfoque de esta comparación entre dos grandes potencias de dos épocas distintas, he procurado avanzar más hacia la resolución de uno de los enigmas claves de Don Quijote, que es el de la eterna y omnipresente actualidad de esta figura literaria en nuestra conciencia y subconciencia. Claro que se explica en parte por el genial concepto de la personalidad en sí; Don Quijote es, a la vez, gracioso y profundo, psicológicamente auténtico y lleno de vida. Pero parte de su vívida actualidad es debida al hecho de que Cervantes logró cristalizar por medio de su protagonista una crisis todavía en su mayor parte irreshelta. Es una crisis que constantemente vuelve a ocurrir, aunque se expresa a través de circunstancias cambiantes; y en el fondo, la crisis tiene que ver con la conciencia humana y su destino. Plantea un ¿quo vadis? universal.

El Quijote es realmente una obra arquetípica. He escogido hablar principalmente de los Estados Unidos, pero claro que se pudiera aplicar El Quijote a muchos países con motivo de crítica. La crisis del pensamiento no es restringida a un solo país.

Cada país tiene sus mitos y sus realidades, sus creencias falsas y sus verdades únicas. Personalmente, creo que El Quijote ha sido, consciente o inconscientemente, la base de muchas obras posteriores. Encuentro su paternidad oblicua en la novela Candide de Voltaire, en que una filosofía color de rosa es puesta en lo ridículo por contraste con las rudas realidades cotidianas que encuentran por todos lados los protagonistas. Y la moderna obra teatral Death of a Salesman (Muerte de un Viajante) por Arthur Miller tiene como protagonista un hombre que hace recordar al Caballero de la Triste Figura. Willy Loman, el viajante, vive en el mundo mítico del capitalismo norteamericano, en que todo lo que se necesita es ambición y energía y mucha fe, y, --¡chas!-- de la noche a la mañana puede hacerse rico. También cree, con la fe de un niño, en la bondad básica de El Caballero capitalista. Cuando viene la revelación de que toda su vida ha estado basada en un sueño falso, en una mentira, el choque es aplastante. Se suicida en forma que es en sí misma una acusación en contra de los valores capitalistas en los Estados Unidos. Para enfatizar el inmenso poder arquetípico de El Quijote y su protagonista, basta indicar que tanto Candide como Death of a Salesman utilizan solamente un aspecto de esta obra magna. El Quijote seguirá inspirando obras importantes.

Y debo señalar aquí que no veo como inevitable un futuro desastroso para los Estados Unidos, a pesar de las obvias dificultades que se ponen en el camino. Claro que es imposible sintetizar la verdadera democracia popular y el verdadero capitalismo, puesto que uno niega al otro. Y la encrucijada histórica del mundo actual no permitirá mantenerse mucho tiempo más como ideal un sistema que abarca estas contradicciones endémicas. Pe-

ro hay salidas; los Estados Unidos no tienen que caer en el estancamiento moral en que se hundió España. Si se evita una guerra atómica (y parece ahora que el peligro se ha disminuído marcadamente), los mismos capitalistas de los Estados Unidos, sufriendo la pérdida económica de las colonias, y buscando nuevos mercados, llegarán a comerciar libremente con todos los grandes países socialistas. Esto serviría para derretir la guerra fría. Y, después de algunos años, la competencia con países socialistas conducirá a una evolución hacia una economía planeada en los mismos Estados Unidos. Sin embargo, debe señalarse que tal evolución pudiera ser opuesta violentamente por los capitalistas; lo cual, a su vez, podría conducir a la imposición de una política tan reaccionaria y ruinosa como la de Felipe II de España; pero que, probablemente, al fin, condujera a una revolución socialista.

El finado C. Wright Mills, sociólogo y escritor extraordinario, contribuyó mucho a romper los mitos detrás de la perpetuación de la guerra fría. Además, señaló claramente el fin del "liberal" como representante de la conciencia nacional. Mills, quien no perteneció a ningún partido político, prefiguró la formación de una nueva izquierda en los Estados Unidos--una izquierda libre de las contradicciones de los "liberales", y, a la vez, desafiada de organizaciones internacionales. Tal izquierda, por supuesto, no sería realmente cosa nueva, sino una reafirmación de principios muy antiguos en la ideología de los Estados Unidos. Hay indicios del surgimiento de un nuevo espíritu de elementos del pueblo en algunos sucesos recientes. Dos ejemplos alentadores son la lucha de los blancos y los negros juntos por los derechos humanos de aquéllos, y algunas protestas contra la guerra insensata que el gobierno mantiene contra el pueblo de Viet Nam

del Sur. La campaña en favor de los negros, por ejemplo, ya ha tocado, no solamente al problema crónico del desempleo bajo la economía capitalista, sino que ha expuesto a luz uno de los conflictos básicos en la ideología de los Estados Unidos.--el de los derechos de la propiedad privada en oposición a los derechos humanos. El público empieza a ver más allá de los mitos sagrados, las racionalizaciones fáciles, y la propaganda prefabricada.

Quisiera añadir una observación final. Hasta en el sistema en que ya no hay El Caballero, y en el que todo está basado en lo mejor de los valores humanos, existe el constante peligro de que el sistema se asuma, tarde o temprano, el estado de un texto sagrado. Sistemas son útiles, son indispensables como instrumentos para darnos interpretaciones y perspectivas. Pero nunca debe permitirse que se vuelvan ritos que pierdan su luz original. Como nunca podremos llegar al entendimiento absoluto de las cosas como son en su integridad (seríamos dioses, o dios), hay que dejar lugar siempre a cambios, a avances en el entendimiento. Periódicamente, debe volverse a examinar las bases de nuestro pensamiento y nuestras acciones.

Es otra lección de las fértiles páginas de El Quijote.

LOS DOS CERVANTES

"Ya se es ido el caballero; pelea en la guerra, vence al enemigo del rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas, vuelve a la corte,...la infanta viene a ser su esposa...Muérese el padre, hereda la infanta, queda rey el caballero..."

--El Quijote (I,21)

"--Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos."

--El Cura (I,6)

La vida de Cervantes presenta un enigma a primera vista aparentemente tan grande como el de su personaje máximo. Desde luego, hay relación entre los dos enigmas, aunque sería mera especulación ociosa tratar de establecer paralelos exactos. Sin embargo, no parece demasiado decir que el autor sufría de la misma ambigüedad de su famoso héroe. Había, efectivamente, dos Cervantes.

El segundo--el genial--tardó mucho en manifestarse. Si hubiera muerto Cervantes en 1600, a la edad de 53 años, sería apenas conocido ahora como el autor de La Galatea, una novela pastoril cualquiera dentro de un género decadente de la época. Puede calificarse su producción literaria como convencional hasta este punto. Cervantes parecía compartir todos los errores, prejuicios y conceptos peculiares a la España de su época.

Cervantes mismo llegó a reconocer su falta de distinción en la novela pastoril. Cuando el Cura y el Barbero están revisando la biblioteca de Don Quijote (I,6) y juzgando el valor de cada libro, el Cura dice,

"Pero ¿qué libro es ese que está junto a él?

--La Galatea de Miguel de Cervantes--dijo el Barbero.

--Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo y no concluye nada; es menester esperar la segunda parte que promete; quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega; y entretanto que esto se ve, tened-

le recluso en vuestra posada."

Cervantes nunca llegó a publicar tal segunda parte de La Galatea, lo que no debe sorprender a nadie, puesto que demuestra claramente con varias parodias y burlas en El Quijote, que se dió cabal cuenta de que tales novelas eran falsas en sus conceptos básicos. Volver a escribir más de La Galatea después de haber completado El Quijote, le debiera haber parecido más difícil que para el camello bíblico pasar por el ojo de una aguja. Y, sin embargo, lo sorprendente es que sí le fue publicado, después de su muerte, una obra de un género igualmente decadente--la novela Los Trabajos de Persiles y Sigismunda. Marcelino Menéndez y Pelayo, mientras no niega mérito a Persiles, reconoce claramente que tiene grandes defectos. Dice:

"Mucho más de personal hay en la obra de la vejez de Cervantes, en el Persiles, cuyo valor estético no ha sido rectamente apreciado aún, y que contiene en su segunda mitad algunas de las mejores páginas que escribió su autor. Pero hasta que se pone el pie en terreno conocido y recobra todas sus ventajas, los personajes desfilan ante nosotros como legión de sombras, moviéndose entre las nieblas de una geografía desatinada y fantástica, que parece aprendida en libros tales como el Jardín de flores curiosas, de Antonio de Torquemada. La noble corrección del estilo, la invención siempre fértil, no bastan para disimular la fácil y trivial inverosimilitud de las aventuras, el vicio radical de la

concepción, vaciada en los moldes de la novela bizantina: raptos, naufragios, reconocimientos, intervención continua de bandidos y piratas...Puesta de sol es el Persiles, pero todavía tiene resplandores de hoguera."¹³

Forma parte del enigma de Cervantes que se pudiera dedicar a tal obra igual en su falta de distinción a La Galatea, después de haber escrito El Quijote. Hablaré más de esto más adelante.

La vida de Cervantes se atenía al ideal de El Caballero en su mayor parte. Mostró creer atinadamente en el Mito de El Caballero. Solía jactarse toda su vida de sus heridas recibidas luchando en contra de los turcos en la Batalla de Lepanto; y de su heroísmo durante los cinco años que fue cautivo en Argel. Sí, era todo un Caballero en la tradición mítica-heroica, este Miguel de Cervantes Saavedra.

Según el Mito de El Caballero, puesto que Cervantes encarnaba todas las virtudes caballerescas, debiera de haber subido en la vida, debiera de haber sido aceptado y hasta premiado por la corte y por la aristocracia. Por fin libertado de su cautiverio, regresó a España en 1580 con muchas esperanzas de fama y fortuna que tendría que venir a un héroe de la guerra, a un defensor del rey, patria y la religión católica. Pero lo que encontró era una apatía completa. Había mil solicitantes para cada puesto oficial, y los valores caballerescos contaban poco para obtener tales puestos.

Y las cosas iban de mal en peor. Pareció un buen augurio cuando, en 1587, siete años después de su regreso a España,

Cervantes obtuvo el puesto de comisario, con la misión de juntar en Andalucía y La Mancha aceite y granos para uso de la Armada Invencible. Pero se topó con la Iglesia y con el estado. Por haberse atrevido echar mano de propiedades del Cabildo de Sevilla--aunque era su claro deber hacerlo en el proceso de cobrar bienes para el servicio de la Armada--fue excomulgado. Y si esto fuera poco, por no poder recolecionar dinero de sus deudores, fue encarcelado por deudas al estado dos o tres veces entre 1592 y 1602.

¿Quién hubiera culpado a Cervantes si a él le pareciera que algún encantador malo le perseguía? Era, después de todo, valiente, leal, inteligente, honesto, un héroe de la guerra contra los infieles--en total, el modelo de las públicamente elogiadas virtudes de la época. Y ¿qué le había ganado todo esto, al fin y al cabo? La pobreza, el encarcelamiento y manchas injustificadas en su reputación. ¿Encantamiento? La idea no debiera de haberle parecido tan fantástica a Cervantes, ávido lector de libros de caballerías. Ni tampoco las otras fantásticas ideas que tal vez por entonces se le empezaban a ocurrir. Que quizás el encantamiento tenía su origen en la médula de la sociedad contemporánea de España; que debía existir algo hipócrita en el espíritu del país. Las virtudes tan predicadas obviamente no eran aquellas que traían consigo el honor y la posición. Había un criterio doble. O Cervantes había sido un tonto o los ideales caballerescos de España eran una fachada de ilusiones. Su propia vida era el testimonio de esto. Porque los Caballeros hablaban de ideales nobles y se creían superiores; pero sus acciones estaban basadas en un código bastante alejado de estos ideales profesados. Además, los que, como Cervantes, realmente seguían estos ideales no eran los que encontraban el favor y el éxito--éstos eran reservados para los

sicofantes de la corte. En esto consistía el encantamiento que perseguía a Cervantes.

Y si todo esto fuera cierto, lógicamente, entonces, ¿qué pasaría a un hombre que encarnara todas las predicadas virtudes abarcadas en la imagen de El Caballero? La romantización de todas estas virtudes se encontraba en la figura del caballero andante de los libros de caballerías. ¿Qué sucedería a un hombre en la España contemporánea que tomara estos libros como guía y procurara vivir con el código que los Caballeros solamente profesaban seguir? ¿Acaso tal hombre convertido en protagonista de una novela no expondría al hecho de que, mientras los aristócratas alentaban la ficción de un código noble que regulaba sus vidas, todo era en realidad un cuento de hadas para engañar al pueblo, y en que ni ellos mismos, los aristócratas, creían? Este héroe, por supuesto, tendría que ser todavía más ingenuo e inocente que había sido su maltratado creador; a este héroe tendrían que suceder todavía más desastres personales que al mismo Cervantes. Pero, ¿quién, realmente, a fin de cuentas, saldría peor de tal exposición? ¿El maltrecho y ridiculizado caballero andante o los aristócratas que justificaban sus altas posiciones por el mismo código que el seguiría al pie de la letra, mientras ellos habían perdido su razón de existir, hasta el ejercicio eficaz de su función bélica? ¿Quién resultaría anacrónico--este héroe que tomaba, a conciencia, sus ideales del pasado, o la casta feudal contemporánea de España, que ni se daba cuenta de que era ya obsoleta?

Todo esto es suposición de mi parte, naturalmente, ya que no podemos saber nunca el proceso mental y espiritual que dió nacimiento al otro Cervantes, al Cervantes genial de El Qui-

jote. Pero que hubo un gran cambio en él no cabe duda. El Quijote era la negación de su propia obra literaria hasta entonces, y, en muchos aspectos, la negación de su vida anterior.

Se descubre, por primera vez en su producción literaria, una mordaz desilusión del ideal de El Caballero, en el soneto que escribió poco después de la muerte de Felipe II en 1598, "Al Túmulo del Rey Felipe II en Sevilla". A mi parecer, está lleno de amarga ironía que penetra a la médula de la decadencia de los ideales de España. Por esto, vale la pena aquí analizar este famoso soneto (que realmente, según la definición más estricta, no parece soneto, puesto que tiene 18 versos en vez de 14 como el soneto clásico):

"Al Túmulo del Rey Felipe II en Sevilla

Voto a Dios, que me espanta esta grandeza,
 Y que diera un doblón por describilla;
 Porque ¿a quién no sorprende y maravilla
 Esta máquina insigne, esta riqueza?
 Por Jesucristo vivo, cada pieza
 Vale más de un millón, y que es mancilla
 Que esto no dure un siglo, ¡Oh gran Sevilla!
 Roma triunfante en ánimo y nobleza.
 Apostaré que el ánima del muerto
 Por gozar este sitio hoy ha dejado
 La gloria donde vive eternamente.--
 Esto oyó un valentón, y dijo: 'Es cierto
 Cuanto dice voacé, señor soldado.
 Y el que dijere lo contrario, miente.

Y luego, incontinentemente,
 Caló el chapeo, requirió la espada,
 Miró al soslayo, fué, y no hubo nada."¹⁴

En primer lugar debo decir que, a pesar de su fama, no creo que sea un gran poema; máxime cuando se compara con cualquiera de los grandes sonetos de Shakespeare. Además, parece un poema muy extraño para leer durante las exequias de Felipe II; sin embargo, hay evidencia de que el mismo Cervantes lo leyó públicamente durante estas exequias. Pero examinemos este rarísimo soneto.

El soneto consiste en dos diálogos, y el autor del primero es identificado solamente como "señor soldado" por el valentón, el autor del segundo. Es fácil ver que Cervantes critica, en los últimos seis versos, al valentón--el juicio peyorativo está en el nombre mismo del "valentón". Pero si el valentón no hace sino secundar lo dicho por el soldado, tendremos que buscar otro motivo de crítica que el de un exceso de expresiones y ademanes jactanciosos de parte del valentón. ¿No es, acaso lo que dice el soldado un elogio franco y abierto al monumento a Felipe II?

No, no lo es. Al contrario, es una burla al monumento y un insulto a Felipe II. ¡Listo Cervantes que podía burlarse en público del rey muerto, impunemente! Tal vez fue el éxito de esta maniobra que le dió ímpetu a concebir a Don Quijote, por quien se convertiría de listo en gran genio. Seguramente fue el principio de una técnica que iba a emplear mucho en el futuro--esta técnica de desplazar el desprecio hacia una víctima obvia, mientras el verdadero desprecio se quedaba inadvertido por los lectores de una sociedad que había perdido, en gran parte, su equili-

brío moral. Solamente personas con plena conciencia de la creciente decadencia de los poderosos de España podrían entender el verdadero objeto de la burla.

Pero, tendré que comprobar esta aseveración de que el poema sea burla e insulto.

Hay que decir, primero, que el soldado que pronuncia la primera parte del soneto es, si lo dice en serio, más bobo que el valentón, porque expresa un juicio grosero e inconscientemente cómico. En cambio, si se supone que quien habla era Cervantes, uno puede estar seguro de que dice todo con sarcasmo consciente.

Esta sátira de la retórica sonora y vacía aquí sirve a Cervantes para mostrar la vaciedad de los ideales oficiales de España. En realidad, es una especie de misa negra dentro de la tradición de retórica oficial, porque blasfema dentro de la forma clásica de elogio. Ejemplos. En el primer verso, "espanta" no es el verbo apto para dar un sentido de temor reverencial. Lo que espanta causa miedo--pero sin implicación de reverencia. "Y que diera un doblón por describilla" es manera muy vulgar para expresar un gran deseo; suena casi como "me importa un bledo describirla". Esta vulgaridad sigue con emplear la palabra "máquina" para la tumba, que no concuerda en lo más mínimo con un espíritu de respeto. Entonces sigue una yuxtaposición, nada accidental, de una referencia a Cristo eterno con el juicio más burdamente burgués del valor comercial y temporal del monumento:

"Por Jesucristo vivo, cada pieza
Vale más de un millón, y que es mancilla
Que esto no dure un siglo...."

Basta pensar en la vida y muerte, ambas sin pompa alguna, de Cristo para ver la ironía en esta yuxtaposición aparentemente inocente.

"Apostaré que el ánima del muerto
Por gozar este sitio hoy ha dejado
La gloria donde vive eternamente."

¿Pueden ser estos tres versos otra cosa sino un insulto a Felipe II? Apostar en cuanto al destino del alma de un rey difunto no es precisamente demostrar ni respeto ni cariño. Y llamarlo rudamente "el muerto", tampoco es muestra de respeto. Por último, decir que Felipe II debe haber salido de la eternidad, para gozar la pompa mundana de su sepulcro, es atribuirle gustos de los más groseramente materialistas.

Realmente, entonces, el poema es una broma doble. Cervantes dirige la risa hacia el valentón, y, por esto, muchos no ven la escasamente escondida burla del monumento y su habitante, que hace el orador de la primera parte. Y, por último, siempre quedaba a Cervantes la salida de afirmar que estas opiniones no eran suyas sino las del anónimo soldado.

Considero este soneto muy importante como eslabón literario en el esfuerzo de reconstruir la revolución filosófica que experimentó Cervantes antes de escribir su obra maestra. En 1588, por ejemplo, todavía pudo llamar a Felipe II:

"segunda en nombre y hombre sin segundo,
columna de la fe segura y fuerte,"¹⁵

En diez años, entonces, si mi interpretación del soneto citado es acertado, había sufrido un desencanto que a pocos hombres viene. Y Cervantes, lleno de cárceles, perforado por la pobreza, colmado de desgracias y desprecio, con su propio ingenio empezando a hervir en sus entrañas, había llegado a ver los valores caballerescos de España, tan predicados y tan poco practicados, como últimamente falsos y vanos--máxime cuando la parte verdaderamente democrática de estos ideales nunca entró en vigor, sino que servía como justificación de fines egoístas. Y en España ya, todos estos valores se reducían a una mascarada de oratorio vacío y ademanes fanfarrones como los del valentón, quien:

"Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuése, y no hubo nada."

Tal vez Cervantes estaba pensando en Felipe II mismo, cuando describió las acciones del valentón; y de todos los llamados Caballeros de España. Y este lenguaje del valentón--

"Es cierto
Cuanto dice voáce, señor soldado.
Y el que dijera lo contrario, miente."

--anticipa, en parte, el de Don Quijote.

Cervantes, al escribir El Quijote, estaba en pleno proceso de desencantamiento. En las páginas de la obra se puede entrever las sombras de los dos Cervantes--el primero, el soldado orgulloso de su habilidad bélica, y hombre muy abierto y gregario con sus semejantes; el segundo, más maduro, más ensimismado, más

pensativo, que poco a poco ante nuestros ojos va superando las viejas ideas caballerescas, y llega a hacer, por el personaje de Don Quijote, una fuerte crítica social que, en su significado más profundo, es una acusación en contra de El Caballero como institución social.

¿Contiene amargura El Quijote, entonces? Por supuesto, y mucha. Creo que expresa un gran resentimiento hacia los poderosos de la sociedad de España. Hasta el abundante humor de la obra tiene raíces amargas y matices crueles. Que no quede duda de este hecho--El Quijote es una obra destructiva. Devastadora. Y es justo que así sea. Ocurren las crisis históricas en que es mejor destruir en gran escala para después poder construir de nuevo en gran escala. Seguramente, Cervantes remató para siempre toda posibilidad de una recurrencia de la boga de los libros de caballerías en España; pero, hizo una cosa mucho más importante--logró poner en duda la lógica del alto estado de El Caballero en la sociedad. Cortó los lazos de una angosta lealtad a una clase, para establecer en términos de arte inmortal una lealtad universal al hombre, la única lealtad que puede ser eterna.

Si bien El Quijote tiene una fuerza demoledora, se debe en parte, sin duda, a las frustraciones de un genio que no había podido encontrar salida alguna para su enorme energía creadora. Ni su propia obra anterior, como he indicado ya, podía escapar algunas críticas ásperas en El Quijote. Es ridículo mantener que Cervantes no criticara al estado y a la Iglesia (decir "la Iglesia", desde luego, no es equivalente a decir "la religión cristiana"). Exteriormente, Cervantes era buen católico y leal súbdito del rey. Pero, interiormente, donde el verdadero artista siempre lleva otra vida, puesto que la vida exterior no le

satisface por completo, Cervantes, como artista sensible, genial, no podía nunca olvidar que fue excomulgado por la Iglesia y encarcelado por el estado. Todo esto se encuentra en El Quijote. Pero, Cervantes, sabiendo muy bien que la obra tendría que pasar la censura, hizo una ventaja de limitaciones, y, en la técnica de narración, la enfermedad mental de su protagonista, el tono cómico y burlón, y, sobre todo, en un uso magistral del simbolismo, logró impunemente exponer muchas injusticias que a uno menos docto le hubiera costado caro con la Inquisición. Hasta logró burlarse de Lope de Vega, quien como predilecto de la corte, oficial de la Santa Inquisición, y dramaturgo que tenía carte blanche en los teatros de España para sus numerosas obras, y como hombre rico y poderoso, tenía todo lo que se había negado a Cervantes. Una de estas burlas viene en el prólogo al lector de la segunda parte de El Quijote, y está construída tan delicada y ambiguamente que no pudiera ser causa de retribución oficial ninguna. Escribió Cervantes:

"...no tengo yo de perseguir a ningún sacerdote, y más si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio; y si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañóse de todo en todo; que del tal adoro el ingenio, admiro las obras, y la ocupación continua y virtuosa."

Puede sacarse de esta declaración solamente lo que parece ser a primera vista; una negación de intento alguno de criticar a este Lope de Vega sin nombre. Pero este párrafo es generalmente concedido ser una burla; y puede el lector notar que Cer-

vantes exagera su actitud reverencial hacia sacerdotes hasta el punto del sarcasmo. Además, hay una ironía escondida en la parte de la declaración que dice, "...no tengo yo de perseguir a ningún sacerdote, y más si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio;..." Es dicho como si fuera al revés de lo normal para Cervantes perseguir a un sacerdote de la Santa Inquisición; con la implicación de que era lo usual para ellos perseguirle a él. Y, por supuesto, puede preguntarse si "la ocupación continua y virtuosa" no tiene referencia escasamente velada a la vida amorosa de Lope, puesto que sus donjuanismos eran bien conocidos por todo el mundo.

No creo que sean exageradas estas interpretaciones; y si parecen demostrar un espíritu rencoroso y vengativo de parte de Cervantes, pues, hay que recordar que ser excomulgado y encarcelado injustamente no son cosas fácilmente perdonadas. Pongo énfasis en este ejemplo, no porque tenga importancia en sí, sino para indicar como Cervantes tenía que luchar con mano escondida; y así intento dar más apoyo a interpretaciones simbólicas que he utilizado en todo el libro.

¿Hasta qué grado fue consciente el uso del simbolismo en El Quijote? Claro que no se resolverá jamás este enigma. Yo diría que probablemente casi todo era consciente y planeado. Pero también pudiera abogarse que los dos Cervantes nunca realmente se reconciliaron, que nunca se integraron. La publicación póstuma (1617) de Los Trabajos de Persiles y Sigismunda tiende a apoyar esta tesis, puesto que la obra es tan convencional, y tan sin humor como La Galatea. Pero, haré aquí la travesura de sugerir la posibilidad de que fuera un trabajo que Cervantes había abandonado años antes, y que lo resumió únicamente después

del éxito de El Quijote, con el fin muy práctico para un autor bastante pobre, a pesar de su fama, de ganar un poco de dinero en sus últimos años para dejar a su familia. Tiendo, personalmente, a creer que así fue. Esta hipótesis explica tanto la decadencia del género literario escogido por Cervantes, como su utilización de conceptos románticos ya genialmente superados en El Quijote; a la vez, indica por qué los pasajes brillantes, los "resplandores de hoguera" se encuentran solamente en la segunda mitad de la obra. En cambio, tal vez sea cierto que el segundo Cervantes--el genio de El Quijote y Las Novelas Ejemplares--se murió antes del primero, dejando para éste la tarea de escribir Persiles. ¿Quién sabe?

Lo seguro es que Cervantes se murió tan católico como Don Quijote, y de este hecho innegable muchos han sacado que jamás quería criticar a la Iglesia en El Quijote; en igual manera, por haber tenido como patronos al Duque de Bejar y el Conde de Lemos, puede concluirse que nunca tuvo intención de criticar a El Caballero de España como clase social. No estoy de acuerdo, por supuesto. Y quisiera señalar aquí unos ejemplos que vienen al caso. Lutero y Erasmo se consideraban buenos católicos; y, sin embargo, sus ideas les llevaron a chocar con la Iglesia. Lutero odiaba la idea de la revolución armada, especialmente la idea de una revolución proletaria. Y, no obstante, los anabaptistas utilizaban como base de su revolución proletaria las ideas de Lutero. Las ideas no reconocen barreras ni reverencian dogmas. Así sucede siempre.

Un ejemplo moderno. T. S. Eliot, el distinguido poeta y autor de The Wasteland (La Yerma), seguramente no tenía intenciones subversivas al escribir este gran poema. El es conserva-

dor en política y miembro de la iglesia Anglicana. Para él, su poema The Wasteland, sin duda es una visión de la vulgaridad del mundo moderno en comparación con su visión personal de lo que era el mundo medioeval. Al señor Eliot, le parece que el mundo moderno es vacío de valores porque se ha desviado del sendero de la religión. Muy bien. Nos pinta un mundo vulgar, sensual, despiadado. El poema es una cristalización de esta visión, y sujeto a interpretaciones ambiguas. Por ejemplo, lo podemos considerar como protesta en contra de una sociedad enferma y decadente y, a la vez, podemos atribuir, si queremos, la decadencia y la vaciedad a las mismas instituciones de que el señor Eliot forma columna. El poema se presta a interpretación ambigua, y en cuanto al cuadro que pinta de una sociedad podrida, pues, la presencia del autor como miembro conservador de tal sociedad no cancela en lo más mínimo la fuerza de este cuadro. Si el autor quiere pensar que tal vaciedad desesperada del espíritu reside en el hombre, y que no hay posibilidad de salvación fuera del cielo Anglicano, este es su derecho. Pero su obra existe fuera y aparte de la opinión de su autor. Pudieramos hablar mil años de las posibilidades de que la subconciencia de tal autor estuviera en guerra con la parte de su mente consciente, y de que por esto haya entrado en una ambigüedad no sospechada por él mismo. Pero sería imposible llegar a la verdad.

De manera semejante existen un sin número de polémicas sobre la intención de Cervantes al escribir El Quijote. Pero el enigma de Cervantes es opaco y seguirá siéndolo. A fin de cuentas no es esto lo importante. Tenemos El Quijote. He dado una solución del enigma para mí más significativo de Don Quijote como personaje y, creo, en parte, del enigma de la obra maes-

tra de Cervantes. Cada quien puede hacer la suya. Como la gran obra poética que es, resiste, y, finalmente, supera a toda interpretación. Regresamos inevitablemente a la obra desnuda para hundirnos otra vez en la experiencia de esta gran aventura.



C O N C L U S I O N

He procurado examinar muchas cosas en esta tesis, y de la manera más sencilla. Tal vez he simplificado demasiado.

Pero no lo creo. Si bien a veces he concentrado la oposición de dos corrientes ideológicas en una frase como "la espada de dos filos", o, "misión contra ambición", es porque así traté de dar énfasis a un enfoque que me parece verídico. La corriente ideológica representada por el concepto de "El Caballero" triunfa todavía en muchas partes del mundo, especialmente en lo que solemos llamar la civilización Occidental, aunque lleva, a veces, un disfraz democrático. Pero la lucha sigue, sea en España donde los problemas están claros, o en los Estados Unidos donde los problemas suelen perder su delineación clara. Y dondequiera que se encuentre, la "ambición" de "El Caballero" (o sea el punto de vista filosófico de la supervivencia del más "apto" aplicado equivocadamente a la sociedad humana; la doctrina del provecho personal al perjuicio de los demás) es opuesta siempre, en algún grado, por la idea de "misión" (o sea la visión de una sociedad en que la idea de la explotación de otros se vuelve obsoleta, y en que el hombre puede dirigir sus talentos hacia el desarrollo de las posibilidades más altamente humanas).

La oposición de estas dos corrientes, que tanto tenía que ver con la caída del Imperio Romano, surgió de nuevo en forma abierta durante el período de despertar que llamamos hoy El Renacimiento. El Renacimiento dió lugar a muchas soluciones parciales, movimientos fracasados, y a nuevas formas--pero el conflicto básico, en gran parte, todavía no se resuelve.

Es por esto que Cervantes es escritor tan contemporáneo. Cervantes, en El Quijote, inmortalizó la dinámica del mundo moderno, formulando en su arte lo dialéctico que agita todavía la conciencia de los hombres. Pero lo hizo a través de un personaje tragicómico--Don Quijote--a quien hay que comprender sobre todo como ser humano, y no solamente como símbolo ambiguo, para llegar al fondo de la obra. He hecho el esfuerzo de mostrar la psicología tras las acciones de Don Quijote, siempre a la luz del conflicto que lleva adentro. Este conflicto, aunque tiene su origen superficial en los libros de caballerías, bajo la mano magistral de Cervantes llega a tocar la raíz de las contradicciones de la civilización Occidental. Y Cervantes nos deja entrever que el verdadero Renacimiento está todavía por llegar. Mientras tanto, el espíritu del hombre, con muchos tropiezos y muchos desvíos, sigue evolucionando con infinita lentitud.

Hice una comparación entre la España de los tiempos de Cervantes y los Estados Unidos de hoy. Reitero que no postulo paralelos exactos, aunque sí creo que hay gran similitud entre las posiciones ideológicas de los dos países en relación al espíritu de las épocas respectivas, y dentro de la perspectiva de una conciencia humana todavía en desarrollo. España fracasó en su lucha por alejarse del ideal de El Caballero y acercarse a el de la Edad de Oro, aunque no debe considerarse de ninguna manera como fracaso final. Igualmente, no profetizo de modo mecánico la inminente ruina de los Estados Unidos, puesto que mi país, como España, tiene dentro de su ideología contradictoria una fuerte corriente democrática. Y aunque esta corriente puede sumergirse, puede también surgir más fuerte que nunca en la hora menos esperada.

En conclusión, he dicho que [Don Quijote tipifica una lucha ideológica del mundo moderno, y que precisamente en este hecho estriba el aparente enigma de su personalidad. Don Quijote no sería enigmático, si no fuera visto dentro de las más profundas contradicciones de nuestra propia sociedad.]

N O T A S

- 1 Unamuno, Miguel de: Vida de Don Quijote y Sancho, p. 96,97.
- 2 Guignebert, Charles: Historia Universal, Vol. 1, p. 436.
- 3 Menéndez y Pelayo, Marcelino: Orígenes de la Novela, Vol 1,
p. 294
- 4 Ibidem, p. 224.
- 5 Kroeber, Alfred Louis: Style and Civilizations, p. 157.
- 6 Vea el comentario de Will Durant en su libro, The Reforma-
tion, p. 906.
- 7 Loyola, Ignacio de: Autobiografía, p. 40 de las Obras Com-
pletas.
- 8 Ibidem, p. 42 de las Obras Completas.
- 9 Teresa de Jesús: Camino de Perfección, Vol. 1, p. 22,23.
- 10 Loyola, Ignacio de: Obras Completas, p. 237.
- 11 Taylor, Henry Osborn: The Mediaeval Mind, Vol. 1, p. 573
(traducción mía).
- 12 Manrique, Jorge: Obra Completa, p. 145.
- 13 Menéndez y Pelayo, Marcelino: San Isidoro, Cervantes y Otros
Estudios, p. 90,91
- 14 Cervantes Saavedra, Miguel de: Obras Completas, p. 50,51.
- 15 Ibidem, p. 63 (canción segunda de "Dos Canciones a la Armada
Invencible").

BIBLIOGRAFIA

- Amadís de Gaula, novela de caballerías, refundida y modernizada por Angel Rosenblat. Buenos Aires, Editorial Losada, 1940.
- Bell, Aubrey F. G.: Cervantes. Oklahoma, University of Oklahoma Press, 1947.
- Cervantes Saavedra, Miguel de: El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Madrid, Espasa-Calpe, S. A., 1959, Colección Austral, vigésima edición. Todas las citas de El Quijote aquí incluidas son de esta edición.
- . Obras Completas. Madrid, M. Aguilar, 1953.
- Durant, Will: The Reformation. New York, Simon and Schuster, 1947.
- Freeman, Douglas Southall: George Washington. New York, Charles Scribner's Sons, 1948. 7 Vols.
- Geise, John: Man and the Western World, Vol. 2 New York, Harcourt, Brace and Company, 1940. 2 Vols.
- Guignebert, Charles: Historia Universal, Vol. 1. Buenos Aires, Editorial Codex, 1956. 2 Vols. (versión castellana por Horacio A. Difrieri del original francés Cours D'Histoire Universelle).
- Kroeber, Alfred Louis: Style and Civilizations, Cornell University Press, 1957.
- Laski, Harold J.: Reflections on the Revolution of Our Time. New York, the Viking Press, 1943.
- Loyola, Ignacio de: Obras Completas. Madrid, Editorial Católica, 1952.
- Manrique, Jorge: Obra Completa. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1940.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino: Orígenes de la Novela. Vol. 1. Ma-

- drid, Bailly Bailliére e Hijos, 1905.
- . San Isidoro, Cervantes y Otros Estudios. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1947.
- Merriman, Roger Bigelow: The Rise of the Spanish Empire in the Old World and in the New. Vol. 4. New York, the MacMillan Company, 1934.
- Mills, C. Wright: The Causes of World War Three. New York, Ballantine Books, 1960.
- . Escucha, Yanqui. México. Fondo de Cultura Económica. 1961. (de la edición original Listen, Yankee, New York, McGraw-Hill Book Company y Ballantine Books, Inc., 1960.
- Parrington, Vernon Louis: Main Currents in American Thought. New York, Harcourt, Brace and Company, 1927. 3 Vols.
- Taylor, Henry Osborn: The Mediaeval Mind. Vol. 1. London, MacMillan and Co., Limited, 1938. 2 Vols.
- Teresa de Jesús: Camino de Perfección. Madrid, Espasa-Calpe, 1942. Reproducción fidelísima del autógrafo de El Escorial con las variantes del autógrafo vallisoletano, precedido de una introducción. 2 Vols.
- Torri, Julio: La Literatura Española. México, Fondo de Cultura Económica, 1952.
- Unamuno, Miguel de: Vida de Don Quijote y Sancho. Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1931. Cuarta edición.
- Van Doren, Mark: La Profesión de Don Quijote. México, Fondo de Cultura Económica, 1962 (de la edición original en inglés Don Quixote's Profession, New York, Columbia University Press, 1958).



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS



FILOSOFIA
Y LETRAS

ESTE LIBRO
NO SALE
DE LA BIBLIOTECA



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS